

2.^a Carrera - Senafse.

LOS
PREDESTINADOS

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA

BAJO LA DICTADURA DE D. J. M. ROSAS

POR

D. AMBROSIO VAUCHER.

TRADUCIDO POR D. C. DEFFIS.

“ El propósito del Novelista es de remedar
“ el espíritu y las costumbres de las Na-
“ ciones para instruir las masas, sin per-
“ juicio de las opiniones. ”



BUENOS AIRES,
IMPRENTA DE BUFFET Y CIA, PIEDAD 82.

—
1865.

LOS
PREDESTINADOS

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA

B. JO LA DICTATURA DE D. J. M. ROSAS

FOR

D. AMBROSIO VAUCHER.

TRADUCIDO POR D. C. DEFFIS.

" El propósito del Novelista es de remediar
" el espíritu y las costumbres de las Na-
" ciones para instruir las masas, sin pe-
" juicio de las opiniones. "



BUENOS AIRES,
IMPRESA DE BUFFET Y CIA, PIEDAD 22.

1863.

AL LECTOR

Oigo ya el clamor de los censores que gritan : Dónde estan las pruebas de los hechos referidos en esta novela? La verosimilitud deberia ser su carácter principal. A aquellos, como á todos los que tienen un gusto secreto en hallar mal todo lo que no se casa con su parecer, ó que no sirve lá causa de sus miras ambiciosas, contestaré : Escribo para la generalidad. Mi propósito es disfrazar la verdad, bajo el anónimo de personajes ficticios y hacer resultar por medio de consecuencias morales, en provecho de la sociedad, zapando de arriba abajo, las preocupaciones funestas, como tambien atacando de frente los abusos y proponiendo los remedios para corregir los desórdenes que originan. Ilustrar el entendimiento, formar el corazon á la virtud ; fortalecer la conciencia humana con los argumentos de la razon, tal es la consecuencia del motivo que me ha determinado á tomar la pluma. He creido hacer bien, otros pueden hacer mejor. De un modo como de otro será en provecho de la santa çausa de la humanidad.

Buenos Aires, 25 de Julio de 1865.

A. E. VAUCHER.

LOS PREDESTINADOS

I.

Los opuestos en el orden de las ideas, así como en el orden de los sentimientos han producido, en todo tiempo funestos efectos.

El bien y el mal confundidos han sembrado en la sociedad, ese espíritu de perturbación, de desconfianza, causa permanente de toda clase de desórdenes.

Lo que más admira, en el siglo XIX, es ver que, á pesar de los esfuerzos de la civilización, la humanidad esté luchando aún con las preocupaciones vulgares.

Las aventuras que se van á leer demuestran todas las inconsecuencias de ello.

Era hácia el fin de la Dictadura de D. Juan Manuel Rosas, que el héroe de esta novela, Edmundo Ducange, pisó el suelo argentino. Hijo de una honrada y laboriosa familia bordalesa, Edmundo era destinado al estado eclesiástico, y hacia sus estudios en el seminario de aquella ciudad. Estaba como se dice vulgarmente, á punto de vestir la capilla. Su familia se regocijaba ya del honroso porvenir que aguardaba al jóven en la noble y santa carrera del ministerio espiri-

tual, cuando un dia, Edmundo tomaudo su padre á parte, le declaró que solo se sentia una inclinacion critica para la vocacion que se le queria hacer abrazar; que era inútil de hacer mayores sacrificios; que tenia otras miras mas en relacion con su inclinacion natural.

— Cuáles? preguntóle su padre.

— Quiero viajar, contestó atrevidamente el hijo. Quiero ver mundo.

— Y qué! hijo mio, todos los sacrificios que hice, solo habrian servido para formar un aventurero! un vagabundo! De dos cosas, una: ó tomarás la sotana, ó seguirás la carrera del comercio, á ejemplo de tu hermano.

— Ni una, ni otra haré!

— Corriente, hijo mio, pero dejarás la casa.

— Desde luego, padre mio.

Viendo, su padre, tal firmeza, le hizo entrever todas las inconsecuencias de su loca pasion; le citó el ejemplo de varios desgraciados aventureros; le hizo promesas de todo género; y añadió: Acáso serás bastante ingrato para alejarte de tu padre en el momento en que cuenta con tu afecto? Dios no bendice al hijo bastante inhumano para despreciar los consejos de un padre? Piénsalo bien, hijo mio, no obres inconsideradamente, te expones á muchos yerros! á muchos desengaños! á muchas desgracias! Ah! tiembla de antemano; pues te expones á beber en la copa amarga del arrepentimiento! Si no te sonrie el estado eclesiástico, estoy dispuesto á hacer todos los sacrificios posibles para abrirte una nueva carrera. No me desesperes! Piensa en tu madre, en tus hermanas en tu hermano, que te aman. Ay! hijo mio! porque aflijirme despues de haber hecho mi gloria y la de tu familia! Renuncia á tu insensato proyecto?

Ese tierno y buen padre, se arrojó al cuello de su hijo y le estrechó contra su corazon. Su pecho jadeante le cortaba la respiracion. No hijo mio, exclamó! no partirás.

— Padre mio, contestó Edmundo, aunque enternecido, estoy sensible á vuestras lágrimas, uno mi llanto al vuestro.

pero sufrid que os desobedezca, pues que tal es la irresistible voluntad de mi corazón.

Viendo su padre todas sus exhortaciones inútiles, añadió enjugando sus lágrimas: Pues bien, hijo mío, ya que lo quieres formaimente, no me opondré mas á ello; pero si llegases á ser desgraciado, acuerdate de mis consejos? No eres mas un niño, tienes trato del mundo, sabe ponerlo á provecho para el porvenir borrascoso que te aguarda. Te encargo la discrecion, estoy solo en la confidencia, parte incógnito. Te haré preparar en secreto una balija y te entregaré el dinero necesario para tu viage.

Abrazó Edmundo á su padre y le prometió el mas profundo silencio, sabiendo cuanto se afligirian su madre, sus hermanas y su hermano, y cuantos obstáculos opondrian á su partida.

Durante los dias que siguieron se ausentó del seminario so pretexto de enfermedad; arregló sus preparativos; puso orden á sus pequeños asuntos, procurándo disimular su intencion á los amigos que tuvo obligacion de ver. La víspera del dia de su partida, hizo llevar su equipaje á bordo del buque *La Belle Etoile*; pasó el dia con su padre que, no le ahorró sus buenos consejos, recreándose con él, y tratando de proporcionarle los mas vivos placeres; le entregó dos cartas de recomendacion para unos negociantes de Buenos Aires; le abrazó tiernamente; le deseó dicha y prosperidad. Acompañóle á bordo, y dándole un último abrazo, le dijo: Adios, hijo mío; quiera el cielo concederte una feliz travesia y favorecer tus proyectos!

Edmundo mirando con aire triste é inquieto á su padre que le dirigia un último saludo con la mano, se lo devolvió con una sonrisa, y subió á bordo; entró en su camarote y se acostó, pensando en su destino futuro.

II

Por la mañana siguiente, muy temprano, el navio aparejó

y al ponerse el sol, *La Belle Étoile*, por un viento fresco, entraba en el golfo de Gascuña. Los síntomas del marco empezaron entónces por hacerse sentir. No ignoraba Edmundo las consecuencias de este mal terrible que se atribuye á los efectos de las oscilaciones del buque. Guardó cama durante ocho dias. Visitábale á menudo el capitán, incitándole á tener ánimo, siendo de corta duracion ese malestar. En fin, al cabo de ocho dias pudo levantarse y tomar algunos alimentos, se hallaba débil no habiendo tomado sino té, mientras duró su enfermedad. Algunos dias despues, comia con muy buen apetito. Para evitar los fastidios del bordo, habiase provisto de cantidad de buenos libros. Repartió tan bien su tiempo entre la lectura, los paseos sobre cubierta y sus conversaciones con el capitán; hombre instruido y sociable, que llegó en vista de Buenos Aires alegre y satisfecho.

Excepto algunos dias de mal tiempo que le impidieron el salir de su camarote, no tuvo que quejarse de la vida marítima, como tantos otros pasajeros que ignoran que la lectura es el correctivo indispensable de la vida monótona.

Apénas habian echado las anclas que unas cuantas balleneras rodeaban ya el buque para recibir pasajeros y mercancías. Edmundo, despues de haber hecho desembarcar su equipaje en una de ellas, se despidió de la tripulacion, dió un fuerte apretón de manos al capitán, y se hizo conducir á tierra. Los marineros izaron las velas y partieron. Veinte minutos despues, las carretas de parada llegaban al muelle donde una nube de changadores esperaban impacientes para cojer á cual mejor su equipage. Se dirigió al resguardo para la visita, y de allí al hotel de Provence sobre la indicacion de los ganapanes.

A pesar de la generosidad de su padre, la bolsa de Edmundo requeria la prevision, por no saber si pronto encontraria empleo. Esta reflexion sábia le hizo tomar la resolucion de reparar en los medios de vivir económicamente, arreglando prudentemente sus gastos. No le sonreian los grandes hoteles, el dinero anda rodando en ellos con demasiada facilidad,

por eso es que, despues de algunos dias de morada en el hotel de Provence, alquiló un lindo cuartito en la calle de la Merced, en casa de un rico hijo del pais. Amueblóla como todo cuarto de soltero, con su cama, sus baules, algunas sillas y una mesa sobre la cual amontonó sus libros. Pero no en eso solo se limitaba toda su prevision. Era menester pensar en procurarse ocupacion; pues, sacar siempre del bolsillo, sin nada poner en él, fácilmente se vé el fondo. No se comparaba con el Judío Errante que siempre tiene cinco sueldos en el bolsillo. Ese dicho de un cuento antiguo no le tranquilizaba de ningun modo.

Desde quince dias que Edmundo estaba en Buenos Aires, habia gastado quinientos francos, era un vacio enorme en una bolsa de cinco mil. Habia motivo para inquietarse, por mas que pudiese esperar de las cartas de recomendacion de su padre, las cuales habia entregado á las personas á quienes estaban dirigidas, luego del segundo dia de su llegada. La reflexion trastornaba su mente.

Todos los dias iba de una parte á otra de la ciudad, sin adquirir relacion con ninguna persona que pudiese serle útil.

No podian sus libros distraerle de las negras inquietudes que le hacian turbia la vista, y aunque muchas veces se acordase que su padre le habia prometido mandarle dinero, abusar de su bondad no era cosa suya. No habia venido á América por gusto, ni tampoco para molestar á su padre en su posicion. Si se habia sustraído á una vocacion que no era la suya, queria seguir otra, y no regatear en la eleccion, si su situacion viniese á ser precaria.

La soledad es fastidiosa en semejantes circunstancias. Para cortar de raiz el mal moral, se acordó de su flauta. Tomó su repertorio, eligió algunas romanzas y cancioncillas, y se puso á tocar, esperando alguna feliz salida del destino. Con su poder influente, la música paliaba el mal, pero no le curaba, quedaba la inquietud. Es en lo mas fuerte del tormento que le volvieron á la mente los consejos de su padre. Ay! decíase; es esa la suerte que yo me habia prometido?

Oh cielo! no todo es color de rosa en el Nuevo-Mundo, cuyas maravillas son tan ponderadas! Los escritores en el silencio del gabinete todo lo toman por el lado mejor, engañando al lector. Leyendo sus elocuentes obras, me figuraba la tierra de pipiripaó, y como en todas partes, veo en ella: miseria y desengaño. Como puede inferir de ello el lector, el deseo de viajar habia venido á Edmundo de la lectura de los relatos casi siempre exagerados, de los escritores, que, en su mayor parte, solo han viajado en el pais de su imaginacion.

Edmundo cansado de los sonidos de su flauta, y cuyo oido, aunque sutil sentia vagamente la armonia, tomó el partido mas sabio. Depuso el instrumento, tomó su sombrero y su baston, y salió para informarse del resultado de sus cartas. Grande y penosa fué su sorpresa, cuando supo al llegar á casa de sus protectores que aun no se habian ocupado de él: Consejos y obstáculos!

Es menester conocer el pais y estudiar el idioma castellano, le decia uno. Nada he podido encontrar, hay obstáculos, le decia el otro; oh! dijose á sí mismo, al despedirse. Ilusion! padre mio! los habeis favorecido por amor al bien! contabais con la reciprocidad de mismos sentimientos!

Luego caminando por la vereda, exclamó en voz baja: Que se vayan con los demonios no volveré á importunarles. Muy bien veo que uno debe recomendarse si mismo. Contar con los demas en este siglo ávido, es colgarse de la rama seca. Comprendo ya su sentimiento hélo aquí: *Saca el pié del lodo si puedes.*

Tengo confianza en Dios, añadió; saldré de dificultad sin ellos!

Caramba! ese consejo que me daba uno de ellos: *de trabajar de peon*, mientras tanto! Si todavia fuese como en Francia monitor de Colegio; pero changador! Oh! es innoble de parte de personas que deben mucho á mi padre por sus favores! Ay! venir de 2500 leguas para ejercer semejante oficio! Dios mio! que preludio! En fin, no hay mas

remedio; haré como los demas. Estaba haciéndose estas reflexiones, cuando un tal Robino, le tocó familiarmente la espalda exclamando; si no me engaño: V. es el señor Edmundo Ducange?— Qué demonio le ha aconsejado de venir aquí?

— El deseo de viajar contestó Edmundo.

— Deseo funesto señor, no comprendo como su padre ha podido consentir á ello, él, hombre experimentado, que tiene grandes relaciones con el pais. En fin añadió Robino, está V. aquí qué piensa V. hacer? A no ser que V. tenga el bolsillo bien provisto, forzoso será pensar en lo futuro.

— No se hace, dijo Edmundo un viaje tan largo por puro gusto. Puede V. creer que no es ese el fin que me he propuesto.

— Sabe V. hablar castellano?

— Es pues el mismo refran en todas partes, replicó Edmundo! Acabo de salir de una casa donde se me hizo la misma pregunta.

— Que hemos de hacer, puesto que es así; solo que V. quiera colocarse de peon ó para cuidar ovejas; puedo asegurar á V. que no faltan aquí estranjeros que empezaron de este modo, y que hoy son millonarios.

— Millonarios! exclamó Edmundo con calor.— Eso no debe admirar á V., pues mi patron se halla en tal caso y se vanagloria de ello: El oficio no deshonorra. Solo hay gente necia.

— Es verdad, es verdad, contestó Edmundo no veo en ello la deshonorra. Lástima es que tenga tanta prisa, le habria presentado á mi patron, que necesita una persona para el cuidado de un rebaño, V. habria sido admitido al momento; no importa, lo diferido no está perdido, deme V. las señas de su casa, iré á tomarle esta noche.

Edmundo arrancó una hoja de su cartera, en la que escribió la calle y número de su casa, y se la entregó diciéndole: Espero á V. á las ocho, conversaremos, aunque no me dé envidia la oferta que V. me hace.— Se lo agradezco sin

embargo, respondió Edmundo porque en ello veo el buen corazón de un amigo.

—Puede V. estar seguro que haré todo lo posible para favorecerle, tanto por aprecio para con su padre, como para con V. mismo. Ya que V. ha dado el paso, le aconsejo de perseverar, no se desanime V. : tarde ó temprano se abrirá paso á través de los obstáculos.

Después de haberse apretado recíprocamente la mano se separaron.

III.

Vuelto á su casa Edmundo se sentó, se cruzó de brazos y dijo para sus adentros : En fin, tengo ya alguna esperanza. El señor Robino á pesar de su sencillez de artesano, me parece un buen muchacho, que se ocupará de mí. Es decir que aun en la mayor angustia, basta un rayo de esperanza para reanimar y recobrar su fuerza. Ultimamente puedo contar con el apoyo de mi familia, diré que he caído enfermo y ese motivo servirá de disculpa á mi contratiempo. Cuán estúpido soy de calentarme los sesos ! Cuantos mas han venido aquí y se han hallado en semejantes circunstancias, no por eso han salido mal, pues entónces tendré salida yo también ! ó.... mi filosofía del Seminario quedaria sin efecto ? ó acaso he estudiado para ser un niño que el menor contratiempo puede abatir ? No importa, mas bien que hacerme peon ó pastor !...

No prosiguió, luego levantándose bruscamente exclamó :

—Al diablo la reflexion ! me volveria loco ! Se acercó á la mesa tomó su flauta y empezó á tocar la romanza intitulada *Mes péchés*. La puerta de su habitacion se hallaba entreabierta. Muy luego la hija de su propietario, una jóven de estremada belleza, de unos diez y ocho años, prestaba el oido. Siguió tocando *La Lisette de Beranger* y en seguida *Laissez les roses au rosier*.

La niña parecia mas y mas atenta, y exclamó ; *Qué lindo !*

Qué lindo! Aunque Edmundo no comprendiese el sentido de esa exclamacion, se imaginó que habia agradado. Oh! dijose hablando consigo mismo; si su corazon atendiese, entonces sí que habria concluido con la inquietud! luego, admirando la hermosura de la jóven, exclamó en voz alta: ¡Cuánto gusto tendria en conversar con tan linda mujer. Suceda lo que quiera! voy á seguir encantándola, quizá tendré el prestigio de la sirena. Siguió tocando *Pour faire un nid.—La Grace de Dieu.* La niña llegó al colmo del entusiasmo, y señaló su contento con aplausos. Edmundo alentado por ese testimonio de satisfaccion le mandó un beso con la mano. La niña movió la cabeza en señal de agradecimiento y se retiró avergonzada de su demasiada libertad. Edmundo fuera de sí, depuso el instrumento prestigioso, y pensó en los medios de trabar conversacion con la amable persona: Amor ven á mi auxilio? Dijose que su amigo Robino sabia probablemente el castellano, y que con su ayuda podria hacer pasar un billetito amoroso. Sin embargo ese medio le pareció sospèchoso, puesto que ignoraba si podia contar con la discrecion de Robino. Otras dificultades le hicieron mudar de parecer; temia comprometerse y por eso mismo debia obrar con prudencia. Interin, le trajeron la comida, sentóse alegremente á la mesa, tarareando el refran de *Lisette*. Luego que hubo concluido de comer, se vistió y salió muy preocupado de su aventura. Tan absorto iba caminando por la vereda, que ni se acordó siquiera de la direccion que habia tomado; la niña trastornaba su mente y su corazon que latia con fuerza señalaba los grados de impresion que sentia. Era un jóven cogido en la red del amor.

Ah! decíase, caminando como un atontado, sobrada razon tenia Robino de decir que me abriria paso por en medio de los obstáculos, muy poco pensaba yo que seria al sonido de la flauta.—O destino! me abres paso por en medio de los suaves encantos de la armonía. Si solo es ilusion, tanto peor, en ella he visto las apariencias de la verdadera felicidad.

Atravesaba, en este momento, por la plaza de la Victoria, consideró por algunos instantes la pirámide y exclamó: Hé ahí un monumento que no huele á Seminario. Luego volviéndose, tomó la direccion de la Catedral.

Se detuvo bajo el peristilo, y en seguida penetró al interior. Paseóse á lo largo y á lo ancho examinando acá y allá. Pobre Edmundo, tus ojos veian muchas cosas, pero tu mente se hallaba en otra parte!

Llegado cerca del altar, se arrodilló y oró. Muy cierto es que habia en su oracion la expresion de su deseo. Pero es bueno decir de paso, que á pesar de haber Edmundo renunciado al estado eclesiástico, no por eso habia renunciado á la religion, era sinceramente piadoso, entónces debe el lector juzgarlo allí, como en el Seminario, exacto á cumplir con todos sus deberes.

Despues de su oracion, Edmundo se levantó y dió media vuelta. Iba cerca de la puerta, cuando volviendo la cabeza, advirtió á su derecha á la dama de sus pensamientos, la cual le dirigió un gracioso saludo. Iba acompañada con una negrita. Juzgad lectores de su sorpresa, y con que gracia se apresuró en devolverle el saludo que le confirmaba en su sentimiento! Cuantos ignorantes! Cuantos necios clamarán: Escándalo!! Nobles corazones, dejad que griten, el amor casto y puro se declara en el santuario de la virtud. Es ante Dios que se manifiesta bajo los auspicios de la religion. Qué noble y santa profesion de fé!!

Edmundo, fuera de la iglesia, dudaba si debia esperar la salida de la señorita para declararle su amor, pues sus sentidos llegaban á exaltarse. Su corazon lática de esperanza. No era mas el jóven seminarista vuelto á los afectos de la vida espiritual. La metamórfosis era cabal. Era el hombre en la primavera de la vida, sintiendo por primera vez el fuego sagrado del amor que abrasaba su corazon. La pureza de su alma, la castidad de sus sentimientos le moderaban; la passion era fuerte pero impotente bajo la influencia de su razon ilustrada. Comprendió la grave inconsecuencia á que

incurriria presentándose á la jóven para hacerle su declaracion públicamente, como es la costumbre de los descarados corrompidos del siglo, principalmente en las grandes ciudades de Francia, sin exceptuar la capital del mundo civilizado. Otro obstáculo de menor importancia, le hizo variar bruscamente de resolucion.

No podria hacerme entender, dijose; ella no entiende el francés añadió empenándose en la calle San Martin. No es preciso atropellar mis esperanzas. Dejemos al destino seguir su curso. Así que llegaba á su casa divisó á Robino que fiel á la cita, le aguardaba á la puerta.

—V. ha llegado antes de tiempo? le dijo Edmundo, alargándole la mano.

—No tal contestó este apretándosela, las ocho han dado.

Entraron. Edmundo miró su reloj que marcaba las ocho y veinte minutos. Añadió:

—El tiempo corre con rapidez señor Robino, siéntese V.

—Como! contestó este último tomando asiento, me imaginaba que V. debía hallar el tiempo muy largo.—Ah! es que para mí la temperatura ha variado, el tiempo me fastidia menos. Dió un gran suspiro, acababa de ver pasar á la jóven que volvía de la iglesia.—V. suspira, dijo Robino. Está V. oprimido?—Sí, un poco, he caminado de prisa para no faltar á la hora.—V. oculta la verdad Edmundo; el corazón obra con ardid y el amor hace de las suyas. A propósito señor Edmundo, si V. está determinado á ir al campo para cuidar ovejas, he cumplido con el encargo. A mi consideracion, mi patrón quiere confiar á V. el cuidado de un rebaño, á cuarenta y cinco leguas de la ciudad, quedará V. libre de la inquietud. En todo caso, tendrá V. que comprar un revolver, por si acaso llegase V. á dar con los gauchos que bajo pretexto de pedirle fuego ó cigarros podrian acometerle, cuchillo en mano, segun suelen hacer á menudo.

—Desearia saber, amigo Robino, como se come en esos campos en que es preciso tomar tan poderosas precauciones.

—No son por cierto las campañas de Francia, señor Edmundo, uno vive allí con mucha frugalidad. Se come carne, nada mas que carne asáda ó cocida, muchas veces sin sal ni pimienta, y se toma agua á discrecion, dichoso se está; se duerme algunas veces en el meson de la estrella, pero la mayor parte del tiempo, en casuchas á la castor.

—Ese es todo el régimen culinario alimenticio?

Entónces, amigo Robino, al diablo la campaña, quedo aquí.

—En este caso preferiria V. la profesion de peon? añadió Robino, mejor seria volver al lado de su familia, V. se fastidiará del país:

—Calle V. viviré de amor!

—V. es buen mozo, replicó Robino, puede tener esa esperanza. V. agrada y podrá ganar el corazon de alguna Dulcinea; pero sepa V. que á pesar de tener el corazon satisfecho, sin nada en el bolsillo, se parece uno al caballero de la triste figura. Aun dudo que sus atractivos, su buen tono, puedan engañar á las mujeres del país. Ellas no aman á los gringos, y lo que es mas aun la querida, la griseta, no mantiene al amante en la adversidad. Ademas aquí la mujer no trabaja y por eso mismo se halla en la imposibilidad de socorrer á un amante desgraciado. Este uso en Paris es una virtud, una gloria, aquí seria un ridículo.—A propósito qué quiere decir, señor Robino, esa palagra *gringo*.—Esa palabra significa *extrangero*, es una afrenta que se nos prodiga, sin ceremonia, es el apodo de que se sirven las mujeres del país para corresponder á nuestras insinuaciones de galanteo. Asi pues, sabrá V. á que atenerse, si jamás se le antoja arrojarles sus fuegos. Dloverán injurias.—V. forma muy mal concepto de las hijas del país, señor Robino.—Por el hilo se saca el ovillo. Hablo de ello por experiencia, y como se dice: gato escaldado del agua fria huye. Tal vez tenga V. mejor suerte que yo, pero aun tendrá V. que temer el ódio de Calipso, si como Telémaco, llega V. á ser agradable á Eucaris. Es decir á V. sin rodeos, que

no quedaria libre de trabajos, recibiria V. á quema ropa, una flecha del dios Cupido. Ah! señor, es preciso conocer bien el clima, la temperatura aquí es muy variable: Quien quiere el fin, quiere los medios, y los medios, bajo mi palabra de honor, no respondo de ellos: Solo que fuese por el buen motivo; pero á su edad, no se hace el amor para casarse.

—Quién sabe? replicó Edmundo en tono de conviccion.

—Bah! exclamó Robino, V. no tiene posicion, y pensaria en tomar una mujer por su cuenta que le fabricaria un muchacho todos los años! Ah! estaria V. bien alojado!

—Pero si fuese rica?

—Rica ó pobre, amigo Edmundo, aquí se toma la mjer en camisa!

—Como en camisa! replicó este, tanto vale decir en cueiros!

—Vd. mismo lo dice, Edmundo, pero dejémonos de broma, bien sabe vd. que eso significa que no se le hace dote á la muger. Ya, ya caigo en ello, añadió Edmundo.

—Es decir á vd. muy claramente la verdad. No cuente vd. con el amor, tanto por el corazon como por el porvenir, vd. perderia el juicio en el abismo del desprecio.

—Dejemos á un lado, amigo Robino, estos pecadillos. No me desanimo, tengo confianza en Dios, y espero no hallarme en la obligacion de hacer de peonó de pastor.

—Lo deseo, dijo Robino. Luego al ponerse de pié, vió la flauta de su amigo encima de la mesa y añadió: veo que vd. entiende de música. Sabe vd. tocar la flauta?—Es un instrumento armonioso. Deme vd. una muestra de su talento.

—Con gusto contestó Edmundo, aunque solo fuese para recordar á su oido la armonia francesa. Tomó su flauta y empezó á tocar.

—Pasmado Robino, no pudo menos de exclamar: A las mil

maravillas! Oh! de nada dudo ahora. vd. tiene mil medios para agradecer. Las hermosas Argentinas tendrían el oído de fierro, si semejantes sonidos no cautivasen su atención. A pesar de las preocupaciones descabelladas, vd. tendrá la suerte de la Serpiente, vd. tentará á Eva.

Dios! cuán poderosa es la influencia de la música sobre las costumbres. Ah! no me admira mas que los padres Jesuitas se hayan servido de ese arte para echar pié en un suelo virgen en que el arte de la persuasión no podía ejercer influencia alguna. Si el oído salvaje queda atento, que será del oído fino y delicado del bello sexo! Ah! mi querido Edmundo. vd. posee un talisman, sepa vd. valerse de él, llegará vd. á hacer prodigios.

—Algo de ello sé, amigo Robino.

—En ese caso no me admira mas lo que vd. me decía hace, un rato. Luego volviendo en si, exclamó: Por qué no aprovecharia vd. ese agradable talento? Tendria vd. discipulos.

—Vd. cree, contestó Edmundo?

—Pardiez si lo creo! la música aqui es muy de uso, y las niñas se mueren por el piano. Oiga vd. me ocurre una idea.

—Cual es? replicó Edmundo.

—Vd. debería dar una tertulia en algun establecimiento, verbigracia, en el teatro argentino. Conozco á unos compatriotas que le introducirían. Consiente vd?

—Consentiria á ello de muy buena gana, pero seria perder la vergüenza.

Vaya! señor Edmundo, cuando se trata de ganar su vida, no es preciso ser tan escrupuloso. Mañana mismo por la noche vd. tocará en el teatro, es asunto concluido?

—Corran las cosas como corrieren, replicó Edmundo, de jo á vd. el cuidado de prepararlo todo.

—Corriente, añadió Robino, tomaré á vd. de paso mañana á las siete de la tarde, tenga vd. preparado su repertorio.

—Muy bien, voy á elegir mis mejores piezas.

—Tome vd. añadió Robino, todo lo que tiene de mas tier-

no, de mas atrayente de mas embriagador. En fin, tome vd. todo lo que puede arrebatár, extraviar y hacer delirar. Está vd. seguro de producir una algazara, de aplausos, lo preveo de antemano, y doy á vd. las buenas noches.

Se retiró dando la mano á Edmundo y este se la apretó afectuosamente.

IV.

El dia siguiente, al dar las doce aparecian carteles fijados en todas las esquinas de la capital, en que se leia estas palabras pomposas.

TEATRO ARGENTINO

GRAN CONCIERTO

DADO

Por el señor Edmundo Ducange, Artista distinguido, que acaba de llegar de Francia etc. etc.

Edmundo, que habia salido por la mañana, menos sorprendido fué de las palabras que del sentido un poco engañoso.

Es el arte del charlatanismo, pensó, es anunciar maravillas para destapar los oídos. Vamos, démonos prisa, para prepararnos al ensayo y ahorrarnos silbidos.

Como se concibe, Edmundo no era un charlatan que paga con palabras; temia la opinion pública.—Por la primera vez de su vida iba á ponerse á los ojos del mundo, en medio de un gentio cuyas simpatías le parecian muy dudosas.

Habia podido juzgarlo por los que leian el cartel. Unos movian los hombros de lástima y otros se iban diciendo: *otro charlatan!* Como se vé, el público no le prevenia en su

favor. En fin, dijose para si: voy á ejercitarme, y haré tantos ensayos que solo tendré que temer la timidez.

Finalmente, si soy silbado poco se me da, nadie me conoce. Un temor sin embargo tenia, y era que esto sucediese en el caso que la hija de su propietario estuviese en el concierto. Mientras hacia está reflexion que contristaba su corazón, la señorita acompañada de la negrita, llegaba en sentido inverso de la calle por la vereda opuesta. Iba muy preocupada y tenia los ojos fijos delante de si, y por eso no le vió. Edmundo hacia el oso clavando sus miradas, en la buena moza. Así que esta llegó á la esquina, se paró de repente para ver lo que hacia juntar los transeuntes. Edmundo hallábase entónces entre la aprehension y el temor. La señorita despues de haber leído el cartel, dió media vuelta y volvió atras. Entónces, Edmundo se marchó corriendo como si hubiese tenido un demonio detras de él. Noble corazón! Tu espanto era el de un ángel en la auréola de la felicidad! Apenas habian corrido cinco minutos que se hallaba en su cuarto, y al momento vió entrar á la niña, quien volviendo la cabeza en su direccion, le dirigió una amable sonrisa. Decid segun eso que la verdadera felicidad está en la realidad de la posesion, yo sostengo que está en la apariencia, porque entónces es siempre constante, y nunca se embota.

Edmundo tomó su flauta para hacer sus ensayos, y llevando el instrumento á sus labios dijo: Si la señorita asiste al concierto y que yo sea aplaudido, tendré doble ventaja: la de reponer mi bolsillo, y la de afianzarme en su estima. Tocó y volvió á tocar varias veces todos los trozos que habia elejido la vispera. Tanto cuanto podia juzgarlo por sí mismo salia de la dificultad á maravilla. Tenia buena esperanza, y le parecia ya oir los aplausos venir de todos puntos. Si la timidez no se apodera de mi, saldré victorioso del campo de batalla de las opiniones. Por otra parte me refiero al juicio de mi maestro de música que viéndome tan aficionado por este arte de diversion, me decia: Persistid Edmundo, un dia seréis un artista. Con estas felices previsiones hizo todavia una

repetición de todos los trozos, que debía tocar en el concierto. Pero á fuerza de soplar se cansó el pecho. Preciso era pensar para la noche, las horas corrían. Daban ya las cinco. Le trajeron la comida; eso fué un motivo para deponer el instrumento. Comió poco para no recargar demasiado el estómago é impedir la respiración. En desquite bebió mas que de costumbre para darse ánimo. Encendió su cigarro y se entregó á una dulce embriaguez, producida por el efecto de las bocanadas de humo que cambiaban la temperatura de su habitación. Estaba en el delirio, como un sultán en el seno de su serrallo, solo le faltaba el séquito. Ah! decíase en su mayor gozo, si ella se hallase aquí tendida muellemente, con el codo sobre las rodillas, me moriría de embriaguez. Oh! si un Turco no fuese Turco de cuanta felicidad no gozaria! Edmundo tiene razón en su parecer acerca de los Turcos. El abuso excesivo del placer apaga los sentidos y debilita el corazón. Al salir de esa apatía de los sentidos por la contemplación de la dicha, vió cerca del dintel de la puerta un ramillete envuelto en un lindo papelito azul. Se levantó bruscamente, fué corriendo á alzarlo exclamando: Es ella! Es ella!

Qué ingenioso ardid para comunicarme su pensamiento!

Estrecha contra su seno el ramillete, añadiendo: es la felicidad! es el pensamiento de la felicidad!

Pasease á lo largo y á lo ancho, respirando el perfume de las flores, simbolo del amor. He ahí una declaración con modo gracioso y persuasivo. Es preciso corresponder á ello, mas ay! Por que medio, ella no entiende el francés? Como hacer entónces? Enhorabuena, el amor me inspira. Me ocurre una idea ingeniosa, voy á asechar el momento favorable, y cuandó ella aparezca en el dintel de la puerta, con pretexto de pedirle la hora, le deslizaré mi anillo, sobre cuyo engarce estan grabadas mis iniciales. Este enigma se comprende en todos los idiomas. Estoy seguro anticipadamente del efecto. Así que concluía estas palabras, apareció la seño-

rita. Hé aquí el momento solemne, dijose en voz baja. Adelante! abre bruscamente su puerta, corre hácia ella, y le dice: Señorita, que hora es? La señorita dirigiéndole una graciosa sonrisa, iba á contestarle cuando Edmundo, mas pronto que el rayo, le deslizó su anillo en la mano y se retiró apresuradamente. La señorita volvió á entrar confusa, pero encantada del estratagemá.

Edmundo tomó su baston y salió. Fué en direccion al muelle en donde, al llegar, quedó muy sorprendido de encontrar á uno de sus antiguos condiscipulos, Julio Portal, desembarcado desde la vispera. Se abrazaron muy admirados uno y otro. Este último habia sabido en Burdeos la partida de Edmundo, pero ignoraba en qué pais se habia aventurado. No por eso fué menos alegre de encontrar á un amigo con quien habia tenido relaciones íntimas. Entraron en un café para conversar mas á su gusto.

Edmundo dió principio á la conversacion, pidiéndole noticias de su familia. Tu familia contestó Julio goza de la mas perfecta salud y se halla en prosperidad. No he creido necesario de ver á tu padre antes de mi marcha, afin de tomar cartas para ti, pues ignoraba que estuvieses en Buenos Aires.

Luego añadió: Te hallas aquí por negocios?

Piensas volver pronto, junto á tu familia?

En este caso, tendré el gusto de seguir viage contigo; vuelvo á marchar para Burdeos por el próximo paquete.

—Con sentimiento me veré privado de ese goce contestó Edmundo. Quien sabe si jamás, volveré á ver á Burdeos! Emprendo un viage al rededor del mundo, por consiguiente no puedo prever los acontecimientos: Las enfermedades, la miseria y tambien las aventuras que empiezan á hacerme perder la esperanza de un próximo regreso al pais.

Oh! entónces tienes que andar algunos años.

—Probablemente añadió Edmundo. Es en vano que uno procura ponerse á la capa, aquí ó allá, no camina menos por eso á merced de los vientos, y por poco que el amor se meta en ello, se desvia fácilmente del camino.

—Parece que tu corazón viaja también contestó Julio riendo!

Tus estaciones serán largas y corto el tránsito!

—Creo que tienes razón, pues que me veo ya contraído de poner al paio.

—Oh! oh! dijo Julio, el amor te ha metido ya el resuello, entonces puedo creer que te hallas aquí por mucho tiempo.

—Así lo espero, añadió Edmundo en tono que significaba: es el pensamiento de mi corazón.

—Es lástima que me marche por el próximo paquete, hubiéramos podido ir juntos á la conquista de los corazones. A propósito, Edmundo hay aquí mujeres bonitas?

—Ah! ya lo creo! verdaderas diosas, tipos de Venus!

—Es increíble, quieres chancearte.

—Tan cierto, añadió Edmundo, levantando su vaso como que brindo á tu salud.

—Entonces lo creo.

—Y cuando veas por tus ojos no podrás negarlo. Aunque no haya encontrado empleo todavía, no por eso he quedado inactivo.

—Como pues, dijo Julio.

—Hé descubierto una perla, una joya, un diamante de gran brillo, de un talle tan puro que haría perder los sesos á los dandis de Europa.

—Es probablemente alguna mulata, contestó Julio, pues hasta ahora no he visto mas que esa clase de esmeraldas.

—No es extraño, amigo mio, los diamantes no se encuentran en las calles, quedan escondidos en el interior de magníficos salones. Puedes creerme, he descubierto una hermosura, un amor.

—La casualidad es tan grande, añadió Julio, que á veces se vé uno obligado de creer en excepciones.

—Para convencerte de la verdad, quiero que la veas, pero te advierto, nada de incongruencia, es una virtud, es un corazón noble que admite la admiración, y que sabe hacer

alarde de sus prendas segun sus admiradores. Sabes el refran : No se debe jugar con fuego, y á mas con el fuego de la virtud, sus chispas queman en el arrepentimiento.

—Ya sé, añadió Julio, que no se puede mirar al sol sin cerrar los ojos. No seria bastante imprudente para mirar sin temer el deslumbrarme la vista.

—Enhorabuena, ese es un bello pensamiento. Marchemos. Tomó el brazo de su amigo que le dijo : Mi querido Edmundo no creía que la virtud existiese en América donde se dan cita todas las intrigas.

—Te engañabas, amigo mio, segun puedo juzgarlo por las apariencias, hay aquí menos depravacion que en Europa.

—Estamos lejos de la verdad, añadió Julio. No es eso lo que nos decian en el seminario hablándonos de las repúblicas de la América del Sud. Debes recordar las diatribas del profesor de historia y geografía, que solo hallaba decente al Paraguay en sus costumbres, y aun sentia que se hubiese echado á los Jesuitas de allí.

—Ya no somos mas los dóciles discípulos de los Reverendos que nos emplastaban la mente con mil errores. Desempeñaban su cargo, nada tenemos que decir de eso, si nos han matraqueado el entendimiento tambien han formado nuestros corazones á la virtud, y con igual peso, tanto han trabajado para su interes como para el nuestro. Ahora estamos en la escuela del mundo, busquemos la verdad, observemos y juzguemos con conocimiento de causa.

—Apruebo Edmundo! Alcanzamos pronto el observatorio del amor?

En aquel momento llegaban á la puerta.

—Entremos, dijo Edmundo en voz baja. Habito en el patio.

A penas estaban instalados en el cuarto, cuando apareció la joya en todo su brillo resplandeciente.

—Te decia verdad? dijo Edmundo á su amigo.

—Maravilla! Maravilla! exclamó este. Te felicito, has des-

cubierto un tesoro, y como dice el bueno de Lafontaine: Si á su bella traza corresponde el gorjeo, juró á la diosa Venus, siendo testigo el cielo, que es el fénix de Buenos Aires.

—Sabes el refran amigo Julio: La necedad no es la belleza; confiesa que es hermosa.

—Admirable! dijo Julio! Tiene bonito nombre?

—Aun ignoro su nombre, contestó Edmundo.

Sé que me ama, y que la adoro. Me da á veces tan fuertes palpitaciones que á ser de vidrio, mi corazon se habria quebrado ya.

—Vamos, veo que llegas al fín de tu viaje al rededor del mundo! Se dice con razon que la América es el pais mas abundante en minas de oro, el corazon hace aquí facilmente fortuna. Así mi querido Edmundo, eres rico en esperanzas.

—Que tal? dijo Edmundo, cuando posea ese tesoro de belleza, que mas podré desear?

En este momento la señorita viendo que la admiraban, desapareció.

Ese iman, dijo Julio, tomando asiento, atrae al corazon con violencia. Dios quiera que no se hallen á su alcance otros metales que tú!

Bravo! amigo Julio, haces magnificas figuras de pensamiento. Creo no tener rivales, pero si llegase el caso, me pondria furioso, como un leon hambriento, derribaria todo á mi paso.

—Tranquilizate Edmundo, le dijo riendo su amigo, confia tu porvenir al destino, y sé prudente. Si ella te ama sinceramente, tengo buena esperanza por ti, aunque de nada se puede estar seguro.

—No importa he resuelto morir por ella. Si me engaña, mas tarde reconocerá que yo fui digno de su amor.

—Eres mas loco que amoroso, mi querido Edmundo. es preciso tener moderacion.. El arte de amar depende del arte de agradar, tienes que hacer esfuerzos para ganar su corazon; y si á pesar de todas las astucias del amor, quedan frustradas tus esperanzas, seguirás tu viage al rededor del

mundo. Sabes que Arago ha dicho: *Viajar es vivir*. Te lo repito, es el remedio mas eficaz para los males del corazon. El mejor testimonio que pueda darte de ello, es que he venido aqui para curarme de un mal de esa clase; y á estas horas, me siento el corazon satisfecho. La que yo amaba se ha casado con otro, quedé desesperado. Conociendo mi padre ese contratiempo, me propuso venir aqui para arreglar algunos asuntos por cuenta de su casa.

—Oh! dijo Edmundo, no era crónico el mal, no era tu primer amor.

—No, amigo Edmundo, no era el primero, era el tercero, y no por eso fué el menos poderoso. Gracias á Dios estoy libre de él, solo queda un recuerdo en los anales de mis galanteos. Ahora, voy á comunicarte, lo que me decia, un dia, un hombre que ha vivido treinta años en Buenos Aires: «Me preguntais, decia, porque no me he casado alli, es que, en aquel pais, todo es hermoso, bajo el velo de las apariencias. Tenia que luchar con las preocupaciones del pais. Allí las mujeres son de extremada belleza, realzada por los exteriores de un lujo exquisito y esmerado. Segun todas mis tentativas, he reconocido con despecho que su corazon no se acomoda con los requiebros ensalzados de los Franceses. »

—Falsedad! exclamó Edmundo, hay excepciones.

—Lo creo, amigo mio, me has dicho lo bastante para vencerme. Por otra parte, creo tambien que el contacto puede operar milagros. Hasta mas ver Edmundo, es la hora de la cita que he dado en mi hotel para mis asuntos; nos volveremos á ver. Alargó la mano á su amigo, Edmundo volviendo en sí, le dijo: Doy un concierto esta noche, espero que me harás el obsequio de asistir á él. Te aguardo aqui a las siete.

—Ah! con que, te metes tambien en los conciertos!

—Mejor que eso, yo soy el ordenador.

—Entonces querido Edmundo, es un deber de amigo el honcarte con mi presencia. No dudo del triunfo si pones tu flauta á contribucion.

—Justamente, es un concierto con flauta.

—Hé ahí amigo Edmundo, una singular vuelta al rededor del mundo, es una verdadera vuelta de aventuras.

—Es así, mi querido Julio, todos los medios son buenos cuando se logra lo que se desea. Sin embargo, te pido la discrecion para con mi familia, que sabiendo eso, me creeria en la miseria.

—Como quieras, amigo mio, tu familia solo sabrá lo que tu quieras que sepa. Obraré en consecuencia de tus instrucciones.

V.

A las siete en punto, los dos amigos llegaban á casa de Edmundo, quien hacia los proyectados preparativos.

—Buena suerte, exclamó Robino, la cosa anda á masy mejor, vd. puede preparar un fardo de piezas, vd. será aplaudido, hé prevenido el pública en su favor. No hay tiempo que perder. Partamos.

Edmundo tomó su flauta y su repertorio y siguió á sus dos amigos. Al paso, se volvió hácia Julio y le dijo: Pienso que no me silbaras!

—Si me decias eso con el sentido de la vuelta al rededor del mundo, te silbaria. En cuanto á música, conozco tu talento, palmotearé hasta tener ampollas en las manos.

—Edmundo puede andar con seguridad. Aqui estoy yo, dijo Robino, al primer éxito, voy á meter una algazara de mil demonios.

—Me entusiasmais amigos, ya llueven aplausos de antemano. No obstante si sufro algun descalabro, tendré los pesos en el bolsillo, diré como el buen viejo de la Montaña: Cuando uno camina con paso seguro, puede tambien quedar en equilibrio.

—Entremos aquí, dijo Robino, vamos á vaciar dos ó tres frascos del bueno para tomar ánimo.

Edmundo levantando su vaso cantó:

Bebamos! bebamos!

Pero sin extraviar la razon. (bis)

—Y sobre todo la nota, añadió Julio.

—En cuanto á la nota, nada hay que temer, la sé de memoria.

Vaciaron tres botellas de buen champagne y entraron al teatro. La multitud llegaba ya por todas direcciones.

—Vamos! habrá buena entrada, exclamó Robino; viva la suerte! Al salir iremos á tomar una tranca en toda regla.

Se separaron. Edmundo subió á los entrebastidores, y los dos amigos fueron á colocarse cerca de la orquesta.

Al llegar, Edmundo fué recibido por un cantor parisiense quien le hizo saber que estaba encargado de acompañarle.

—Muy bien, señor, dijo Edmundo, vd. me da ánimo. Siguió al cantor, y cinco minutos despues, se alzaba el telon; nuestros dos artistas llegaban al tablado, con el tino de dos campeones. Estrenáronse, empezando por algunos trozos de ópera. Los aplausos fueron unánimes. Siguieron con romanzas y cancioncillas.

Bravo! exclamó Robino con voz estentórea.

A la primer copla de la *Lisette de Béranger* añadió: *es el ramillete! Viva Béranger! Viva! viva!*

Ese grito fué repetido distintas veces portodo el auditorio. En ese momento de entusiasmo una jóven señorita, resplandeciente de hermosura, tiró dos coronas. La primera, la recibió Edmundo al cuello, y la segunda, el cantor, en el brazo derecho. Todas las miradas se volvieron hácia la diosa que acababa de coronar á los discipulos del arte de Apolo.

Edmundo, mirando con tamaños ojos para reconocer la persona que le habia conferido la insignia del honor, vió á la señorita y le dirigió una sonrisa.

Como el alboroto llegaba á su colmo, hicieron bajar el telon. Felizmente para Edmundo, pues estaba tan turbado que habria perdido la nota. Los dos amigos abandonaron

sus puestos, y vinieron á juntarse con él para ir á echar un brindis á la buena aventura, segun lo habian prometido. Encontráronse en el mismo lugar donde se habian separado al llegar al teatro.

—Enhorabuena dijo Robino, el triunfo ha sido cabal.

—No esperaba tanto, contestó Edmundo.

—Ah! sin duda, replicó Julio, todo ha ido perfectamente bien, hasta la corona.

Llegaron á la calle. Edmundo que iba adelante, se sintió apretar la mano, al pasar por la vereda. Se volvió, pero la indiscreta habia desaparecido. Sus dos amigos no pudieron reparar en esa travesura del amor.

Cruzaron la calle y entraron en un café: bebieron, conversaron y fumaron.

Empezando la razon á vacilar, Edmundo se levantó y llamando al mozo, exclamó: Cuánto debemos?

Quinientos pesos, contestó este.

Edmundo pagó, diciendo: Amigos vámonos!

Despues de haber encendido sus cigarros, se marcharon. Conversaron aun algunos instantes, caminando por la vereda, luego apretándose recíprocamente la mano, cada uno fué por su lado.

Edmundo volvió á su casa contento y alegre. Menos le ocupaba su triunfo que la corona, la cual llevaba aun en el cuello.

Esta vez, se decia, estoy muy seguro de su corazon. La prueba que me ha dado de su amor es sin cautela. No ha tenido comprometerse. Mañana mismo es preciso que la hable. Al entrar á su habitacion tenia los sentidos muy turbados, ya sea por el efecto de la bebida ó por la sorpresa que su muy amada le habia procurado. Se acuesta y duerme profundamente.

A las nueve de la mañana, cuando le trajeron su café con leche, estaba roncando aun.

Su querida, en asecho, tomó el almuerzo de manos del portador y le dijo: yo se lo entregaré. Lo puso cerca del

fuego para que no se enfriase, y luego que vió á su novio levantado, se lo hizo llevar por la negrita.

Edmundo mirando la hora comprendiólo todo; y fué aun mas confirmado en su prevision, cuando sacó el servicio de la canasta. Reparó un papelito en el fondo. Leyólo, y lo volvió á leer varias veces, pero sin poder comprender su contenido. Con todo su latin no pudo conseguir descifrarlo. Es preciso que yo sepa lo que me escribe. Almorzó apresuradamente, vistióse en seguida, cerró su puerta con fracaso, y hétemelo dirigiéndose á casa de su amigo Robino. Este estaba aun en la cama. A los tres golpes dados á su puerta, conoció que era su amigo y se levantó en camisa para abrirle.

—Ola!, le dijo, cómo ha pasado V. la noche?

—Muy bien, amigo Robino.

—Me alegro mucho y puedo decir á V. otro tanto.—Siéntese V. Voy á ponerme los calzones y despues tomaremos la mañana.

—Con V. no hago cumplidos.

—Entónces, señor Edmundo, tome V. asiento, y soy con V. Compúsose un poco; abrió su armario y sacó de él una botella de aguardiente con dos vasos. Púsolo todo sobre la mesa y tomando una silla, dijo á Edmundo: acérquese V.

Los dos amigos brindaron y discurrieron algunos instantes sobre el feliz resultado del concierto.

Edmundo, como para mudar la conversacion, le dijo: A propósito de concierto, ha advertido V. á la señorita que me ha coronado, hé aquí un billetito que me viene de ella, está escrito en castellano, y á pesar de mi latin, me hallo en la imposibilidad de adivinar su sentido.

—Bueno! bueno! exclamó Robino tomando el billete, lo leeré yo, estoy muy familiarizado con el castellano, el idioma de las damas.

—El castellano se llama entónces idioma de las damas?

—Bien, es preciso, mi querido Edmundo, distinguirlo del francés que es el idioma de los hombres. El castellano,

prosiguió, es un lindo idioma, bien acentuado y muy armonioso; da cierto realce al pensamiento hablado por mugeres. Es por esta razon que lo considero así, al parecer de otros muchos. El francés es un idioma de tono marcial que conviene al lenguaje militar, al diplomático; es el idioma de las ciencias, de las artes, de la filosofía y de la historia. El idioma castellano es el idioma del sentimiento, así como el idioma italiano es el de la música.

—Si es así, señor Robino: Qué son entónces los otros idiomas?

—Por su carácter, todos los otros idiomas tienen algo de los tres idiomas de que acabo de hablar á V. El inglés, generalmente mas en uso que todos los demas idiomas, entre pueblos comerciantes, es el idioma del tráfico pero no deja de ser uno de los mas ricos en cuanto á las espresiones y al genio.

—Dejemos los idiomas por lo que son, pero veamos el sentido que dan á las ideas. Hágame V. el favor, querido Robino, de leer el billete y me dirá lo que significan en francés los sentimientos espresados en castellano.

—De muy buena gana, dijo Robino, y leyó lo que sigue en castellano, y luego le hizo verbalmente la traduccion en francés.

Amigo mio:

Los aplausos de ayer fueron mi gloria y la de V. La corona que le arrojé es el testimonio de mis sentimientos para con V.

Tenga V. á bien considerar que he comprendido el sentido de las iniciales grabadas sobre el engarce del anillo de oro que me ha entregado.

Su afectisima amiga para siempre—

Mariquita S***

—Amorés ya! señor Edmundo; en tan poco tiempo, V. es adorado y adora también, pues ese anillo manifiesta una

anticipacion de foudos en esa empresa galante. A ver como V. sigue, nada mas tengo que temer por la parte moral.

—Lo piensa V.?

—Ah! si lo pienso! voto á! Hé visto la chica, es bonita, su gracia es admirable, es una de las perlas de Buenos Aires. Sus sentimientos revelan una mujer de buen tono, y su carta prueba educacion, pues no veo en ella ni una sola falta de ortografia. El estilo es bueno y el pensamiento sincero. A pesar de todas las felices apariencias, encargo á V. la prudencia. Quizá su padre es un federal, es preciso seguir con minuciosas precauciones el curso de los acontecimientos. Rosas da siempre causa ganada á los compadres, y de muy poco peso es para él la vida de un hombre. El tribunal de la mashorca juzga sin el apoyo de las leyes. Si por desgracia, algun miembro de este club del terror fuese un rival suyo. Oh! entónces á pesar de la influencia de nuestro Cónsul, no garantiria su cabeza.

Bah! exclamó Edmundo con espanto, lo mismo que nuestro viejo 95! Es imposible!

—Tómelo V. como le parezca, pero no deje de tomar sus medidas en consecuencia, si V. quiere conservar la cabeza sobre las espaldas.

—Su padre sea cual fuere, ha de tener apego al porvenir de su hija, ella me agrada, me casaré con ella.

—Qué bien lo arregla V. señor Edmundo! V. es fácil en amor. La pasion le ciega. Sepa V. moderarla. Quien va piano, va sano, dice un refran. No basta tener el pájaro, tambien es preciso tener la jaula. Su genio de V. no se ha templado aun con la experiencia del mundo, la ilusion, á su modo de ver, la considera V. en todos conceptos, bajo el mismo aspecto. Ah! querido señor, el amor ha nacido ciego, y vislumbra su razon; su juicio se halla aun en las tinieblas. Se lo repito á V. desconfie del primer amor, tanto como del último. Soltera, la mujer está bajo el disfraz del fingimiento; esposa, se muestra tal cual es. Pero si entónces llega uno á ser engañado, no tiene mas que golpearse el

pecho, y decir: por mi culpa, por mi grandísima culpa. Hablo á vd. como amigo, á vd. toca escucharme como tal. Déjelo vd. al tiempo, es el supremo de los jueces; deje vd. que lleguen los acontecimientos por sí mismos, y saque vd. consecuencia de ellos en favor de su porvenir. Vd. tiene saber eso es mucho, pero solo la experiencia puede conducir á vd. sabíamente por el angosto-desfiladero en que se ha empeñado.

Como se vé, si las cartas de recomendacion no habian procurado á Edmundo, ni siquiera la obligacion del reconocimiento, en desquite, la casualidad le habia dado un amigo, un confidente cuerdo é ilustrado. Robino por su buen sentido natural, su razon ilustrada y un juicio recto, aunque poco cultivado, sabia mucho mas que Edmundo sobre lo esencial, que es conocer los hombres y saber guiarse con prudencia en la senda escabrosa de la vida. Aunque sus consejos no hubiesen derogado los efectos del jóven, lo tuvieron sobre aviso para obrar consecuentemente.

— Gracias, dijo Edmundo; sus consejos son cuerdos, los seguiré. Hágame vd. el gusto de escribirme en castellano lo que voy á dictarle en contestacion al billete de Mariquita. Dictó en francés y Robino lo traduci6 como sigue:

Mi muy amada;

« En pocas palabras vd. me ha escrito todas las esperanzas de mi corazon. La agradezco mucho del honor que me hizo vd. en el teatro.

Ruego á vd. decirme que medio le parece mas conveniente para visitarla, á fin de comunicarle á vd. mi amor por las expresiones de los sentimientos con los cuales

Soy, amada mia,

Su fiel amante—

EDMUNDO DUCANGE.

Leyó la traduccion.

— Muy bien, dijo Edmundo. Luego se levantó, alargó la mano á su amigo, le dió las gracias y salió.

VI

El *quizá* de Robino era una verdad. El padre de Mariquita era un furioso federal, en quien las preocupaciones del país estaban muy arraigadas. Su concepto sobre los extranjeros no estaba como para servir el amor de su hija. Tan fuerte era la sangre como las preocupaciones. Si hubiese conocido los sentimientos de Mariquita la hubiera azotado. La situación de los dos amantes era delicada y muy peligrosa. era preciso valerse de todos los artificios del amor para no caer en la trampa. A este respeto, la ingeniosa y viva Mariquita no carecía de génio.

Al recibir la carta de su amante, tentó con paso firme, el terreno movedizo sobre el cual descansaban todas sus esperanzas. Despues de haberla leído, la quemó, pues temia que fuese cógida por manos sospechosas. Noble prudencia por parte de una jóven que no solo demostraba un génio sutil, si que tambien un buen sentido superior á su edad. Pasó á su cuarto, sentóse á su mesa de labor, tomó una pluma, y, despues de sérjas reflexiones, contestó á su amante lo siguiente :

Amigo mio :

« Su posicion y la mia exigen prudencia. Por eso ruego á vd. de no dirigirme carta alguna. Hay otro medio mas conveniente. Así mañana á las dos de la tarde, vd. me encontrará en Palermo, junto á la casa de S. E. el Dictador.

Suya—

Mariquita.

Redactado el billete, no estaba fuera de dificultad, se trataba de hacerlo llegar á Edmundo sin comprometerse. Todo bien pensado, dijo, apretando el billete en su mano, voy á buscar entre las flores un expediente. Fué corriendo al jardín, lanzando á Edmundo una sonrisa furtiva que queria decir : Sígame vd. ; Este comprendió la estratagema, tomó por disimulo un libro bajo su brazo y siguió á Mariquita,

como alguien que se hace el admirado cuando se le sospecha. Se vuelve de uno y otro lado abriendo su libro. Llega al jardín. Mariquita toma á mano derecha para alejarse de ojos indiscretos. Edmundo anda de aca para allá á fin de disimular sus manejos. Muy luego se presenta á ella en el momento que llegaba al pabellon. Mariquita pasa adelante. Edmundo se precipita sobre sus huellas, la ase de la cintura, la estrecha contra su corazon y le depone en la frente un beso abrasador. Oh amor! pasas los limites en el arrebató de la pasion! Ese encuentro repentino tiene el efecto de la electricidad. Ese primer arrojó de la felicidad, fué coronado de éxito. Mariquita protestó contra ese inocente olvido, bregando en los brazos de su amante. Edmundo se disculpa con estas palabras llenas de fuego: *Adoro á vd.* Mariquita le sonrie y con la prontitud del rayo, se arroja á su cuello, le abraza, y se aleja, tirándole el billete. Edmundo clavado en el suelo, lo alza y mirala huirse. Cuan deliciosa es la retirada del amor huyendo delante del enemigo!

Miró en derredor suyo, nada descubria una sorpresa que justificase la fuga de Mariquita, su corazon fué aliviado del dolor que sentia al creer que habian sido sorprendidos.

Desplegó entónces el billete y comprendió el artificio. Salió del pabellon, tomó su libro y se hizo el que leia para desviar la vigilancia. Algunos momentos despues se hallaba en su cuarto, muy trastornado aun por lo que acababa de acontecer. Su corazon latia con violencia. Decíase: Oh amor! ciegas á tus víctimas, pero cuánta dicha en aquella ceguedad!

Dió algunas vueltas por su cuarto, luego cayó en una silla apoyando su cabeza entre sus manos, suspirandó con fuerza.

Amor! amor! cuando nos tienes, bien puede decirse, adios prudencia! adios razon! Si la hubiese comprometido, pensó, que sería de ella y de mi tambien... En fin no me queda sino un leve recelo, y he probado por primera vez los castos atractivos de la felicidad. Oh! el beso del pabellon quedará impreso en mi recuerdo hasta la muerte! Apoyó su

cabeza en el respaldo de su silla y cayó en un sueño soporífero, entorpecido por las sombras del deleite. Habíase escurrecido á penas un cuarto de hora, cuando un desconocido llamaba á la puerta de Edmundo. Como no vió aparecer á nadie, dió media vuelta y entró en casa del propietario. Mariquita salia en aquel momento deslumbrada aun por el beso del pabellon. Se presenta al desconocido. Perdóne vd. la dijo este. No está el francés, Señor Edmundo Ducange? He llamado á su puerta y no me ha contestado.

—Puede ser que haya salido respondió Mariquita.

—En este caso, añadió el hombre, V. me hará el favor de entregarle este recado.

—Con mucho gusto, señor.

El desconocido se lo entregó y se fué. Mariquita pasó al salon examinando el pliego, consumiéndose por el deseo de saber su contenido. Estaba sellado con lacre, no habia que pensar en abrirlo sin comprometer su curiosidad. Lo volvió repetidas veces en sus manos, procurando adivinar lo que podia ser ese envio á su amante. Su madre que llegó en este momento, vino á sacarla de su atencion.

—Qué es eso, dijola?

—No sé. Un señor que ha venido me lo ha remitido para entregar al señor francés que vive en frente.

—Le entregarás entónces.

La señora S*** era hija de un unitario muy distinguido que habia muerto víctima de su amor por la causa del progreso, de que Rivadavia habia sido uno de los mas intrépidos campeones.

Despues de la muerte de su ilustre padre habíase casado con un federal. Tomaba parte por fuerza en las opiniones de su esposo, aunque fuese muy indiferente á la política.

Idolatraba á su hija, bien sea porque era amable, cariñosa y se parecia á su familia, ó tambien por su hermosura, pues como lo hemos dejado entender, Mariquita era un ángel. Como se vé su hija podia declararse sin temor con su madre que acogió besándola en la frente, los desahogos de

su corazón. Hallando Mariquita, el momento favorable para hablarla indirectamente de Edmundo, sin despertar sospechas sobre la inclinación de su corazón, dijo, como para dar principio á la conversacion: No os parece, madre mia, que el señor Edmundo, el francés, tiene trazas de un jóven cuerdo é instruido. Reune muchos conocimientos. Os aseguro que experimento mucho gusto en oírle tocar la flauta. Qué armonía! Apesar de lo que dicen de los franceses, hay entre ellos jóvenes decentes. No comprendo, madre mia, que uno pueda despreciar á los hombres que tienen tan nobles corazones! A mas cuando es de ellos que nos vienen todas las ventajas de la moda y del arte de vestir. Son tan amables en sociedad que á veces me estoy diciendo que no despreciaría el enlace con un francés. He oído decir tantas veces que Paris solo comprende todo el universo, y no puedo dudarle, pues veo que todo lo que sale de esa capital, tiene cierto sello que siempre se prefiere. Y luego, los franceses son amables, con todo, tienen descaro y saben agradecer. Oh! os aseguro que quiero á los franceses. Tendría mucho gusto en saber leer, hablar y escribir en francés: leyendo su literatura podría instruirme con tino sobre todo lo concerniente á las costumbres del gran mundo.

Como el francés que vive en casa no está muy ocupado, deberiais rogarle de darme lecciones?

—Para qué te serviría el francés?

—Ah! madre mia, nunca es demás saber un poco de todo. Quién sabe á dónde puede conducirme el destino?

—Tu padre tiene sus miras respecto á tu porvenir, no tienes que afligirte.

—Créis, madre mia, que no debo afligirme por eso?

—Que eso sea el menor de tus cuidados. Muy en breve vas á enlazar tu destino con el de un hijo de un amigo de tu padre, un verdadero federal. Es ese jóven que ha venido antes de ayer á comer con nosotros. Te agrada? El domingo próximo, debe venir á hacerte su declaracion de amor.

—Podeis estar segura, madre mia, que va á hacer su de-

claracion en el desierto de mi corazon. Es buen mozo, pero os confieso anticipadamente que jamás me casaré con él.

—Ah! bien sabes, hija mia, que no tienes voluntad.— Cuando tu padre habla, quiere ser obedecido, su voluntad es absoluta.

—Sí, lo sé, madre mia, pero tambien la mia es absoluta y si digo no, no me casarán á pesar mio, me daría la muerte mas bien.

—Veremos, por mi parte, te dejaré hacer á tu gusto.

—Quiero instruirme, prosiguió Mariquita, quiero aprender el francés.

—En fin, ya que lo deseas, hija mia, hablaré de ello á tu padre.

En este momento el señor S*** volvía á su casa. Su esposa le dijo : Tu hija quiere aprender el francés, es un antojo que tiene, lo consientes?

—Cómo! Mariquita, dijo el padre, quieres aprender el idioma de los gringos?

—Si, padre mio, si eso os agrada.

—A fé mia, hija, no veo para que eso puede servirte, pero ya que lo quieres, consiento : Búscate un gringo que te dé lecciones?

—Gracias, padre mio, buscaré uno.

Su padre habiéndose retirado, y su madre con el mate en la mano, sentada en la ventana, mirando á la calle, Mariquita se levantó y se acercó á la puerta. Luego que vió á Edmundo, tomó el recado, se lo llevó corriendo y le dijo al presentárselo:

Amigo mio tengo que entregar..... No pudo concluir, tan fuertes latidos daba su corazon. Edmundo vió su turbacion, la suya no era menos grande, tomó el recado de manos de su muy amada, apretándole al mismo tiempo sus lindos dedos. Saludó á Mariquita quien se retiró con el rubor en la frente,

Edmundo volvió á su cuarto, rompió el sello, abrió el paquete y halló en él, el valor de diez mil pesos moneda cor-

riente, lo que importaba en aquel tiempo cuatro mil francos poco mas ó menos. Qué provecho tan inesperado ! Hé aqui la prueba material de mi triunfo en el concierto de anoche. Halló tambien un billete que contenia estas palabras:

Señor Edmundo Ducange:

Vuestro triunfo ha sido completo, habeis sido aplaudido á la unanimidad. Habeis tenido el insigne honor de ser coronado de manos de una de las mas hermosas mujeres de Buenos Aires. Habéis llegado al colmo de la gloria, ós felicitamos, haciéndoos llegar al mismo tiempo de parte del director, la mitad del ingreso, fuera los gastos. La otra mitad incumbiendo de derecho á vuestro compañero de gloria.

Por el director—

El cajero—C***.

Edmundo metió el billete en su bolsillo diciendo : pueden felicitar me cuanto quieran, lo que me causa mayor placer es que he sido coronado por mis amores, y que el público lo ignora. Guardó tambien los pesos. Tomó su flauta añadiendo : noble instrumento, te debo la fortuna, la gloria y aun mas, el corazon de una mujer hermosa. Tocó algunos trozos italianos. Apenas habia concluido una ópera, cuando llegó á su oido el tañido gracioso del piano que repetia el mismo trozo. Acercóse á la puerta y vió á Mariquita que le sonreia tocando con mas entusiasmo. Vamos, dijo, rivalicemos de ardor, empezó con otro trozo y su amada le siguió. Durante dos horas enteras, tocaron á cual mejor. Queriendo Edmundo ceder el honor del triunfo á su querida, dejó de tocar el primero. Mariquita siguió tocando aun otros trozos que no eran conocidos de Edmundo, estuvo escuchando con placer, al tiempo que saboreaba la comida que acababan de traerle. Luego salió.

VII.

Al volver á su casa, Edmundo, pensaba en la cita de la vispera, pasó una parte de la tarde en repasar su gramática castellana. Escribió los ejercicios en apoyo á las reglas. Como sabia el latin y que era dotado de feliz memoria, sacó buen provecho de ese estudio que habia preparado ya con ejercicios particulares. Desde la mañana siguiente al levantarse púsose á leer su libro de conversaciones francés-español.—Daba la una de la tarde, cuando acabó la lectura de ese libro. Con estas nociones díjose, puedo comprenderme con Mariquita. Levantóse para vestirse. Al momento en que daba la última mano á su compostura, un coche tirado por dos hermosos caballos salia de la cochera. Cuando pasó delante su puerta, Edmundo se acercó.

—El coche está pronto, señorita, gritó el cochero.

—Esperate contestó ella.

Edmundo se emboscó detras de la puerta y vió muy luego á Mariquita que se lanzó á la carroza cual una mariposa sobre la flor. El cochero subió á su puesto y los caballos partieron á escape.

Vamos, dijo Edmundo, parto yo tambien, pasó en revista su compostura, perfeccionando en todo punto su persona para agradar de toda manera á su muy amada. Sorbió una copita de aguardiente; cojió bruscamente su sombrero y su baston y hélo ahí caminando en direccion al muelle. Para acortar, tomó por la calle Reconquista; llegado que hubo á la otra extremidad, divisó en la barranca el coche que se habia parado. Démonos prisa, esclamó que tal vez me está aguardando. Efectivamente, al llegar cerquita, vió á Mariquita que le hacia seña de acercarse. Y para disimular su manejo á los ojos del cochero, le dijo: A dónde va V. así, señor francés?

Edmundo comprendiendo el artificio, contestó: Voy á pasear señorita.

—Hay lugar para V. en el coche, suba V.

Edmundo sube y se sienta á su lado. Apenas esta hubo bajado las cortinas, que Edmundo enteramente á su libertad, estrechó á su amada contra su corazon y la besó en la frente.

—Estamos bien aquí, le dijo ella, podemos hablarnos á nuestro gusto. El ganso de cochero está un poco sordo.

Edmundo se ponía colorado y no contestaba.

—V. no entiende el español?

—No señora.

—No se dice señora, querido Edmundo, se dice señorita. V. puede hablar en francés, lo entiendo un poco.

Esta vez la gramática le habia ayudado, pues comprendió todo el sentido de aquella frase y contestó: Cuán desgraciado estoy de no poder hablar español, cuánto gusto tendria en expresar á V. mi *flamme*!

—Qué es *flamme*? le preguntó Mariquita.

—Edmundo viendo que no era entendido se atrevió al riesgo de pasar por un necio á hablar en español: Es *lo fuego de mi corazon*, contestó.

—Viva! entiendo, amigo mio. Le tomó la mano y la besó, lo que valió á Edmundo la ocasion de darle un nuevo beso en la frente.

Esa curiosa conversacion duró hasta que llegaron junto á Palermo. A pesar de la confusion de la ideas, los dos amantes se comprendieron muy bien. Quedó convenido que Edmundo daría lecciones de francés á su querida, y que esta enseñaría el español á su amante. Tanto por la accion como por la expresion, habianse confiado sinceramente sus sentimientos, sin derogar á las reglas del amor casto. Edmundo habia sido pródigo en besos solamente.

En un corazon donde se abriga la virtud, está el vicio en abominacion. Sea dicho esto para prevenir las intenciones malévolas. Prosigamos. Mariquita hizo parar el coche. Edmundo se apeó, volvióse, agradeció officiosamente á su querida, hizola un gracioso saludo, tomó por un camino á

mano derecha, abrió su libro, y se hizo el que leía. El coche rodó todavía hasta la espesura. Mariquita se apeó, hizo algunos pasos por las alamedas donde encontró á varias conocidas. Hizo sus reverencias á unas y á otras, conversando de cosas insignificantes, como era la costumbre obligatoria en aquel tiempo. Luego, despues de los saludos recíprocos, volvió á su coche en que subió con admirable lijereza. El cochero volvió piés atrás, y poco despues, Edmundo tuvo aun el placer de lanzar á su querida un beso desde el árbol en que se había agazapado, á treinta pasos de allí. Cerró su libro, púsolo bajo su brazo, y volvió á tomar el mismo camino que siguió descuidadamente, deteniéndose de cuando en cuando para ver pasar á los esbirros de la masorca que andaban como lanzaderas, de la ciudad á la quinta del Dictador. Empezaba á anochecer cuando volvió á su casa. Cansado de su paseo, cerró su puerta y se acostó, llenó de las emociones de que su alma contemplativa le traía á la memoria los suaves encantos.

VIII.

Desde por la mañana siguiente temprano, los dos amantes se dieron recíprocamente su primera leccion, con ese arte, con esa habilidad que el amor inspira. Aunque la introduccion no fuese sino una algarabia, no por eso dejaron de ser, al cabo de un mes bastante adelantados para entenderse recíprocamente sobre las materias de su enseñanza mútua. Largas eran las lecciones y sin embargo ni uno ni otro deseaban que concluyesen, tantos eran los encantos y el gozo que en ellas encontraban. En el principio fueron orales y rodaban sobre todos los términos del arte de agradar, y con mayor razon del arte de amar. Uno y otro aprendian un idioma al tiempo que se cortejaban. ¡Bios! decia á menudo Edmundo, qué agradable profesorado! tanto se instruye el corazon como el entendimiento! Mariquita añadia, tirándole impensa-

damente de la oreja: La felicidad está al fin de cada lección!

Rápidos fueron sus progresos ya por el impulso de sus corazones, ya por la eficacia de las lecciones que completaban con estudios particulares. Y luego como se dice: El amor es un maestro ingenioso, cuyos medios de emulación son infalibles. Para no despertar susceptibilidades, mudaban de texto á la llegada del peligro. En fin aquel estado de cosas siguió tan bien, que al cabo de dos meses, los dos discípulos se entendían á maravilla.

Desde la apertura de ese trabajo encantador, Edmundo dedicaba todo su tiempo al estudio profundizado de la lengua española. Hizo progresos extraordinarios, auxiliado por el latín que tiene mucha analogía con el español. Al fin del tercer mes, hablaba y escribía fácilmente en ese idioma. Mariquita hablaba vulgarmente el francés; empezaba á escribirlo y leía con una acentuación tan clara que se hubiera muy bien dudado que no fuese francesa. Sabe Dios, si no lo era por el corazón!

Desgraciadamente, una circunstancia fatal vino á interrumpir el curso de sus estudios y los separó por largo tiempo.

La noticia de ese rayo, fué terrible para el corazón de los dos amantes.

Parecía que todas sus esperanzas estaban perdidas, viendo sus mútuas relaciones comprometidas.

Era hácia el principio de Mayo, el invierno empezaba á hacer sentir sus rigores en aquel clima templado. El viento terrible llamado pampero, soplaba con violencia y también el ódio. Por el hecho de las circunstancias, tan agitado estaba el físico como el moral.

Hé aquí el hecho que produjo esa terrible catástrofe:

Mariquita tenía una compañera llamada Leonor R*** que por sus continuas visitas, se hallaba á menudo de tercera en la lección. Como no carecía de perspicacidad, había penetrado el misterio de los dos amantes. Hija de un furioso federal,

parecía haber heredado del genio de su padre. Muchas veces se divertía en hacer el resúmen odioso de los discursos de los oradores de la mashorca. Y acababa siempre su facunda con estas palabras innobles y bárbaras: *Quién quiere sandias!* recordando de este modo la audacia atroz de los degolladores. En fin, callemos esos hechos horribles que hoy en día escandalizan el corazón de todos los argentinos: unitarios y federales.

Los buenos modales de Edmundo, su fisonomía noble y agraciada, su porte magestuoso, su hablar suave y armonioso, su espíritu amable, como también su genio pacífico, todo había agradado á la señorita Leonor, á tal punto que se volvió locamente apasionada de él. Sabiendo que Edmundo amaba á Mariquita, ocultaba su amor. A pesar de su disimulo, él había llegado á tener dudas, pero solo eran suposiciones, aunque Leonor hubiese procedido alguna vez con ligereza. Estaba roida por los celos, enfermedad terrible y contagiosa por sus efectos. Lo que la desesperaba, era el ver que Edmundo no se prestaba de ningún modo á su manejo. [4] Se enfureció de tal suerte que trató de desviar el corazón del joven por la calumnia. Llevó la audacia hasta decir que Mariquita no era pura, que tenía relaciones criminales con un joven.

Todo lo que pudo decir, lejos de alterar la convicción de Edmundo, solo sirvió para fortalecerla. Cansado sin embargo de sus adulaciones, la dijo: Hágame vd. el gusto, señorita de no hablar de Mariquita, despreciaré ménos á Vd. A esas palabras, Leonor, fuera de sí, exclamó: Me vengaré de su insolencia! Salió bruscamente al momento en que Mariquita entraba para dar su lección. Viendo que salía su compañera sin siquiera decirle adios, Mariquita quiso llamarla; pero Leonor, sin contestar una palabra tomó la puerta.

—Qué significa esa mohina, dijo Mariquita dirigiéndose á Edmundo. Ah! querida amiga, respondió este; me dá lás-

[1] Se verá mas adelante que este amor no era sino un juego péfido.

tima! pero es una infame!—Y por qué pues?—Es, añadió él, que vd. es virtuosa y que ella me quería probar lo contrario.

—Cómo pues?

—Basta Mariquita! dejemos esa infamia, yo sé lo que pueden los zelos. A esta palabra de zelos, Mariquita no replicó, tomó asiento al lado de su amante.

Ese dia la leccion fué corta, tanto parecia que alguna tempestad iba á estallar.

Al dia siguiente, cuando los dos amantes se disponian á seguir el curso de sus estudios, el Señor S*** volvía á su casa furioso. Se encará con Edmundo y le dirigió la palabra en estos términos:

No creia yo que un jóven de su edad, un gringo, tuviese el alma tan vil, el corazon bastante corrompido para tener la osadia de introducirse en una familia para sembrar en ella la deshonna, só pretexto de dar lecciones á mi hija. Vaya! señor francés. Vd. habla de amor á mi hija! Vd. le hace sentir sus llamas abrasadoras, volviéndose luego hácia su hija, exclamó: Y tú estás escuchando las pataratas del señor! Ah! te pillo bribona! ahora veo porqué deseabas con tanto ardor, aprender el frances, era para afrancesar tu corazon, por las luces del amor! Oh! oh! con que prestas el oido á los requiebros de un perverso!

Era tiempo ya que supiese que el pretexto de esas lecciones tan calurosas no era sino un lazo, para facilitar enlaces criminales con el señor gringo. En ese momento asió á su hija del brazo y la hizo dar vueltas por el cuarto exclamando: Qué teneis que contestar impertinente? Quereis deshonnar á vuestra familia? Insultais mi honor, mi reputacion, sin temer siquiera mi ira! [Levanta la mano para castigar á su hija] Edmundo mas pronto que el rayo, le coge del brazo, gritando con voz fuerte: Deteneos! Deteneos! vuestra hija está inocente! El padre furioso se vuelve y le responde: Entónces vd. es el culpable?

—Admito, señor, pero expliquémonos, vuestra hija está

libre de todo crimen y no merece mas que yo la injuria ni la afrenta!

—Cómo! qué se atreve vd. á decir? Acaso no estoy seguro del hecho, segun la relacion que me ha sido hecha por su amiga?

—Perdonad, señor; estamos en contradiccion, no creia yo que los zelos tuvieran tanta audacia, mas puesto que es así, sabed señor que todo lo que os han contado, solo hay una cosa cierta, os la declaro de rodillas: Amo á vuestra hija, la adoro!

—Qué audacia señor! Vd. se atreve á declararme su inclinacion culpable!

—Ah! señor, exclamó Edmundo, levantándose: amar no es un crimen, cuando está la virtud en el corazon!

—Hermosa virtud, la de un gringo!

—Os paso la insolencia, señor; me insultais; es el uso de las personas imbuidas de necias preocupaciones. Mas tarde, cuando el sol de la civilizacion os haya abrasado con sus rayos, revocareis el recuerdo de vuestra injuria.

—En fin, señor, á qué vá vd. á parar? Tiene vd. razon de ofenderme en mis mas caros afectos?

—Lejos de eso, señor, creo hacer un acto de honor confesándoos lo que es un hecho consumado.

—Cómo un hecho consumado?

—Si señor, replicó Edmundo con calor! Solo hay una fé, un corazon, entre Mariquita y yo!

El padre volviéndose hácia su hija, la dijo:

—Cómo! Mariquita has vendido tu corazon al señor?

—Si padre mio, al precio de la vida!!

Esas palabras de Mariquita, sacaron al padre de sus casillas. Se abalanzó á ella como un leon que se lanza sobre su presa. Edmundo le cortó el paso. Alto ahí! señor, herid al fuerte y perdonad al débil. Yo soy el verdadero culpable...

El padre quiso insistir, pero Edmundo le estrechó entre sus brazos de hierro. Entónces ese padre infortunado echó á vociferar. Pronto la casa estuvo en alerta. Llegó la madre

quien hizo salir á su hija, y acercándose á su marido, exclamó: Qué escándalo!

El señor S***, que se habia desprendido de las manos de Edmundo, quiso darle con la silla, pero su esposa le detuvo interponiéndose entre él y Edmundo.

—Señora, la dijo este: vuestro esposo está enojado, pero ignora la verdad.

—Explíquese vd. entónces, dijo la madre?

—El cielo me es testigo! exclamó Edmundo, Mariquita y yo estamos puros de todas malas intenciones. Desde el dia mismo en que puse el pié en vuestra casa, parecia el destino unirme á vuestra hija. Todo lo han hecho las circunstancias. El simulacro, la astucia, los expedientes, todo nos ha servido á pedir de boca. Aun no nos habiamos hablado, que ya nuestros corazones se tocaban por una cohesion eléctrica. Mas tarde hemos puesto en movimiento todos los resortes, para comunicarnos nuestra reciproca esperanza; el pensamiento de nuestros corazones arde ya en amor. Ahora hemos llegado al punto en que el mal no tiene cura. Nos adoramos, nos amamos de ese amor casto, de ese amor sincero que solo acaba con la muerte. En fin, nuestras relaciones han sido lo que debian ser: prudentes, virtuosas y honestas.

Nuestra intencion es idéntica y nuestra resolucion determinada. Hoy mismo, en este momento, pido vuestro consentimiento!

—Mi consentimiento! replicó el padre, jamás! Oh! no! lo juro á la faz del cielo! mi hija será esposa de un federal! Por consiguiente, desde hoy, al instante, echo á vd. de mi casa y le mando desocupar el cuarto prontamente.

—Obedeceré á vuestras órdenes, mas permitidme de decir aun dos palabras?

—Hable vd. pronto!

—No ignoro el odio que se tiene á los extranjeros, á pesar de que son un elemento de progreso y de bienestar para el país. Ignoro el motivo, pero no importa, en ello veo una grave injusticia. Lo que es mas, la República Argentina

debe el espíritu de su constitucion á mis antepasados, por una consecuencia directa, es que el ilustre Rivadavia fundó las instituciones que os rijen en virtud de los principios de 89; y lo digo sin jactancia, sin orgullo, solo quiero comprobar un hecho histórico.

—De quién me habla vd. ahí? Rivadavia!! un salvaje unitario! que es el promotor del llamamiento á los extranjeros! Sin él no seriamos infestados de gringos!

—Ah! señor, respondió Edmundo, jamás creeré que el gran génio de Rivadavia haya cometido un yerro de haber dado entrada á la civilizacion en su patria y dado, por eso mismo el impulso á las artes, á las ciencias, á la industria, al comercio y á la agricultura.

—Infame! con semejantes sentimientos, se atreve vd. á pedir la mano de mi hija!

—Cuando he pedido la mano de vuestra hija ignorabais mi opinion. Vuestra repulsa no para en la conciencia política, pero en necias preocupaciones.

—Cuáles?

—Los correlativos de todo lo que se llama ignorancia, orgullo y vanidad.

—Fuera de mi casa! vd. añade el insulto al ultraje.

—Señor, respondió Edmundo, enderezándose con toda la altanería de un corazón noble y soberbio: Abandono vuestra casa, pero quedo en el corazón de vuestra hija! Me honro de mi patria, de mi familia, no creo mis pretensiones impertinentes. Así, señor, me retiro; al instante, se desocupará vuestro cuarto.—A propósito señor. Cuánto os debo por el alquiler?

—Nada!!

—No me hallo tan falto de recursos para aceptar una limosna. Aunque no esté cumplido el mes, ahí tenéis el precio del alquiler mensual!

—Lo rehusó!

Edmundo tiró el dinero sobre la mesa y desapareció.

Al entrar á su cuarto, Edmundo halló sobre la mesa una

carta con el retrato al daguerreotipo de Mariquita. Habia dejado su llave en la cerradura segun su costumbre; cuando iba á dar leccion á su muy amada, comprendió pues su intencion. Besó repetidas veces el retrato; tomó la carta y leyó lo que sigue:

Mi muy amado :

Quedamos victimas de los zelos de Leonor.

He comprendido su revelacion; pero eso no le traerá felicidad. Nuestros agradables estudios interrumpidos para siempre nos privan de los goces puros y castos que experimentábamos al tomar nuestras lecciones; mas no destruyen nuestras esperanzas. Quedarán constantes nuestros corazones, así lo espero, si al menos tu fidelidad se sostiene tan inalterable como la mia. Tu corazon y el mio se hallan unidos por los vínculos del mas noble amor! Nuestros sentimientos son idénticos; y á despecho de todas las trabas, un dia, al pié de los altares, nos juraremos una fidelidad, una fé que solo acabará en la tumba. Quiera el cielo auxiliar nuestros desiguos y unirnos cuanto antes con los lazos sagrados del matrimonio: Besa mi retrato, Edmundo, que sea para tí la prenda de mi apego y de mi fidelidad. Posees momentáneamente la imájen, espero que un dia poseerás en cuerpo y en alma á la que hace y hará la felicidad de tu vida.

Te abrazo tiernamente.

Tu amada y cariñosa—

Mariquita.

Edmundo leyó y volvió á leer repetidas veces aquella carta estrechándola contra su corazon. Enjugó las lágrimas que corrian por sus mejillas, volvió á doblar cuidadosamente la carta y púsola con el retrato en su bolsillo. Salió á la calle, llamó á un changador é hizo llevar sus muebles. Concluida

la mudanza, escribió en una media hoja de papel las líneas siguientes :

Amada mía :

He leído tu carta y besado el retrato que guardo en testimonio de tu fidelidad. Juro sobre la fé de mi corazon no olvidarte jamás!

Tuyo,

Edmundo Ducange.

Cerró la carta, la selló con cuidado y pagando al changador que le esperaba á la puerta, le dijo : Hé aquí una carta que debe ser entregada en secreto á doña Mariquita. Se encarga vd. de entregársela, sin noticia de sus padres? No hay dificultad, respondió el changador. Edmundo le dió cien pesos y la carta. Se retiró despues, no sin llevar sus miradas varias veces hácia la casa del señor S***.

IX.

Para que el lector pueda juzgar con conocimiento de causa, de los sucesos que van á seguir, vamos á pasar en línea recta á través de los principales hechos que han surgido desde que D. J. M. Rosas ocupa la silla despótica.

Desde luego, toquemos someramente los hechos anteriores á su elevacion al sumo poder.

«Los partidarios de un poder reconcentrado y fuerte, por una autoridad única con una magistratura suprema y un congreso general componen el *Partido Unitario*, cuyos mas eminentes fundadores son : Los San Martin, los Puyrredon, los Rivadavia, los Paz, los Lavalle, los Aguirre, los Varela. Como se vé, en ese partido figuran hombres verdaderamente ilustres.

Los partidarios de los Estados independientes, unidos solamente por un lazo comun de alianza [á ejemplo de la

Suiza] para los intereses generales, componen el *Partido Federal*, cuyos mas eminentes fundadores son los Balcarce, los Viamont, los Lopez, los Anchorena, y los Rosas. Ese partido, lo mismo que el partido unitario comprende á muchos hombres distinguidos.

Del Cabildo, el 25 de Mayo de 1810, sale el grito de independencia. Todas las provincias á ejemplo de Buenos Aires forman juntas, que obran cada una por su cuenta propia. Sin embargo, la asamblea de 1815 intenta organizar la unidad nacional. Posadas y mas tarde Puyredon, dirijen el poder ejecutivo; por su iniciativa no mejora la situacion, ni tampoco el congreso de Tucuman, transferido á Buenos Aires, el cual publica el 28 de Octubre de 1816, un manifiesto histórico y político sobre la revolucion americana; y el 5 de Diciembre de 1818, el reglamento provisorio que ha de servir de base á la constitucion definitiva de las provincias unidas de la América del Sud. Un segundo congreso, convocado en virtud del primero, promulga el 50 de Abril la constitucion deseada, favoreciendo solo á los unitarios, lo que trae ese espíritu de odio que separa los dos partidos.

Lopez y Ramirez marchan á la cabeza de los descontentos, y al grito de federacion, dan principio á una larga série de dramas sangrientos. Callamos la continuacion de aquellos sucesos. Para no abusar de la paciencia del lector, omitiremos aun muchos otros que son sin importancia por lo que concierne al objeto de esta obra. Es en aquella época de anarquía que aparece en la escena de los acontecimientos, el ilustre Rivadavia, como ministro de Rodriguez. El Partido Unitario triunfa merced al amparo de Rosas, quien mas tarde viene á ser uno de sus mas encarnizados enemigos. Es de ese raro contraste que nace su vida política.

Descendiente de D. Leon de Ortiz de Rosas, Juan Manuel por su mala educacion, su génio salvaje, su carácter feroz, parece no desmentir lo que es. Entregado muy jóven á sí mismo, lleva una vida vagabunda, entra al servicio de Dor-

regio que hace de él su capataz, en premio de sus buenos oficios. Teniendo continuamente á la vista los ejemplos de la vida salvaje, con tiempo está imbuido de ella. Por su preeminencia sobre sus compatriotas, adquiere una influencia tan poderosa que ya empieza á tomar ésa superioridad de dominacion, que va siempre aumentando con el tiempo.

Todas esas circunstancias juntas forman su opinion politica, y le hacen abrazar el Partido Federal como mas en armonia con sus miras. En esta época se liga intimamente con D. Tomás Manuel Anchorena, el alma de ese partido, y mas tarde su patron. Casase Rosas con Encarnacion de Ezcurra, cuyo carácter parecido al suyo, contribuye en mucho, para guiarle en el camino de la vida lorrascosa.

Llegado Rosas, al mando de un regimiento de caballeria de milicia, entra con arrogancia en la lid de las luchas politicas. Su primera hazaña militar tiene lugar en el momento de la sublevacion del populacho de Buenos Aires contra Rodriguez, y coöpera no poco al afianzamiento de la autoridad de este último, y por eso mismo, del poder unitario en la persona de Rivadavia, noble y digno defensor de los derechos de la humanidad. El es quien establece en Buenos Aires, cuna de su nacimiento, útiles instituciones que le traen sin cesar á la memoria del pueblo en su patria.

Su educacion, sus viajes al Viejo Mundo y á Norte-América, los profundos conocimientos adquiridos de los enciclopedistas, hacen de él un hombre importante. Rivadavia por el poder de su génio hace reinar el orden en todas partes: En la enseñanza, en la justicia, en la administracion, y encamina su país hácia el progreso. Sin las trabas de las preocupaciones, la Nacion Argentina seria por su iniciativa una de las más civilizadas naciones del globo. No le seguimos en las particularidades de su obra, nos limitamos á decir para edificacion del lector, que ese grande hombre ha muerto en el destierro.

Después de él, la República cae en la anarquía.

Los caudillos federales se constituyen dictadores en sus

provincias respectivas, anegando la rebelion en mares de sangre.

Dorrego, el mas moderado de ese partido es elegido gobernador de Buenos Aires. Fortalecido por la influencia de Rosas, su capataz, puesto á la cabeza de la campaña hace esfuerzos para atraer á la unidad nacional las reliquias del estado dislocado.

A pesar de los tratados celebrados para restablecer el orden, se desorganiza su partido por las consecuencias de la guerra con el Brasil.

La insurreccion que estalla el 1º de Diciembre de 1824, obliga á Dorrego á refugiarse en la campaña. Es arrestado, conducido á la ciudad y fusilado. Ved ahí el premio del sacrificio!

Horror! cuando se reflexiona que Rosas ha participado en la conspiracion, que trae la muerte de Dorrego! Aquel suceso infausto parece favorecer los designios de Lavalle, pero un contratiempo lo derribá á su turno.

El señor de Mandeville, agente consular, esposo de Doña Maria Sanchez, hermana de pecho de Rosas, dá orden al vizconde de Venancourt de proceder contra Lavalle para la soltura de Tomás Anchorena, detenido á bordo de la *Magicienne* con sus correligionarios. Lavalle forzado de capitular, pasa al Estado Oriental. Rosas por ese primer hecho, de astucia política, se aprovecha de las circunstancias favorables; y se hace nombrar gobernador, capitán general de la provincia de Buenos Aires, al puesto de Viamont el 8 de Diciembre de 1829. Vedle ahí en buen camino!

X.

En la época de la revolucion de 1810, Montevideo no sigue el ejemplo de su hermana de la vecina orilla y parece quiete guiarse con sus propias fuerzas. Subyugada de nuevo por la casa de Bragance, D. F. Rivera, hombre popular entre sus

compatriotas, pone toda la campaña en armas. Derrota á los brasileros el 24 de Setiembre de 1825, en un punto del territorio, su competidor los vence en otro punto.

Expulsados sus dominadores, crean un gobierno provisorio en la Florida, bajo la presidencia de D. M. Calleros, y el 20 del siguiente Agosto, la Banda Oriental proclama su independencia.

A despecho de las nuevas tentativas del Brasil, se constituye en Estado libre é independiente, en 1826, concluye la paz con su enemigo á fines de 1829, y el 16 de Diciembre de 1850, las dos hermanas ribereñas se hallan en contacto con el exterior por el reconocimiento de la Francia y la Inglaterra.

La prosperidad del Estado Oriental, con el concurso de los extranjeros, principalmente de la inmigracion francesa que encuentra allí grandes garantías de tranquilidad presagia nuevos acontecimientos.

Confiada la presidencia á D. F. Rivera en recompensa de sus servicios, los paralelos establecidos por su competidor, justifican las causas que producen las rivalidades envidiosas de las dos repúblicas.

A pesar de los obstáculos, Rivera tiene las riendas del gobierno. Desgraciadamente el espíritu de partido separa el Estado en dos campos: *Los blancos y los colorados*. Los primeros bajo el estandarte de Oribe, y los segundos bajo el de Rivera, ensangrentan á su patria con la guerra civil. Por último, sin embargo, Oribe vencido, abdica y viene á Buenos Aires á recibir las pérfidas adulaciones de Rosas.

Volvamos á este: Su poder mal asegurado sobre las ruinas del Partido Unitario, parece moverse bajo sus piés. Ese partido, no está vencido y puede reanimarse. Viendo su difícil y recelosa situacion, Rosas se hace conferir las *Facultades extraordinarias*, asegura su autoridad, ciñe mas los lazos federativos por tratados, y todo esto en provecho suyo. sus soldados someten á Córdoba, á las otras provincias rebeldes y quebrantan de un solo golpe los últimos amparos del

Partido Unitario. Mientras estos sucesos, él afirma su poder y empieza á perseguir con su odio infernal á los unitarios, á aquellos mismos que le habian entregado las riendas. Están observados y á la menor sospecha perseguidos como bestias feroces. Todos aquellos que quieren resistir á su voluntad son tratados con inhumano rigor. Su divisa es :

Viva la Confederacion Argentina! Mueran los Salvages Unitarios!

Un sin número de hombres distinguidos perecen victimas de la tiranía.

Hiriendo al unitarismo, Rosas, lo reedifica á su modo, reuniendo todos los poderes bajo el yugo de su voluntad.

A pesar de estos gérmenes de la barbarie ; Rosas se mantiene al poder por su reeleccion en 1852. Sin embargo, las facultades extraordinarias son limitadas ; Rosas se hace el desinteresado, rehusa la presidencia que está conferida á Don J. R. Balcarce. Como se vé, Rosas presta á fuerte interés sobre un capital de influencia, que aumenta aun dejando limpia la campaña de los indios que la infestan. Destruye á unos diez mil de ellos y estrecha á los demas fuera de las fronteras. Por eso mismo hace un servicio inmenso á la nacion ; vuelve á Buenos Aires cubierto con esos laureles, burla la esperanza de unos, aviva la de otros, y seguro del auxilio de Quiroga á quien hace fiestas, impone silencio á Lopez por los artificios de la astucia. A despecho de las intenciones hostiles, mantiene la anarquía. Vuelve colorados á unos y negros á otros.

Forzado de ausentarse todavía ; su esposa hace mover de oficio los motores de su política. Para recompensarla de esta prueba de adhesion, Rosas á su regreso la abruma de desprecio y de improperios.

Se hace el gazmoño ante las honrosas ofertas de su patria. No le dá envidia su reeleccion.

Las escenas de la anarquía presentan un triste espectáculo. Rosas se sonrie al prever la conclusion de ella. Los gobiernos se suceden de la mañana á la noche, Rosas espera firme

y resuelto; él quiere el premio mayor de la autoridad pública, y lo consigue, el 7 de Marzo de 1855. Hace perfeccionar su título por la sanción popular, el 1° de Abril del mismo; echa un gran suspiro y exclama: *Héme aquí, estremeceos por el porvenir!* Rosas se sienta en la silla del poder y lanza en lo venidero una mirada terrible. Estas palabras: *Los que no son en favor mio son en mi contra*, retumban en su pecho. El terror desencadena sus rayos. Quiroga cumpliendo con un mandato de Rosas, es asesinado, con su secretario y su comitiva. Ese crimen dá lugar para cometer otro. De los cuatro hermanos Reinafés, tres son asesinados, el cuarto logra escaparse gritando: *Rosas eres un asesino!* Este se hace el sordo y abrevia la enfermedad de Lopez con la receta sospechosa de su médico. Para tomar aliento, ostenta clemencia por la ley del 20 de Mayo de 1855, que anula la confiscación.

Para que todo baile al son de su política despótica, hace callar la boca á los diputados, corta la pluma á la prensa; da cartillas á las escuelas y se coloca despues de Dios sobre la tierra, poniendo su busto en el santuario de la religion. Unta la máquina y dice: *Marcha!*

Un resorte incomoda el movimiento, es Varela, el sol del Plata. Lo hace destrozár á puñaladas.

Para moderar el apetito desenfrenado de sus compatriotas, Rosas echa mano de los recursos del crédito público, convirtiendo el Banco de Buenos Aires en Banco del Estado; y como el amor de un gaucho, no está para las ciencias, cierra la universidad y entrega la juventud á los jesuitas. Viendo estos la puerta abierta salen de los límites, Rosas les dá desdenosamente con el pié y devuelve los niños á los legos. Ordena tan bien la cosa pública que la higiene política y social se reduce á una sola regla: *su voluntad*. Para disminuir su tarea, instituye la Mashorca y suplica á sus infernales carniceros de armar la tempestad. La ciudad cae en un estúpido pavor. Una jauría de forajidos recorre las calles para poner á ejecución los decretos de ese tribunal infame. Esos

monstruos á faz humana, vociferan contra los desgraciados unitarios. Echan abajo las puertas en las tinieblas de la noche para arrancar á sus víctimas del reposo. Degüellan, saquean, matan y gritan por las calles: Quién quiere melones!! Horror!... La pluma se nos cae de la mano, pase-mos pronto?

Como queda dicho ya, Oribe vive bajo el ambicioso vasallage de Rosas que le hace mover al grado de sus caprichos: La batalla sangrienta de Pago Largo, el 31 de Marzo de 1859, ganada por el ejército de Rosas, pone en sus manos á Beron de Astrado, gobernador de Corrientes, le hace matar á lanzadas y su piel, cortada en tirillas, sirve para trenzar las riendas de un freno. Mas tarde, el 22 de Junio de 1859, Cullen es fusilado. Rosas ni siquiera respeta la vida de los hombres de su partido. Hace perecer al Doctor Maza, al hijo de aquel casado desde quince dias solamente, con su nuera propia.

Comprometido Alvear en la misma conspiracion que causa la muerte de los Maza, consigue el título de Ministro en Washington. Dios! qué diferencia en el destino!

Otros cómplices perecen en manos de los mashorqueros, los cuales previenen los gustos del amo.

Aunque absoluto en sus voluntades, Rosas se sujeta algunas veces á los consejos de D. Anchorena; y es á su iniciativa que intenta poner á contribucion la sórdida hospitalidad que concede á los extrangeros. Quiere assimilarlos á sus nacionales otorgándoles segun su buen placer, el honor de ser alimento de cañon.

No obstante la influencia de sus cónsules, muchos de ellos quedan sometidos á esta medida arbitraria. Algunos italianos son fusilados por delitos insignificantes: Ved ahí la independencia americana de Rosas!

Si tiene miramientos para con la Francia y la Inglaterra, es segun su propia expresion: que no debe uno acercarse demasiado al fuego, por que quema, mas vale dejar que salten esas malas langostas. Sin los auxilios aunque mezquinos de los agentes consulares, Manuelita tendria bastantes pares

de orejas de hombres para divertirse. Suliberalidad permite sin embargo á los extranjeros el libre ejercicio de sus profesiones, miétras lleven la aborrecible divisa: *Mueran los Salvages Unitarios!* A pesar de las intervenciones aisladas ó combinadas de la Francia y la Inglaterra, Rosas se mantiene y ostenta pretensiones acerca de los representantes de esas naciones, burlándose al mismo tiempo de la política versátil de L. Felipe.

El statu-quo! siempre el statu-quo! en perjuicio de los extranjeros y de los hijos del pais.

XI

Echagüe, el general por excelencia de Rosas, penetra con cuatro mil argentinos en el territorio oriental y se adelanta hasta doce leguas de Montevideo. Extranjeros y nacionales toman las armas para rechazar al invasor. La batalla ganada por Rivera el 29 de Diciembre de 1859, rechaza á los argentinos fuera del territorio. Auxiliado de Lavalley y de la escuadra francesa, persigue á los enemigos; Lavalley llega hasta Moron. Rosas vé el peligro de cerca y sin el almirante Makau, se acababa con la dictadura. La conducta impolítica del almirante produce sucesos fatales á las dos repúblicas. Este oficial mayor de la marina francesa incurre con razon en la animadversion de los extranjeros y de los hijos del pais. Su competidor comprendia mejor que él la situacion, pero digámoslo por vergüenza del gobierno de Julio; su noble sentimiento para la felicidad de las dos repúblicas, le valió una inalicable revocacion.

Cuando llega á Rosas la noticia de la revocacion de Baudin aplaude con sus dos manos y prodiga abyectas y ruines adulaciones al almirante Makau.

No reproducimos en esta ojeada todas las inconsecuencias de esa política mal ideada que afirma el poder despótico. Rebosando en alegría, Rosas dá el beso de Judas á sus minis-

tros que vienen á remojarse en el alma del servilismo, ofreciendo á su tirano los homenajes de la impunidad.

Será bueno que Makau en su vejez síga el mes de Maria en memoria del mes de Rosas, y lleve las reliquias de sus hazañas al Plata.

Los historiadores que se complacen en establecer paralelos entre los hombres que se asemejan en sentimientos políticos, comparan á Rosas con el Doctor Francia. Existe esta diferencia entre aquellos dos hombres, que el primero es el tigre cazando, y el segundo el tigre durmiendo.

Despues de abolida la ley de la confiscacion de los bienes, Rosas onfisca las haciendas de los unitarios; los bienes muebles ó inmuebles, todo sirve para almoneda pública ó para satisfacer la codicia de los mashorqueros, los cuales viendo caer las dotaciones del robo, les asalta un acceso de rabia, é infunden el espanto en la capital. Rosas se sonrie de las vociferaciones de esos inmundos satélites, y se contenta con alejar á los jesuitas que solo apetezen el murmullo pacifico en la sombra.

Prosigamos: La completa derrota de Rivera en el Arroyo Grande, proporciona á Rosas la ocasion de agradecer los pérfidos oficios de Oribe. Coloca á este a la cabeza del ejército argentino. Oribe pone atrevidamente el sitio delante su patria, el 16 de Diciembre de 1845, la cual se halla muy en breve inundada de enemigos, y viene á ser el teatro de horribles latrocinios. A pesar de la influencia de las potencias extranjeras, ese estado de cosas dura por espacio de diez años y arruina al país. Ved ahí la obra maestra de Rosas, y el mas hermoso floron de la corona de Oribe.

Rosas tiene miras nada menos que de estender su dominio sobre las dos orillas, para meter en su bolsillo á los caudillos del Plata y obligar á las potencias extranjeras á darle los buenos dias al pasar, para pedirle la llave del Rio de la Plata: Que se diga despues de eso que Rosas no es un gran político! Salta de gozo á despecho de las recriminaciones del Brasil. Manda en dueño, dice: No pasareis! Hace sentir su autori-

dad sobre todos los puntos, aun en el Paraguay: Su audacia demuestra un carácter firme y resuelto. El célebre Garibaldi, marinero distinguido, es el primero que intenta desobedecer á Rosas con esa valentía que le caracteriza. El quiere echar abajo la puerta del rio, y logra romper por fuerza la cerradura. Trehouart y Hotham comandantes de la escuadra francesa é inglesa, viendo abierta la puerta, se lanzan con su flota despues de Garibaldi y van á dar los buenos dias á Rosas en el Obligado. Unos y otros se saludan recíprocamente á cañonazos y se dan la mano á fusilazos y bayonetazos. Quinientos soldados de Rosas mueren de una indigestion de ciruelas. Rosas les dá su bendicion diabólica, riendo en su barba; endereza sus bigotes y hace un terrible saludo á los visitantes. Esa cortesía europea no cambia en nada las costumbres de Rosas, tiene el carácter rancio y no gusta de la política de Europa.

En todo caso se deja enternecer por las anticipaciones de urbanidad del señor Hood, agente consular de su banquero Baring. Rosas defiende los intereses privados antes que los del Estado. Adivina de antemano que algun dia irá á visitar á su amigo Baring en Lóndres. Deffaudis y Ousseley hacen tambien sus cortesias al dictador, pero con satisfaccion de todo el mundo y reciben de sus gobiernos respectivos, la ingratitude en premio de sus sacrificios!

El 15 de Marzo de 1847, el coronel Rodriguez se enfria de tal modo respecto á Rosas, que se le encuentra helado en la orilla del rio. Se vé que Rosas es enemigo del frio, prefiere el calor! Asi pues, no hay que admirarse si las misiones desempeñadas por otros agentes que suceden, quedan sin resultado. Rosas desdeña el almizcle de los gabinetes de Francia é Inglaterra. Allá se muestran demasiado corteses, y Rosas no lo es bastante.

Los negocios permanecen en el statu-quo, Rosas recuerda que ha prometido asistencia y proteccion á su amigo Oribe. Busca los medios de darle una prueba incontestable de estima, que como queda dicho, cuesta la vida al ilustre

Varela, hombre de talento, y lleno de virtudes cívicas. Rosas no gusta de la luz, sólo gusta del calor. Es tenaz en sus gustos, su protegido Oribe lo prevee y procura ablandar á su patron.

Rosas, por toda respuesta, mira en lo venidero y dice: Estoy firme y resuelto!

En aquel momento mismo el soplo de la revolucion de Febrero, zumba á sus oidos. Oh! dice, este soplo huele á esperanza. Bien hecho L. Felipe! el rayo te hiere antes que á mi! Dios bendice la confederacion! Rosas se endereza con arrogancia y no quiere escuchar mas á nadie. Ay! el soplo que le ha zumbado á los oidos le vuelve sordo. El no piensa que soplará un dia en Caseros y que hará resonar estas palabras: Hoy muere el poder de la tirania!!! El estandarte de la libertad flamea sobre el suelo argentino!

XII.

Como se vé por las consideraciones que preceden, las victimas de la tiranía despótica, no siempre dimanaban de la consecuencia de las opiniones políticas. Los abusos de autoridad de los agentes de ese poder sin registro, pasaban los limites, no solamente de la legalidad, pero también de la humanidad. Cualquiera delacion se hacia sin formalidades, tan cierto es que, bajo un gobierno despótico las formas se reducen á la voluntad del tirano.

Los federales de hoy dia tienen sobradas razones para negar los federales de Rosas.

Prosigamos: Uno se figura anticipadamente en que disposiciones de corazon y de espíritu se hallarian los dos amantes luego de la catástrofe de la casa S^{***}. Retirado Edmundo con su pequeño ajuar á casa de su amigo Robino, pensaba en los medios de librarse del odio del señor S^{***}. Su afecto amigo, á quien confió su triste malaventura le dijo: Es V. muy bueno de desazonarse por tan poca cosa.

V. se ha portado prudentemente, por último V. no tiene nada que echarse en cara. Si la moza ama á V. sinceramente, puede conservarse para mejor ocasion. V. por su parte, no tiene necesidad de consejos. Cuando suceden cosas semejantes en Francia, uno se contenta con reirse de ellas, y es el mejor medio de consolarse. Caro amigo, aunque V. tenga que temerlo todo, no hay que tener miedo. Es verdad que estamos bajo la influencia de un federalismo brutal. Todo medio es bueno en manos del arbitrario, principalmente cuando el espíritu de odio se mete en ello. Rosas sin embargo, no se atiene trivialmente á las delaciones de sus agentes; pero estos no aguardan siempre la decision del amo. No importa, por mas favorecido que sea el señor S*** en el aprecio del Dictador, V. tiene el derecho por su parte. Si se le hace amenazas, será prudente hacer su declaracion al Consulado.

—Yo, dijo Edmundo con humor, aventurarme á los ojos de un hombre de Estado por un asunto de amor! jamás! respeto demasiado á Mariquita para dar el menor paso que pudiese comprometer á su padre. Aunque me haya tratado como un vil mocoso; por amor á su hija, debo quedar en los límites de la estimacion para con el padre. Atribuyo á las necias preocupaciones su conducta tocante á mi, además estaba en su derecho. Quiso el destino que mi corazon diese los primeros pasos en una circunstancia peligrosa. Con el tiempo puedo esperar aun de salir victorioso. Guardo silencio, si sucede que mi enemigo altere los hechos y me comprometa, sabré defenderme aun ante el Dictador, cuyos sentimientos ignoro.

—Es hombre inhumano y rigido, mi querido Edmundo; no es bueno habérselas con él, sea cual fuere el asunto. Sus deliberaciones son breves y la cabeza rueda con prontitud. Es de esperar que V. no tendrá la obligacion de tan terrible conferencia á solas con él.

—El demonio me lleve! Si me someto, respondió Edmundo, con aspereza. Estoy resuelto, nunca la cobardia á

echado raíces, en el corazón de un buen francés, me presentaré atrevidamente sea cual fuere la suerte que pueda aguardarme.

—El amor ciega á V. señor Edmundo, déjese V. de fanfarronadas, mejor es emplear los medios conciliatorios. Tendrán mas eficacia que una loca osadía. V. se da á conocer bajo el aspecto de un hombre, cuyo corazón tiene mas cuenta de la pasión que de la razón. V. sabe lo que dice Mentor: Es menester prever el peligro y temerle antes de arrostrarle; pero ya en él, no queda mas arbitrio que despreciarle. Y en cuanto á Rosas, ay! del que le ofende!

—Pues bien! el peligro!... lo arrostraré, probaré cuan heroico vuelve el amor!

—Cálmese V. amigo, la reflexión volverá, y recobrando la razón sus fuerzas, la pasión se desvanecerá.

—Lo cree V.... amigo Robino? La virtud ultrajada, el amor hollado, dan el valor del martirio. El triunfo ó la muerte! Oh! me conozco! Moriré ó.....

—Enhorabuena, querido Edmundo, aquellos son sentimientos sublimes! No tanto ardor, V. puede dormir tranquilo y considerar su catástrofe como un necio error. V. mismo lo ha dicho, es la consecuencia de una necia preocupación. En Europa se ridiculizaria eso. En resumen, para dar tregua á su fastidio, debe V. determinarse á dar un nuevo concierto. V. recibirá probablemente una segunda corona de alguna otra beldad que le hará olvidar á la que V. no tiene mas esperanza de admirar.

—Aunque sólo fuese por ese motivo, no daré otro concierto.

—Porque no? replicó Robino.

—Porque no quiero mas ponerme á los ojos del mundo. Seria contra la voluntad de Mariquita. Sé lo suficiente de español para ganar mi vida por otros medios mas conformes con mi carácter.

—Vamos Edmundo, ya veo que V. está resueltamente pegado á las polleras de Mariquita.

La conversacion fué interrumpida por la llegada de Julio.

—Buenos dias, señores, dijo este alargando sus manos á sus dos amigos.

Despues de los cumplimientos de costumbre, tomó asiento enfrente de Edmundo y le dijo : Qué tal amigo, te has alejado de tu querida. Mucho me ha sorprendido la acogida que me acaban de hacer ahora mismo. Ha habido pues algo de nuevo?

Ten la bondad de escucharme, dijo Edmundo, y cuando sepas lo que me ha pasado, tú mismo lo juzgarás.

Miéntas referia sus aventuras, los dos amigos no podian contenerse de risa. Edmundo se enfadó de tal modo que no pudo impedirse de decirles : Cesad vuestra risa que molesta mi corazon.

Justificáronse y concluyó. Julio se levantó, noticiándole su partida para la mañana siguiente.

Edmundo sacó de su cartera las cartas que habia escrito de antemano y se las entregó, diciendo: Amigo cuento con tu discrecion, principalmente respecto á los hechos que acabas de oir.

—Pierde cuidado, le dijo Julio, abrazándole; puedes contar con mi amistad.

—A buen seguro, añadió Robino. Vamos, los amigos no se separan asi sin brindar.

Sacó una botella de su armario y unas copitas, y brindaron á la salud unos de otros.

Salieron juntos á la calle, se apretaron la mano y Julio se despidió, agradeciendo á sus amigos que le desearon una feliz travesia.

XIII.

Apenas habian vuelto á entrar los dos amigos, cuando llamaron á la puerta.

Robino fué corriendo á abrir y quedó mudo de espanto al

ver delante de sí á dos agentes de policía.' Qué deseais? les dijo con voz entrecortada.

Tomando la palabra uno de los agentes, dijo: no hay aquí un jóven llamado Edmundo Ducange?

A estas palabras que hirieron ostensiblemente el oído de Edmundo, levantóse bruscamente de su silla y respondió: Aquí me teneis!

—Qué le quereis, añadió Robino?

—Tenemos órden, contestaron juntos, de arrestarle y de llevarle á la barandilla del Dictador.

—Os sigo, dijo Edmundo, alargando la mano á su amigo todo asustado.

Los agentes echaron mano á Edmundo y lo llevaron.

Robino fuera de sí, recelando por la suerte de su amigo, se viste apresuradamente, y corre al consulado de Francia. Llega sofocado, se presenta al Cónsul que se hallaba en este momento en su despacho, y esclama en tono que significaba, no hay tiempo que perder: Señor Cónsul, acaban de arrestar á un compatriota, á mi mejor amigo!

—Su nombre? preguntó con inquietud el Cónsul.

—Se llama Edmundo Ducange.

—Edmundo Ducange, repitió el Cónsul. Veamos si está registrado al consulado.

Abrió un voluminoso registro, buscó el nombre designado y exclamó: Ese nombre no figura.

—Sin embargo, es un francés, habrá olvidado de hacerse inscribir.

—Puede ser, respondió el Cónsul. Luego volviéndose á sentar añadió: Sabe V. porque ha sido preso?

—Por causa de amor.

—Por causa de amor! repitió el Cónsul riendo, no puede ser.

—Eso es, sin embargo, señor Cónsul. Le refiere las relaciones de Edmundo con Mariquita, así como el desengaño desgraciado que era la consecuencia de ello, y añadió: Se-

ñor Cónsul, os lo suplico en nombre del Cielo, salvadle, es un gallardo mancebo.

—Cálmese V. respondió el Cónsul. Comprendo que el padre haya querido vengarse de la temeridad del jóven por un acto de bajeza ; pero saldrá con las manos en la cabeza, como se dice vulgarmente. Tomó la pluma, escribió una carta y la entregó á Robino, diciendo : Lleve V. con celeridad esta carta al Dictador, y tenga V. confianza en la suerte de su amigo. Tomaré medidas en consecuencia.

Robino tomó la carta, saludó respetuosamente y salió.

Para llegar mas pronto á la quinta de Rosas, corrió á casa de su patron, tomó su caballo y partió á escape.

Edmundo llegaba, cuando Robino fué introducido. Este saludó, entregó la carta, y sobre la orden de Rosas, salió.

Encontró Edmundo á la puerta, sentado entre dos vigilantes, muy poco ansioso por su suerte. Conversaba alegremente con ellos. Díjole al darle la mano : Amigo Edmundo, V. está bajo la proteccion de la Francia.

—Gracias amigo, respondió Edmundo, tambien estoy bajo la proteccion de mi inocencia.

—Es alguna vez una muy débil proteccion, replicó Robino, principalmente.....

No concluyó, montó á caballo y desapareció á toda rienda.

Entremos ahora en el gabinete del Dictador para ver lo que allí pasa. Edmundo con la cabeza erguida se presenta ante el hombre que hace temblar á todo un pueblo. Salúdale, así que á una hermosa mujer sentada junto á él, y la cual le devuelve su saludo con graciosa sonrisa.

Rosas empieza su breve interrogatorio en estos términos : Parece amigo, que V. tiene parte en los sentimientos de los salvages unitarios?

—Yo Excelencia! tengo parte en los sentimientos del amor. Estoy muy indiferente sobre la política.

—Sin embargo V. ha hablado muy en favor del partido unitario.

—Con qué motivo Excelencia?

—Con motivo de Rivadavia, un salvaje unitario.

—Lo que he dicho del ilustre Rivadavia, lo sostengo. Apruebo el bien en todas partes donde lo encuentro. Diria lo mismo de vuestra Excelencia si habia motivo. Eso no me parece un crimen, si la razon está por algo en el corazon del hombre!

—Reflexione vd. bien lo que dice jóven indiscreto! Vd. tiene el alma alta, pero podria tener la cabeza baja!

—La muerte Excelencia, no me impedirá dar testimonio al génio y á la virtud.

—El mayor testimonio que vd. puede dar aquí, es hablar con respeto y deferencia, otros mas valientes corazones que el suyo han tomado esa iniciativa.

—Perdonad, Excelencia, si suponeis que me aparte del respeto debido á vuestra dignidad. Pero considerad que la inocencia ultrajada, la virtud insultada salen alguna vez de los límites.

—Quizá, habré ultrajado la inocencia del señor Francés?

—No es á Vuestra Excelencia que se dirige mi sentimiento, pero á mi denunciador.

—Vd. quiere decir al padre de la muchacha que quereis amar á despecho del ridiculo?

—Cómo? Excelencia, del ridiculo!

—Si amigo, un padre es dueño absoluto del destino de sus hijos.

—Ese sentimiento, Excelencia, solo essegundario y el amor no tiene cuenta de él.

—Ah! jóven, el amor no tiene cuenta de eso! Bonita cosa el amor en los niños! Un padre ajusta los resortes con el látigo. No es cierto Manuelita, añadió, volviéndose hácia su hija.

Hasta entónces, Manuelita no habia dejado de considerar al jóven. Su fuerza, su elegancia, la nobleza de sus sentimientos habianla sorprendido: Se levantó bruscamente, y acercándose á su padre, le dijo: Bien veis padre mio, que ese

jóven está inocente de cuanto se le inculpa. Tiene demasiada grandeza de alma para envilecerse. Tiene las calidades para agradar, ha podido comprometer el corazón de alguna mujer bonita, pero eso no es un crimen, es á veces una virtud. Y además, si ese jóven piensa en casarse, es indispensable que corteje.

—Ah! con que le das razón?

—A vuestro propio testimonio, yo, vuestra hija, podría pensar de otro modo?

Se echa á su cuello, diciendo: Vamos padre mio, sed bueno; os pido su gracia!

—Bah! dijo Rosas, cuando las mujeres se entremeten en las cosas, es preciso someterse. Señor, añadió, Manuelita le otorga su gracia.

Edmundo mas pronto que la pólvora se echa á los piés de Manuelita y le dice: Gracias señorita, presto homenaje á vuestro noble carácter. Le besó la mano.

—Crea vd. respondió Manuelita, que al solicitar su gracia, me he honrado de sus sentimientos.

Edmundo se levantó, saludó respetuosamente y salió. A penas habia pasado el dintel de la puerta, cuando Manuelita que seguia sus pasos, exclamó: Haced enganchar los caballos á mi coche y volved á llevar al señor á su casa.

Edmundo la saludó con graciosa sonrisa;

El cochero llegó, Edmundo subió, y tres cuartos de hora despues, se hallaba en casa de su amigo Robino que le aguardaba con ansia.

XIV

Durante los meses de morada en casa de su amigo, Edmundo solo tuvo que congratularse de sus miramientos. Merced á su iniciativa, consiguió el empleo de preceptor en casa del señor L. G**, rico negociante francés, que le confió la educación de sus tres niños, una niña y dos varones. Co-

mo uno puede figurárselo, Edmundo había adquirido por sus estudios, el arte de la pedagogia, y desempeñaba á maravilla su nuevo oficio. Despues de diez y ocho meses de una aplicacion constante, había logrado brillantes resultados. Los progresos de sus discipulos atestiguaban su mérito.

El señor L. G**, hallándose presente un dia á la leccion, quedó encantado de las respuestas que le hicieron sus hijos sobre varias preguntas que les dirigió. Muy bien, hijos míos! exclamó, felicito á vuestro digno profesor!

El señor L. G** para agradecer sus buenos servicios, le hizo regalo de un par de gemelos con montura de oro, y de varios cortes de telas riquísimas, de paño casimir y de seda, para chalecos, levitas y pantalones. Aumentó su sueldo que de 1500 pesos subió á 2000 pesos. Edmundo no olvidó que debía su bienestar y sus favores á la diligencia de su amigo Robino. El mismo dia, le regaló un magnifico reloj de oro con cadena del mismo.

—Así pues, le dijo este; vd. ponga precio al deber de la amistad?

—No, contestó Edmundo, me hago un placer, participándole al mismo tiempo que vd. ha obrado mejor de lo que pensaba, al interesarse por mi. En lugar de 1500 pesos que ganaba, ahora gano 2000 pesos y regalos magníficos, fuera de esto.—Tanto mejor! Tanto mejor! Estoy muy satisfecho de ello mi querido Edmundo. Vd. hace honor á los oficios de la amistad.

En este momento entró un changador trayendo un cajon que depuso en medio del cuarto y salió despues de haber recibido un papel de 20 pesos de manos de Edmundo. Este hizo saltar la tapa del cajon con un martillo y presentó en seguida á su amigo admirado, cortes de chalecos de seda, de casimir, como tambien cortes de pantalones de lana fina, y ricos cortes de levitas de paño negro. Maravillado Robino, exclama: Hola! Hay como establecer una sastreria!

—Suponga vd. que sea así, amigo Robino, y empieze por

elegir lo que sea de su gusto, vd. me ha dirigido á una generosa fábrica para hacer mis compras.

—Pero vd. chancea, señor Edmundo, hacerme participar de un regalo! No! No! nada acepto! vd. me ha regalado un reloj, lo he aceptado para no disgustar á su buen corazón! pero últimamente, llevar mas adelante el reconocimiento, seria desconocer el precio de la recomendacion.

—Vaya pues! amigo Robino, déjese vd. de ceremonias conmigo! Elija vd. á su gusto, chaleco, pantalon y levita, voy á buscar el sastre para que le tome medida.

Robino quiso detenerle, pero fué en vano, partió como un relámpago, y volvió muy luego acompañado del sastre, el cual empezó á medir á Robino de alto abajo.

—No! No! no quiero exclamó! éste.

—Siga vd. señor sastre, decia Edmundo, tome vd. el corte á la última moda.

Tomada la medida á uno, el sastre pasó al otro, y se marchó despues con un fardo de telas.

Algunos dias despues, los dos amigos estaban vestidos de gala como para una partida de diversion. Entraron en un café. Estando ocupado el billar, se sentaron á una mesa y se hicieron servir cerveza y un juego de dominó. Estaban por acabar una alegre partida, cuando Robino que ganaba, exclamó:

—Señor Edmundo, vd. será feliz en mujeres, yo le gano.

—Asi lo espero, respondió este; á pesar de los estorbos, las apariencias son de buen agüero.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando un señor vestido con elegancia se presentó á ellos y con modo cortés les dice:

Estoy confuso de haberos incomodado, pero encuentro la ocasion de cumplir con un encargo muy importante, espero tendreis la bondad de dispensarme de la libertad que me tomo. Luego volviéndose hácia Edmundo, añadió: Es al señor Edmundo Ducange que tengo el honor de hablar?

—Si señor.

—Me alegro infinitamente, tengo que haceros una confidencia importante. Podriais, con permiso de vuestro compañero, acompañarme á mi domicilio, cuando habreis acabado la partida?

—Ahora mismo, señor, dijo Edmundo, no hay ofensa para mi amigo.

—Vaya! respondió Robino, ofensas entre amigos! no se repara tanto en ceremonias. Siempre tomo las cosas en buena parte. Querido Edmundo puede V. corresponder al deseo del señor al instante mismo.

Luego, volviendo en sí, gritó: Mozo, un vaso! El señor nos hará el placer de brindar con nosotros.

—Con mucho gusto, dijo el desconocido, tomando asiento.

Echaron un brindis, Edmundo dejó el precio del gasto sobre la mesa, y salieron.

Después de los cumplimientos de costumbre, se separaron á la puerta del establecimiento.

Edmundo siguió al desconocido, atravesaron muchas calles, sin dirigirse una sola palabra, tanto era menester, en aquel tiempo, hablar poco y con circunspeccion en público.

Llegaron en frente de una casa de hermosa apariencia, pintada de rojo, como era el uso, la mania y aun el capricho de Rosas.

El desconocido se paró, y dijo á Edmundo:

—Entremos, este es mi domicilio.

Entraron, atravesaron un lindo patio, enlosado y embellicido con unos cuantos tiestos de flores, dieron media vuelta á la derecha y llegaron muy pronto en un magnífico salón entapizado de un hermoso papel de color sombrío, con ricas alfombras que cubrían el piso. Dos hileras de sillones forrados de damasco encarnado, dos canapés de lo mismo, guarnecían la sala; á mas un piano en que tocaba una señorita algunas arias españolas, la cual desapareció á la llegada de nuestros dos personajes.

El desconocido hizo sentar á Edmundo en un canapé, tomó un sillón y se colocó en frente de él; al punto empezó

la conferencia por estas palabras : Sois el autor, señor Edmundo, aunque muy á pesar vuestro, de la enfermedad de una jóven, que os es cara.

—Entónces, señor!

—Mariquita se muere de pesar y podriais salvarla!

—Oh! exclamó Edmundo, cuya inquietud se manifestaba en su semblante, que debo hacer? Ay!! Mariquita! corro allá ahora mismo.

El desconocido le detiene por el brazo y le dice: Dejaos de inconsecuencias! es menester obrar con prudencia! Sentaos! Le trajo á su lado y le habló en estos términos : Habéis sido echado muy indignamente de la casa del señor S***, mi cuñado, federal encarnizado. La madre de Mariquita, que es hermana mia, no participa de los sentimientos de su esposo, con respecto á vuestro amor. Ella os aprecia, y vería con gusto realizarse el enlace entre vos y su hija. Aunque contraida de someterse á la voluntad de su marido, no desespera sin embargo que con el tiempo se verifique vuestra union. En fin, vamos al caso, ella me ha suplicado os diga de entregarme dos palabras con vuestra firma para su hija. Dos palabras, que á buen seguro, la salvaran la vida.

—Oh! Señor, exclamó Edmundo, escribiré mil, un millon si es preciso! Ah! daría mi vida por mi amada Mariquita! Oh!! mi ángel tutelar!! . . .

Saca precipitadamente su cartera, arranca una hoja, y con lapiz escribe lo siguiente:

« Mariquita! corazon mio, vida mia y mi única esperanza.

Daría mi vida por salvar la tuya. Impedido por las circunstancias desagradables que ya conoces, me limito á decirte que soy y seré para siempre

Tu fiel amado que verte desea,

EDMUNDO DECAUNGE. »

Volviéndose hácia el desconocido, le presenta la esquila y le dice: Es suficiente eso?

—Perfectamente bien, señor Edmundo, mañana ella os contestará. En vuestro interés como en el de Mariquita, hacédme el favor de guardar el mas profundo silencio. Yo mismo os entregaré su respuesta.

—Creed, señor, que mi discrecion no tendrá límites, á pesar del dolor que siento de no poder estrechar contra mi seno al pensamiento de mi corazón.

—Tened paciencia, señor Edmundo, y creed que tarde ó temprano os casareis con ella.

—Dios mio! que bálsamo derraman vuestras palabras sobre mi corazón!!

—Aunque no tome parte en los asuntos políticos, desde la elevacion del tirano, dijo el desconocido, no dejo por eso de seguir el curso de los acontecimientos. Preveo que antes de mucho, las cosas cambiarán de aspecto. Todo me hace augurar una revolucion cuya consecuencia será la caída de Rosas y el triunfo del partido liberal. *

Las ideas de los federales se modificarán al contacto de los nuevos principios. Entónces la aversión para con el extranjero se convertirá en simpatía. Mi cuñado mudará de dictámen por la felicidad de su hija, sacrificando las preocupaciones funestas á la razon ilustrada por los resplandores de la civilizacion.

—Quiera el cielo, dar causa ganada á vuestro sentimiento, respondió Edmundo.

—Esperad, pues la esperanza es un poderoso auxilio moral.

—Espero sobre la fé de mi corazón, y por mas que suceda, amaré siempre á mi querida Mariquita.

—Por mi satisfaccion, quisiera veros ya unidos, me pareceis un jóven digno de la mas perfecta felicidad. Tened buena esperanza, despues de la tormenta se aclara el tiempo, como dice el refran. Mi corazón se regocija anticipadamente de los acontecimientos que se preparan. Habeis sido victima de un error, y eso es un motivo mas para afirmaros en las previsiones de lo venidero; En todo país la humanidad

se aparta á veces de su propósito; encuentra obstáculos, adelanta de un lado y atrasa del otro. Ay! quien hubiera dicho, hace cuarenta y cinco años que el pueblo Argentino caeria bajo el yugo del mas horrible despotismo! bajo la Dictadura sin freno. Eso es sin embargo! O ilustre Rivadavia! tus descendientes parecen olvidar tus nobles ideas! Ah!! no eres de tu siglo!

Las necias preocupaciones respingan todavia, pero tus sabias instituciones se mantendrán á despecho de la ignorancia.

Tu nombre ilustre vivirá en la memoria de los Argentinos! y cuando vuelva el dia de la luz, levantaremos ese monumento de tu gloria que la tirania parece hollar! Tus correligionarios tienen fé en la humanidad! Tú has plantado sobre el suelo argentino el estandarte del progreso; nosotros lo abrigaremos con nuestra influencia! Cuando los resplandores vivificantes de la libertad aparezcan al horizonte, nuestros corazones lo recordaran á la memoria del pueblo, que entusiasmado cantará: (1)

Oid, mortales el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas.
Ved en trono la noble igualdad,
Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nacion,
Coronada su sien de laureles,
Y á sus plantas rendido un leon!

CORO.

« Sean eternos los laureles,
« Que supimos conseguir:
« Coronados de gloria vivamos,
« O juremos con gloria morir.»

De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo parece animar,
La grandeza se anida en sus pechos:
A su marcha todo hacen temblar.

(1) Himno Nacional Argentino.

Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huesos revive el ardor
Lo que ve renovando á sus hijos
De la Pátria el antiguo esplendor.

« Sean eternos los laureles, etc. »

Pero tierras y muros se sienten
Retumbar con horrible fragor:
Todo el pais se conturba por gritos
De venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
Escupio su pestifera hiel,
Su estandarte sangriento levantan
Provocando á la lid mas cruel.

« Sean eternos los laureles, etc. »

No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cual lloran bañadas en sangre
Potosí, Cochabamba y la Paz?
No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llanto y muerte esparcir?
No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

« Sean eternos los laureles, etc. »

A vosotros se atreve Argentinos
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

« Sean eternos los laureles, etc. »

El valiente Argentino á las armas
Corre ardiendo con brio y valor;
El clarín de la guerra cual trueno
En los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
De los pueblos de la inclita union,
Y con brazos robustos desgarran
Al Ibérico altivo leon.

« Sean eternos los laureles, etc. »

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucuman,
La Colonia y sus mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen :
Aqui el brazo argentino triunfó,
Aqui el fiero opresor de la Pátria
Su cerviz orgullosa dobló.

« Sean eternos los laureles, etc. »

La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió.
Y azorado á su vista el tirano
Con infamia á la fuga se dió :
Sus banderas, sus armas se rinden
Por trofeos á la Libertad,
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno á su gran majestad.

Sean eternos los laureles, etc. »

Desde un polo hasta el otro resueña
De la fama el sonoro clarín,
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales oid :
Ya su trono dignísimo abrieron
Las provincias unidas del Sud;
Y los libres del mundo responden:
Al gran pueblo argentino salud!

« Sean eternos los laureles, etc. »

Bravo! señor, dijo Edmundo, sino fuera abusar de vuestra bondad, os pediría el favor de darme una copia de vuestro himno nacional.

—Con mucho gusto, cuando volvais á visitarme, os la entregaré. Ya veis que en el corazón de los buenos Argentinos hay aun sentimientos patrióticos. Apesar de su furor, Rosas no ha podido aniquilarlo todo, aunque haga, cada dia, nuevas víctimas.

—Ah, es como los hongos, que crecen de la mañana á la noche, A fé mia, creo que por el tiempo que corre, los tiranos tienen mucho que hacer para volver á sumergir los pueblos en las tinieblas de la esclavitud.

—Es cierto, señor Edmundo, Rosas creé haber muerto al Unitarismo, pero muy al contrario, su tirania no sirve sino á fortalecer los principios del partido Unitario:—Ved la inconsecuencia de este hombre. Nos trata de Unitarios, y reduce todo á la unidad de gobierno. Es decir en tres palabras una Dictadura—Republicana—Despótica. Todos los elementos del poder se resumen en la voluntad de Rosas.

No es esa la Unidad mas absoluta?

—Es verdad, respondió Edmundo. No hay semejante poder sobre la superficie del globo.

—Pues entonces, cuales son los salvages unitarios.

—Los satélites del Dictador, respondió Edmundo.

—Nuestro principio, de nosotros Unitarios, en virtud del derecho legal, es la unidad de accion, por un poder constitucional—republicano—democrático. El suyo es la unidad de accion por la tirania, bajo el ascendiente de su voluntad absoluta: Que se ha de esperar de semejante poder, cuando se sabe que él que tiene las riendas esta imbuido de las preocupaciones de la barbarie, cuando se sabe, digo, que Rosas no reconoce por bien, por legal, mas que á su opinion. No hay que admirarse de las consecuencias enfadosas de su despotismo bárbaro Ah! el corazon se estremece al recuerdo de este hombre antipático á todo sentimiento de humanidad.

Enjugó las lágrimas que humedecian sus párpados, y prosiguió así: Mi consuelo al recordar tantas infamias monstruosas, tantas barbaridades cometidas desde hace veinte años por el tirano, que holló las nobles aspiraciones de un pueblo generoso y lleno de inteligencia, al cual solo falta el auxilio de las luces del siglo, para hacer de él uno de los mas ingeniosos pueblos del universo, es que los servidores mismos de ese poder parecen apiadarse por la suerte de sus hermanos. El yugo se hace pesado; los gritos de las víctimas enternecen los corazones.

Unitarios y federales, en la clase ilustrada, se echan en cara su flaqueza y murmuran en el silencio; el descontento llega á ser general. Ahí se prepara sordamente una revolucion.

El grito de venganza retumba en los corazones. Muy en breve, la marejada de las olas revolucionarias lo hará resonar al oído del tirano. Entonces, señor Edmundo, vereis un terrible torniscon. Figuraos unos fantasmas saliendo de la noche de la esclavitud, cuyo semblante se ilumina con los rayos del sol de la libertad, despues de veinte años de tinieblas en las cuevas de la tiranía y tendreis una idea del aspecto de los ánimos, cuando llegue el gran dia.

—Hé tenido una idea de ello en Francia en 1850, aunque jóven, he quedado sorprendido.

—No es cierto, señor Edmundo, que es un hermoso espectáculo, el de un pueblo que renace á la vida de las grandes y nobles aspiraciones?

—Es sublime señor! Sin embargo, segun las disposiciones en que se hallan los ánimos, me figuro que el contento no será general.

—Porqué no, señor Edmundo.

—Me parece que la política de Rosas tiene muchos cómplices. Si cae el tronco, las ramas no han de quedar en pié.— Habrá probablemente tanta alegría de un lado como congoja del otro; y si la venganza alza su estandarte, un gran número de comprometidos tendrán que huir delante de la tormenta.

—Habrá amnistia, señor Edmundo, pues la mayor parte no saben lo que hacen.

—La ignorancia engendra el crimen, aun en el corazon de la inocencia. En fin sea lo que fuere, esta prevision debe pareceros de buen augurio, aunque solo fuese por vuestra cuenta. El señor S***, al tomar las de Villadiego, os da causa ganada en vuestras intenciones por Mariguita.

—Esta reflexion no me llegaba á la mente, dijo Edmundo. En todo caso, no desego la desgracia del padre para casarme con la hija. Lejos de mí semejante pensamiento! Prefiero mas bien reconcentrar mi amor en lo ideal, gozo igualmente. ¡Vais á juzgar señor cuan poco compatible es mi corazon con el odio, tan imbuido estoy de los principios del Evangelio,

que ha sido la base de mi educación: Ignorais sin duda que el señor S^{***} me ha denunciado al Dictador para vengarse de mi amor por su hija, y con todo eso me tengo aprecio.

—Es posible? señor Edmundo.

—Tan cierto, como que hay un solo Dios.

—Que ha resultado de ello?

—Ha resultado que he sido conducido ánte el Dictador; que he expuesto mis razones, contra las calumnias del señor S^{***}, y que á pesar de mi inocencia probada, no obstante una carta del cónsul francés, habria tal vez perdido la vida, á no ser por el magnánimo y elocuente corazon de la hija del Dictador, que ha solicitado mi gracia y que la ha conseguido. Dios bendiga á Manuelita! el ángel protector de la inocencia!

—Cómo? señor Edmundo, Hamais la bendicion de Dios sobre un corazon sórdido, innoble!

—Como pues?

—Ah! señor Edmundo, es con amargo disgusto que me veo en la necesidad de referiros hechos que causan horror. Ved aquí algunas muestras de sus obras: El coronel D. Facundo Borda, habiendo sido tomado y fusilado en Monte Grande (Tucuman) le cortaron las orejas por orden de Oribe, y fueron entregadas, como regalo, á Manuelita, hija del Dictador, la cual se complacia en enseñarlas á los señores y señoras de su sociedad. El capitán Inglés, M. Franklan, testigo de ese espectáculo, se levantó altamente indignado y dijo á Manuelita: Señora, los capitanes de su M. B. no están acostumbrados á escenas tan repugnantes!

—Que abominacion! exclamó Edmundo.

Otro hecho entre mil: Mientras que Rosas trafica de la vida de los hombres para satisfacer su política astuta, su hija entretiene otro negocio no menos fácil y lucrativo, el de interceder acerca de su padre para conseguir indultos á precio de oro, joyas y vestidos de gran precio. Ved ahí el corazon generoso de Manuelita, la diosa de Buenos Aires!

—Oh! infame! Estoy indignado solo de pensar que he besado su mano.

—Por consiguiente, señor Edmundo, agradeced á quien lo merece. La carta del consul, sin interés á vuestro parecer, ha tenido mas ascendiente que la gracia preventiva de Manuelita!

—Ah! que horror! yo ponía un precio á su sonrisa! Que ángel de virtud me decía! Tanto mas horror concebía por la brutalidad del padre, cuanto mas admiraba la grandeza de alma de la hija. Y sin embargo, aquel alma que contemplaba, no era nada menos que un demonio.

Oh! cuan dignos de lástima son los hombres! allí donde sueñan la virtud se halla el lazo!

—Es bien en esto, señor Edmundo, que halla su aplicacion el refran: Tal padre, tal hija.

—Es el colmo de la perversidad!; y pensar que ese arte, esa astucia encuentran aprobadores, es por vergüenza de nuestro siglo. Creeriais, señor, que he oido hacer elogios de Manuelita por mis propios compatriotas, á quienes referia mi lance en casa del Dictador?

—Es imposible! señor Edmundo?

—Literalmente, señor, ellos me decían:

Esta noble hija hace grandes servicios, arranca victimas á la muerte, abre su bolsa á todas las miserias. Otros añadian:

La política de Rosas no nos es desfavorable; ganamos dinero.

—Confesad, señor Edmundo, que semejantes sentimientos huelen á codicia. Figuraos un salteador que asesina á vuestros hermanos, que saquea sus bienes y porque os hallais al abrigo de sus golpes, diriais que es un ciudadano virtuoso y sábio, y que aprobais su conducta?

—No señor! seria el primero en vituperarle.

—Es extraño, señor Edmundo, que no os hayan hecho el elogio del almirante francés Makau, objeto de indignacion para todos los buenos Argentinos; pues pesan sobre este hombre inculpaciones odiosas. En lugar de sacarnos de las garras del tigre nos echa otra vez en ellas.

—Merece vuestro resentimiento, respondió Edmundo. En mi calidad de cristiano, no puedo aprobar á un compatriota que infringe la ley del evangelio y de la humanidad.

—Ved, sin embargo, señor Edmundo, qué suerte! El señor Makau goza de los favores de su Majestad Luis Felipe, mientras que el honorable Almirante Baudin, acaba de ser revocado de sus funciones, por haber manifestado la intencion de desempeñar su mision en vista de los sentimientos de la humanidad.

—Ah! los reyes!! . . . exclamó Edmundo, solo pronuncian la palabra humanidad por circunstancia, cuando los vientos revolucionarios estorban su respiracion.

—Nosotros Argentinos, debemos tambien un noble recuerdo al señor Thiers. Semejantes servidores no se encuentran siempre en los sentimientos del amo. Mas ay! Sin el poder, que importa la voluntad?

—Tales reyes, replicó Edmundo, solo dan oidos al espíritu del lucro; se hacen insensibles á todas las miserias humanas; encienden el fuego de la discordia en lugar de apagarlo porque hallan su interés en las calamidades públicas. Su Majestad L. Felipe suscita las pasiones ávidas en el corazon de los Franceses é incita la Francia á las revoluciones. Su flaqueza en el exterior es una negacion flagrante de las ideas emitidas por la Carta de 1830, de la cual es el pedestal. Su divisa es la paz, á cualquier precio, la corrupcion del pueblo, y por lo tanto, la desgracia de la Francia. Vuestra esperanza señor, es que vais á sacudir el yugo, la nuestra, es que vamos á buscarlo, sabe Dios, el porvenir que nos aguarda.

—Regocijaos, señor Edmundo, de la feliz inspiracion que os ha conducido aquí, os ahorrareis muchos sinsabores. Muy luego vivireis, bajo los sabios auspicios de instituciones democráticas.

—En verdad, señor, experimento anticipadamente la mayor felicidad; Dios! pensar que entónces poseeré á mi amada Mariquita, es encantador!

—Adhiero á vuestra esperanza, pues preveo que las ideas de mi cuñado se suavizarán al contacto de las nuevas instituciones. Por lo que á mi toca, puedo aseguraros que veria con satisfaccion multiplicarse las alianzas reciprocas.

Un hecho incontestable es que, mezclando las razas, se mezclan las ideas, principalmente en el sentido de las uniones intimas.

—Veo que teneis razon, pues siento ya mis ideas casarse con las de Mariquita.

—La repugnancia de nuestras hijas para con los extranjeros, señor Edmundo, no tiené por causa el orgullo, la vanidad, sino porque no reciben mas que una educacion negativa, y que la posicion de familia las pone al abrigo de la ley de necesidad; pero el tiempo venidero les abrirá los ojos.

Reconocerán que la verdadera felicidad no pende únicamente de las calidades físicas, sino tambien de las calidades morales. En cuanto á nuestros hijos, es diferente, si siguen el ejemplo de nuestras hijas, es por espíritu de nacionalidad.

—En todo caso, respondió Edmundo, no tendré que temer mucho el desprecio de Mariquita, como tantos otros extranjeros que se quejan de que sus mujeres les consideran como intrusos en su familia. Si esos son los sentimientos de las madres, qué deben ser los de los hijos!

—Creed, señor Edmundo, que el progreso tendrá razon de esas inconsecuencias de un necio error. Antes de cincuenta años, extranjeros é hijos del pais, tendrán las mismas costumbres.

—Enhorabuena, señor, seremos á un tiempo: Argentinos — Franceses — Ingleses — Españoles — Italianos — Alemanes etc. etc. etc. Hé ahí un sentimiento pura y sentimentalmente democrático. Dios oiga vuestro pensamiento!

—Señor Edmundo, á pesar del odio que originan ciertos actos, como los del señor Makau, la simpatia reemplaza el rencor. La rama que se seca no puede echar la culpa al tron-

co, sino á la savia. Los Argentinos son vivos y petulantes; pero tienen buen corazón. La desconfianza, producida por el terror del poder actual, no ha quebrantado aun las relaciones íntimas que casan los sentimientos. Cuanto mas adelante iremos, tanto mas el aislamiento perderá de su influencia. Nuestras reuniones de familias se aumentan considerablemente, y los extranjeros toman parte en ellas. Nuestros hijos no tienen mas una falsa apariencia de su vocacion; la vida ociosa, madre de todos los vicios, hace lugar á la vida activa. Ambos sexos no desprecian ya el trabajo, hallan en él un remedio eficaz contra el fastidio.

Saben que él que trabaja y medra hila oro. Muchos de ellos de ambos sexos, aprenden oficios, y podemos contar ya entre los Argentinos: Artistas, obreros en las artes, las ciencias y la industria. Nuestras hijas no desdeñan de poner sus afilados dedos á contribucion. Varias de ellas se distinguen en los trabajos adecuados á su sexo. Tenemos costureras, bordadoras, que rivalizan con las extranjeras. Semejantes síntomas de progreso hacen presagiar en lo venidero una suerte brillante y feliz para nuestra república. Una vez dado el impulso á la agricultura, aniquiladas las preocupaciones funestas, lo predigo con orgullo, este pais será un Eldorado.

—Participo de vuestro sentimiento señor, contestó Edmundo, y deseo que el pueblo argentino, que sufre en este momento una prueba terrible de abnegacion y de infortunio, reciba cuanto ántes la recompensa debida á sus nobles aspiraciones de virtudes cívicas y políticas.

—Ah! señor Edmundo, me sonrío al pensar que un dia mi patria podrá gloriarse de ser la tierra predilecta de los amigos de la libertad y del progreso.

—Esperemos! Esperemos! replicó Edmundo, dejando su asiento!

—La esperanza da valor y resignacion, añadió el desconocido; espero! espero! es mi conviccion!

Edmundo le apretó la mano, le saludó con una sonrisa

que significaba: Te amo, eres un corazón noble! Salió con la imaginación preocupada de generosos pensamientos.

XV.

Trascurrió el año, grande de esperanzas para el porvenir. Edmundo, había hecho ahorros importantes. Sus amores se hallaban siempre en buen camino. La correspondencia seguía su curso y mantenía la armonía de los corazones. Sus frecuentes visitas á casa del tío, habíanle puesto al corriente de la situación moral y política del país. En todo caso, el contraste de las ideas no hacía de nuestro héroe un camaleón; Edmundo quedaba el mismo, de corazón y de alma. Las impresiones del exterior dejaban intacto el interior; y como se dice: Bébía en la copa del mundo sin embriagarse. Aunque no hubiese vivido entre la alta clase de la sociedad francesa, no dejaba de tener sin embargo el lenguaje y las maneras de las personas de buena educación; por eso mismo le franquearon la entrada en varios salones distinguidos de Buenos Aires. El tío de Mariquita se hacía un placer de presentarle, á sus amigos.

Es allí que aprendió el buen tono y los usos de la buena sociedad del país, conocimientos que le parecían tanto más indispensables, cuanto quería á cualquier precio, hacerse digno del amor de Mariquita.

Por colmo de felicidad, el señor G***, acababa de conferirle el empleo de tenedor de libros en su casa de comercio, ora una acumulación de bienestar. Como se vé, Edmundo andaba á paso largo por el camino de la fortuna. Era ya un joven distinguido, bajo varios conceptos. Desde mucho tiempo, la inquietud hacía lugar á la alegría. Trascurríase los años, capitalizando todas las suertes de la prosperidad. Hemos visto un lado de la medalla, veamos el otro, y podremos juzgar que Edmundo solo tiene que suspirar por el cumpli-

miento de un deseo, el de poseer en cuerpo y en alma á su amada Mariquita.

Hacia el fin del mes de Setiembre de 1851, al momento en que menos lo esperaba, Edmundo experimentó un lance de fortuna.

Era el 28, su patrón le llamó á su gabinete particular, hizo tomar asiento y le dijo :

Señor Edmundo, estoy muy satisfecho de vuestros servicios. Desde el dia que habeis entrado á mi casa, solo he tenido que felicitar me de vuestros buenos proceder es. ya por lo que concierne la educacion de mis hijos, ya por la tene duria de libros, quiero hoy recompensar vuestros buenos oficios. Os propongo la sucesion de mi comercio. Os concedo todas las facilidades apetecibles.

—Estoy confuso de vuestras bondades Sr. G***; pero mi posicion no me da las ventajas necesarias para aceptar vuestra oferta.

—Como, señor Edmundo, rehusariais una ocasion tan favorable para hacer os un brillante porvenir?

Ignorais que en el espacio de diez años, y sin mucho trabajo he realizado como millon y medio de pesos. Despues de eso tendriais acaso un motivo para rehusar?

—El motivo es muy sencillo, no tengo los medios suficientes para comprar vuestro fondo de comercio.

—Vaya! vaya! os chanceais, señor Edmundo. Os he dicho y lo repito que os concederé todas las facilidades apetecibles.—Tendreis largos plazos para pagar el fondo. Os facilitaré la entrada en posesion por todo lo relativo á mi comercio. Es deciros claramente que haré á vuestro gusto.

—Puesto que es así, acepto de buena gana, pues veo que me haceis una oferta de amigo.

—Ciertamente! el hombre de bien merece siempre que se interesen por él. Es verdad que tengo mis empleados, pero sus servicios huelen demasiado á codicia, para que tenga buenos recuerdos por ellos. Sin embargo, por interes

la casa, os aconsejo de conservarlos, principalmente, los dos primeros, Julio y Eduardo. Ellos estan al corriente de mis negocios y os harán grandes servicios para empezar.

—Gracias, por vuestros buenos consejos, los aprovecharé.

—Queda pues convenido que tomais mi fondo?

—Convenido! convenido!

—Pues bien, señor Edmundo, mañana formularemos nuestras condiciones y extenderemos el contrato.

—Muy bien señor, mil gracias por vuestros favores.

—Además, añadió el señor G*** al ofrecerle un cigarro, podreis dirigiros á mí, cuando mis servicios podrán seros útiles.

—Con gusto, replicó Edmundo, tomando el cigarro. Apretáronse la mano y se separaron. El señor G*** salió para arreglar varias operaciones de comercio.

—Quedado solo, Edmundo, no pudo menos de exclamar: La fortuna me acaricia graciosamente! He nacido para ser feliz.—Venga ahora mi Mariquita y puedò sonreirme bajo el amparo de la felicidad. Púsose de nuevo alegremente á su trabajo acostumbrado.

Al dia siguiente, los asuntos se arreglaron con gran satisfaccion de las partes contratantes. Edmundo, tomó asiento á la mesa de familia, fué halagado y festejado por sus jóvenes discípulos, los cuales veían con sentimiento que iban á ser privados de sus preciosas lecciones. La señora G***, muger de mucha sagacidad, habia penetrado en el secreto de sus amores. Le entregó un magnifico anillo de oro sobre cuyo engarce estaban grabadas las iniciales E—M. feliz presagio para Edmundo.

—No es la materia ni la fabricacion que le hacen precioso, dijo ella, es el pensamiento!

Edmundo, agradeció con una graciosa sonrisa, dirigida á la señora G*** y añadió estas palabras: *De un corazon noble.*

—En este sentido, señor Edmundo, podcis juzgar que mi

sentimiento no difiere mucho del vuestro ni del de no acabó.

Es bueno decir al lector que durante la comida, Edmundo, hubiera podido notar que la señora G^{***}, no ignoraba sus intimos afectos. Le lanzaba de tiempo en tiempo de esas palabras que tienen dos sentidos y que despiertan las ideas sin descubrirlas, favoreciendo al mismo tiempo el misterio. Disimulado como todos los amantes, habló con sutileza y con toda la discrecion de un corazon avaro de su felicidad.

Despues de comer, Edmundo se despidió, abrazó á sus discipulos, dió la mano á la señora G^{***} y salió con el negociante que le presentó á sus comitentes. Fueron todos encantados de la natural bondad del sucesor.

Desde por la mañana siguiente, Edmundo, tomaba posesion de su nuevo establecimiento, su primer cuidado fué reunir todos sus empleados, les participó las disposiciones del señor G^{***} y les dió la seguridad de su benévola estimacion.

Les dijo que cada cual conservaria su puesto respectivo; pero que el señor Eduardo por ser el mas experimentado, tomaria bajo su cargo, la direccion en jefe. Hizoles regalos á todos con aumento de sueldo, diciéndoles que seria generoso mientras cumpliesen con sus obligaciones.

Algun tiempo despues de su instalacion, acompañaba á la familia G^{***} que se marchaba para Francia. Los abrazos fueron francos, lo mismo que las protestaciones de amistad.

En el trascurso de este primer año, la casa púsose en buen pié. La confianza se aumentó. Bastaba que Edmundo estuviese presente para que cada cual cumpliese fielmente con sus deberes.

A penas habianse pasado dos años que Edmundo habia liquidado sus cuentas con el señor G^{***}. Su comercio habia tomado extension, estaba ya en posesion de un fuerte caudal, tanto en moneda como en mercancías.

Un dia que Edmundo leia el diario en su mostrador, entraron dos señoras vestidas con elegancia.

—Buenos dias, señores, dijeron.

Edmundo levanta la cabeza : Dios que sorpresa! Es Mariquita acompañada de su madre !!

Mira con ojos extraviados no sabiendo que pensar ni que hacer. Acercáuse, las señoras, Mariquita reconoce á su amante. Su cara muda de semblante. Cree estar soñando. Temiendo Edmundo alguna emocion repentina se acerca de Mariquita y la mira con ternura. Aunque conmovido de su palidez, su corazon está abrazado del fuego del amor. Tomale la mano y le dice : O Mariquita! Cuan mudada te encuentro! Cuantos disgustos te he causado! añadió, al besarla en la frente!

—Ah! tú no eres causa del fastidio que me roe! respondió ella, dándole un manotoncito, luego añadió: Tambien te encuentro muy mudado!

—Qué hacer á eso, dijo Edmundo, tenemos la misma enfermedad! Su turbacion aumentaba al contemplar á su muy amada. Volvióse hácia la madre y tuvo la torpeza de decirle:

—Señora dirigios al dependiente? Sus ojos ya no veian. La madre de Mariquita lo advirtió y contestó : no estoy apresurada.

Al oír estas palabras; y á la sonrisa de Mariquita, conoció su disparate y exclamó : En verdad pierdo la chabeta!

—No, dijo, la madre, la teneis.

—Agudeza, señora, respondió Edmundo, es Mariquita que me trastorna la mente.

Creyendo uno de los dependientes que eran compradoras, se acercó y dijo : Qué desean las señoras?

—Nada dijo Edmundo, esto queda á mi cargo.

—Para no daros el trabajo, dijo el dependiente, apartándose, hubiera podido servirlos.

Edmundo hizo dos pasos atras, abrió la puerta de una salita, destinada á recibir las visitas y dijo : Pasad adelante señoras! En seguida las indicó un magnifico canapé para que se sentasen, él tambien tomó asiento en un sillón que colocó en frente de Mariquita, y le dijo :

—En fin vuelvo á verte despues de tan larga ausencia! Po-bre Mariquita! te afliges al pensar en mí! Cuantas lágrimas te hice derramar.

—Oh! Edmundo! Edmundo! Quiera el cielo secarlas cuanto antes! Pero no! hé nacido para ser desgraciada! y echó á llorar.

—Vamos, Mariquita! eres una niña, dijola su madre, porque llorar? bien sabes que un día ú otro te casarás con el señor Edmundo!

—Quien sabe! respondió ella, enjugando las perlas que corrian por sus mejillas!

Edmundo no puede aguantar mas, tiene el corazon hinchado, llora tambien al besar las manos de Mariquita que tiene apretadas entre las suyas. Exclama: Vamos! vamos! vida mia, porqué afligirte!

—Ah! dijo ella, si no me hubieres escrito habria muerto!

—Tambien yo! añadió Edmundo, habria pasado á mejor vida!! Me hubiese dado muerte!

—Que hacer á eso, hijos míos, dijo la madre, es el destino, tened paciencia!

—Comprendo que es el destino, respondió Edmundo, pero el amor lleva á los mas terribles excesos: Amarse ó morir!!

—Si Dios quiere, añadió la madre, podeis esperar, pues por lo que á mí toca, no me opondré á ello.

—Buena esperanza, Mariquita! la oposicion se divide, exclamó Edmundo.

—Si buena esperanza! ó moriremos! replicó Mariquita.

—Ay! que seria la vida, amada mía, si hubiesemos de perder toda esperanza.

La señora S^{***}, puso fin á estas terribles aprehensiones, haciendo saber á Edmundo que su esposo acababa de ser promovido al grado de coronel y añadió: Los acontecimientos que se preparan son de de la mayor gravedad, probablemente mi esposo marchará á la cabeza de su regimiento de aquí á pocos

días. Eso os facilitará la ocasión de aproximar vuestros corazones.

—O dicha! de las dichas! exclamó Edmundo.

—Sí, dicha! replicó la madre, pero cautela, porque debo temer la cólera de mi esposo. Si concebía la menor sospecha, me mataría. Me estremezco solo en pensar que estoy aquí.

—Entonces, dijo Edmundo, echando un suspiro, continuaremos nuestra correspondencia..

—No, replicó Mariquita, nos veremos en casa de mi tío D^{***}.

—Enhora buena, hijos míos, es el medio más cuerdo para comunicaros vuestras llamas, sin comprometer á nadie.

—Edmundo, palmoteó y exclamó: Bien pensado, Mariquita.

—Bien sabes amigo mío, que el amor tiene el génio de la astucia!

—Ah! la astucia, añadió este, cuantas jugadas le debemos.

—Y aun, muy finas eran, respondió la madre, tenía turbia la vista. No pensaba que las lecciones de frances, fuesen lecciones de amor! Ah! que pillos!!

—No es cierto, señora añadió Edmundo, que cuando el amor se mete en ello, es un embrollo, que el mismo demonio no pudiera deshacer?

—Ah! sin duda, dijo la señora S^{***} con señal de inquietud, lo que indicaba que la conversacion se hacia larga. Luego, prosiguiendo, añadió: A fé mia, queridos hijos, abreviad la conferencia. Estoy en ascuas. Mi esposo extrañará sin duda de verme volver tan tarde.

Comprendiendo Edmundo, la gravedad de las circunstancias, se levantó, teniendo siempre la mano de su querida que se dejó atraer hácia él y le dijo, mientras examinaba sus delicadas manos: Sabes Mariquita que tienes unos dedos muy bonitos, me parece que una sortija vendría muy bien aquí. Al punto mete la mano izquierda en el bolsillo de su chaleco, sa-

ca una sortija y la ensarta precipitadamente en el dedo de la mano izquierda de su amada. Mariquita fija la vista en el engarce y vé las iniciales E. M. Exclama, arrojando á su amante una mirada encantadora : Los nombres están unidos; quiera el cielo enlazar tambien los corazones!

Edmundo se vuelve, abre el cajon de una cómoda, saca de ella una hermosa caja y la entrega, á la señora S^{***}, diciéndola : Pronto en el bolsillo, dejad parecer vuestra curiosidad y la de Mariquita. Antes de iros quiero que tomeis mate; os dejaré libres despues, sentaos, yo mismo voy á servirlo : Abrió la puerta que daba al comedor y gritó : Juanita, traiga vd. el mate. Está llega y lo entregó á Edmundo que lo presenta á la madre con ese modo que sabe poner á provecho en toda circunstancia : Señora, dijo, hacedme el gusto! Luego volviéndose añadió : Juanita, tome vd. dinero y vaya vd. á la confiteria á comprar algunas masitas y biscochuelos. Al rato, volvió la sirvienta con una bandeja de plata que puso sobre la mesa : Hé aquí rosquetes, dijo Edmundo, presentando la bandeja.

Renováronse los mates para hacer digerir los biscochos, miéntras conversaban y reían á la vez.

Mariquita enseñando su mano á su madre le dijo : Mira mamá estas letras : no es verdad que es señal de esperanza?

—Sí, Mariquita, respondió Edmundo, una señal de esperanza de una persona que nos tiene aprecio.

—Quien púes?

—Un noble corazon, dijo Edmundo, que conocerás mas tarde.

Levantáronse, pasaron á la tienda. Edmundo puso sobre el mostrador los mas ricos artículos en novedades, sederias, blondas, terciopelos etc. y dijo, al dirigir una tierna mirada á su querida : A vuestro gusto, señoras!

La madre eligió para una manteleta de terciopelo y Mariquita unas blondas. La señora S^{***} pidió el precio : Está bien, señora, respondió Edmundo, lo apuntaré en el libro de mis sentimientos.

Hizo seña á un dependiente que se acercó y envolvió todo lo apartado en una media docena de pañuelos de seda.

Edmundo le dijo : Lleve vd. aquello y acompañe á las señoras.

Apretó afectuosamente la mano á la señora S^{***}, besó á su querida en la frente, y salió á la puerta con ellas, diciendo á Mariquita :

—No quiero mas verte pálida! Es preciso echar fuera á los fastidios!

—Te obedeceré, respondió esta, sonriéndole.

Edmundo las saludó con graciosa sonrisa; hizolas una seña con la mano, mirándolas caminar por la vereda.

XVI.

Edmundo veía llegar la felicidad por todas las puertas del porvenir. Estaba en la cumbre de la prosperidad. Sólo su corazón no estaba enteramente satisfecho. Quedaba siempre en la esperanza. Todos los días leía los diarios para enterarse de los sucesos que se preparaban.

La agitacion de los ánimos era para él un buen pronóstico, bajo el ascendiente del terror. Veía ya realizarse la prediccion del tío de Mariquita.

Algunos dias despues, no pudo dudar mas de que no sobreviniese algun cataclismo. Las rondas de los furiosos recorrían las calles, dando gritos de: *mueran los salvajes unitarios!* Detenían á los transeuntes para pedirles sus papeletas; los extranjeros, á pesar de sus protestaciones, eran brutalmente prendidos, conducidos al cuartel y alistados para el ejército. Edmundo miraba todo eso con una inquietud creciente.

Al anochecer, se vistió, tomó su baston y salió para efectuar algunos pagos. A penas hubo caminado veinte pasos, cuando se vió rodeado por una turba de soldados mal vestidos,

y de aspecto repugnante. Uno de ellos, el que hacia cabeza, sin duda, (pues en aquel tiempo no habia como entenderse, oficiales y soldados iban ataviados que daba lástima) se encara con Edmundo, y le dice: Tiene V. su papeleta?

—No señor, respondió.

—Camina entónces! chillaron todos en coro. Los esbirros se apoderan de su persona, le arrastran hácia el cuartel acompañando las vociferaciones de sendos cintarazos.

Edmundo llamaba al jefe, alegando que era francés, que podian tener certeza de ello en el consulado; que se llamaba Edmundo Ducange.

—Camina! le dijo el jefe por toda respuesta.

Juzgad lectores del contratiempo del amante de Mariquita al ver ese sistema de la fuerza brutal.

Llegan al cuartel y arrojan al prisionero en medio de una multitud de desgraciados que gimen lloran y echan pestes.

Edmundo se arrima á la pared, se cruza de brazos y exclama: Dios del cielo! en donde me hallo! Vuélvese para examinar á dos hombres que conversaban en francés: Uno de ellos decia: No tengo papeleta, pero soy Francés sin embargo, y preciso será que me vuelvan la libertad!

—Sí, respondió el otro, cuenta con eso, y echa un trago para no hacer mala digestion. Rosas tiene mucha necesidad de hombres! El momento es crítico amigo!

—Haremos nuestras reclamaciones, replicó el otro.

—Bah! añadió el compañero, reclamaciones! . . . no tengo confianza en eso, nuestros cónsules se divierten con ello. Rosas tiene la pèdra iman, magnetiza las conciencias, las atrae hácia sí y hace lo que le dá la gana. Por lo que á mí toca, las reclamaciones que voy á hacer, es pedir un grado en el ejército. He sido soldado en Francia; tengo instruccion, puedo conseguir algo!

—Al darte seguridad, me desesperas. Pero mira, con quié- en estamos. Todas aquellas caras son detestables y repugnantes.

—Menos este señor, respondió el otro, señalando con la vista á Edmundo. Tiene toda la traza de un comerciante Francés.

—Efectivamente, me parece que lo he visto en alguna parte, en una tienda creo, dijo su interlocutor.

—Pues entónces! tenemos buena sociedad y nos quejamos!

—Al oír estas palabras, Edmundo se acerca y les dice, cortando la conversacion: Veo que sois tambien unos franceses arrestados arbitrariamente?

—Sí, señor, dijo uno de ellos; ya veis que Rosas no se burla poco de la autoridad consular. Los extranjeros sin distincion de nacionalidad son encarcelados.

—Oh! espero que nuestro cónsul nos reclamará.

—Los cónsules se lavan las manos, replicó el mismo. Dirán que debíamos proveernos de papeletas.

—Es injusto sin embargo, replicó Edmundo, somos extranjeros!

—Aguardad un poco, añadió el que no habia hablado aun, ya vereis como tomarán en consideracion vuestras buenas razones.

Edmundo, abria la boca para hablar, cuando sintieron un gran estrépito. Eran Españoles, Italianos, que querian evadirse y que bregaban bajo los sablazos de los esbirros que vociferaban: Mueran los Gringos!

Asomáronse á una ventana y fueron testigos de un espectáculo horrible. Los pobres prisioneros estaban acribillados de heridas, la sangre empezaba á chorrear. Muchos habian logrado escaparse, derribando á los esbirros á puntapiés y porradas; y probablemente habrian conseguido escaparse todos sin los refuerzos considerables que llegaron.

—Por fin, fué preciso someterse á la fuerza; los agarrotaron y encerraron en el sitio mas seguro del cuartel. Uno de los Franceses exclamó, dirigiéndose á Edmundo: Qué tal, señor, que le parece á V. de la hospitalidad de su Majestad Rosas?

Nuestro cónsul mira todo eso con ojo estóico. Viva el cónsul francés!

—Eso es muy desgraciado, replicó Edmundo, empero, fuerza es conformarse!

—Es el mejor partido que podamos tomar, añadió el otro francés.

En este momento, entró un jefe para contar los hombres. Preguntó á cada uno su nombre y apellido.

Cuando llegó el turno de Edmundo, dijo al oficial : Señor, os ruego de hacerme un pequeño servicio.

—Qué servicio? señor, respondió bruscamente el oficial.

—El de concederme el favor de hacer llegar dos palabras á mi parienta.

—Puedo hacerlo.

—En este caso, prosiguió Edmundo, sacando su cartera, voy á escribir la esquila y entregarosla.

Escribió lo siguiente:

Querida Mariquita :

Me hallo preso en el cuartel del Retiro. Muy luego voy á ser alistado para el servicio militar. Te ruego no te desesperes. Dios vela por mí! La suerte me ha favorecido siempre. Volveré á juntarme contigo, así lo espero. Te suplico de avisar á mis empleados y dé velar por mi casa.

EDMUNDO DUCANGE.

Mientras escribía, el oficial no habia guardado los ojos en el bolsillo. Cuando Edmundo hubo puesto el sobre : *A La Señorita Mariquita S^{ta}, calle de la Merced N^o* ; el oficial echó un suspiro y arrojó sobre Edmundo una mirada terrible, diciéndole bruscamente : Daos prisa señor?

Edmundo selló la esquila ; y dijo al oficial al entregar-sela : Os quedaré muy reconocido. Este no contestó, acabó su tarea y desapareció.

Una hora despues, un coche se paraba delante el cuartel. Una mujer casi disfrazada que habia adentró, echó pié á tier-

ra y pidió permiso para entrar. El centinela la dejó pasar. La desconocida penetró en una sala larga donde se hallaban los presos; buscó con la vista y descubriendo á Edmundo, abrióse paso por los apiñados grupos de presos, llegó hasta él, arrojóse á su cuello y le habló al oído.

Al rato aparece uno de los esbirros y dice:

—Basta, señora, hagame el favor de salir, es una inconveniencia.

La desconocida apretó la mano de Edmundo, salió precipitadamente, enjugando sus lágrimas y subió en coche. A escape! dijo al cochero.

La desconocida era Mariquita. Divulgamos el secreto de la confidencia para poner al lector en estado de formar un concepto sobre los hechos que fueron la consecuencia de aquella visita extraña.

El oficial había entregado la esquila con el sello roto, diciendo á Mariquita: Me vengaré! vuestro padre lo sabrá todo, Mariquita asustada vino á hacer á Edmundo, esta declaración que le señalaba un malvado rival y que hacia peligrar por la vida de su amada. Le dijo que era ese hijo del federal, aquel que su padre le destinaba por esposo.

Puede pensar el lector, en que disposiciones de ánimo se hallaría Edmundo por estas noticias inesperadas, preveyendo las desagradables consecuencias que podían resultar de ello. Las reflexiones amargas que hizo fortalecieron su valor con el sentimiento de la venganza. Un vértigo de cólera subió al cérebro del joven, todo lo juzgaba siniestramente, pateaba y rechinaba los dientes. Decíase para sí: Me he de vengar! es un ultraje!! Ha violado la fé del secreto. Ha abierto mi carta y la ha leído, es infame! Oh! sí! es innoble! Me vengaré!

Loco y fuera de sí, atravesó la muchedumbre y preguntó por el jefe del puesto. Un oficial que se hallaba á la puerta con los brazos cruzados le dijo: Que le quiere vd.? Edmundo añadió en tono firme y resuelto: Es indispensable que le hable por interés á la justicia y al honor!

—Espere vd. un poco, voy á buscarle, dijo el oficial.

—Arrimándose Edmundo á la pared, esperó con impaciencia. Llega el jefe.

—Podriais, señor, hacerme el favor de concederme cinco minutos de conversacion en particular?

—Con gusto respondió el jefe, seguidme?

Entraron en una pieza separada. Edmundo espone sus razones.

El jefe exclama con enojo : Uno de mis oficiales ha tenido esa audacia? Está reprehensible! Da media vuelta á la puerta y grita : Llamad aquí al oficial N^o

Este estaba esperando, en este momento, la llegada del coronel S^o para hacerle la confidencia de la carta. Al oír su nombre se vuelve con despecho, da media vuelta y llega en presencia del jefe, muy sorprendido de hallar allí á Edmundo.

A penas el jefe hubole dirigido la palabra para reconvenirle su inconsecuencia, que Edmundo, mas pronto que la pólvora, le planta un bofetón, exclamando : Si no sois un cobarde, aceptareis un desafío. Un Francés tiene valor!

Adelante señor!!

El jefe se pone de por medio y dice : Os impongo silencio á los dos, y os ruego de escucharme.

Ambos rivales se lanzan una mirada de audacia y de desprecio.

El jefe toma la palabra en estos términos : El desafío está prohibido, me opongo á ello y exijo que satisfaccion sea dada á quien competa.

Señor oficial, habeis violado el secreto de la intimidad, cosa innoble á los ojos de todo hombre de corazón. Debeis reparacion al señor Francés!

Os ordeno declarar si habeis ejecutado vuestro proyecto? Adivino el motivo de vuestra inconsecuencia pero sean cuales fueren los sentimientos que pueden sugerir los celos, debeis reparacion de honor!

—Si no he ejecutado mi proyecto, respondió el oficial, es que aun no he tenido ocasion para ello.

—Afortunadamente, prosiguió el jefe, el mal es menos grave. Por consiguiente declaro que os denunciaré al Dictador si persistis en vuestra infame resolucion. Me informaré tambien de vuestra conducta futura con respecto al señor Francés. Cuidado! vuestra cabeza responde por ello. Luego volviéndose hácia Edmundo, añadió : Podeis retiraros señor, respondo de todo, no perderé de vista á mi subalterno.

Edmundo saluda al jefe, y arroja una espantosa mirada á su rival al pasar por delante de él, para volver á tomar su puesto entre los detenidos.

XVII

Era en el año 1852, que aconteció la batalla de Caseros, la cual cambió el destino del pueblo Argentino. Ese combate memorable en que D. Justo José Urquiza se coronó de gloria y dió muestras de un gran talento militar, acabó con el poder despótico.

A pesar de la audacia y del valor de los soldados de Rosas, D. Justo quedó dueño del campo de batalla.

La resistencia fué obstinada de parte de los vencidos, y se vió, entre varias hazañas militares, dignas de compararse con las que hacen eco en los anales militares de la Francia, la de los artilleros de Rosas que se dejaron matar en sus puestos, ántes que rendirse.

En el momento del desbande de las tropas de Rosas, un Coronel que obligaba á los suyos á sostenerse firmes, fué herido de una bala y cayó desmayado. Al punto, un joven, soldado de su batallon, se desprendió de las filas, voló hácia él, lo cogió, lo acomodó sobre su caballo, saltó en ancas y se escapó á rienda suelta, en direccion opuesta á la de los fugitivos.

Fuera de la persecucion del enemigo, volvió caras y llegó

à una quinta. Paróse allí, depuso al moribundo delante de la puerta y entró osadamente, sin inquietarse si se entregaba á amigos ó á enemigos. Esclamó: Quién quiera que seais, tened compasion del valor desgraciado!

—Qué descais, dijo el dueño de la casa?

Edmundo sin contestar sale precipitadamente, vuelve con el cuerpo del Coronel, y pide una cama.

El dueño, un anciano bueno y generoso, le indica una, sobre la cual Edmundo depuso su carga.

Desnuda al Coronel y advierte una ancha herida en el empeine, cerca del muslo. Tómale el pulso que está muy alterado, pide lienzos limpios y agua, lava la herida con precaucion, saca de su bolsillo un frasco de aguardiente alcanforado, mitígale con un poco de agua, y moja en ella una venda que aplica sobre la llaga. El alcohol aplicado sobre las carnes vivas hace estremecer al herido. Acaba la curacion; le hace tragar de grado ó por fuerza algunas gotas de aguardiente que le entregó el dueño. Volviéndose luego hácia este, le dice: Tomad estas cinco onzas y cuidad bien á este hombre; mas tarde, sereis recompensado generosamente.

Montó á caballo y partió á galope.

Al dia siguiente por la noche entraba á casa de Mariquita, cansadísimo, con los vestidos en desórden, pálido como la muertè. No habia tomado alimento alguno desde dos dias.

—A mí, Mariquita! dijo con voz débil, me siento desfallecer!

La sirvienta, viéndole caer sobre un banco del comedor, dá grandes voces; llega el cochero, y despues otro peon. Tómanle cada uno por un brazo, le conducen al salon y le sientan en el sofá. Mariquita que estaba en el jardin llega en este momento, vé á su amante que no dá señal de vida, arroja un grito agudo, se echa sobre él y le baña con sus lágrimas. Llega también su madre, la cual teme alguna gran desgracia, se lamenta, va y viene por el salon, derribando sillas y sillones. Pronto un médico! un médico! esclama.

El cochero se lanza á la calle y vuelve muy pronto con el doctor. Estese acerca con calma y toma el pulso al enfermo. Calmaos dice, no es mas que el efecto de un trastorno repentino del espíritu; está fuera de peligro. Hacedle tomar un poco de vino caliente. Mariquita lloraba siempre, apoyada sobre las rodillas de su amante. Vamos niña, dijo el doctor, no os allijais, muy pronto podreis hablar con vuestro hermano.

Mariquita se levanta sollozando y enjuga las lágrimas que corren por sus mejillas. En este momento, Edmundo recobra sus sentidos, mira en dèrredor suyo y reconoce á su amada; echa entónces un fuerte suspiro que significa: Tus ojos me vuelven á la vida. Traen el vino caliente, el doctor hace tomar algunas gotas al enfermo; enderézase un poco y esclama: Ah! qué alivio! Entónces el médico no vacila en hacerle tomar lo que queda.

Algunos minutos despues. Edmundo estaba mejor. Levantóse exclamando: Mariquita! Mariquita! amada mia! Señora S: * *! acercaos pronto, tengo que hablaros!

Despidese el doctor, y Mariquita coge la mano de Edmundo, deponiendo en su frente un beso abrasador. Se sienta á su lado y la madre hace otro tanto, haciendo señas á los sirvientes de retirarse.

—Ah! cuando me acuerdo, exclamó Edmundo, echando un fuerte suspiro, es terrible!

—Qué pues, dijo Mariquita?

—Ah! vida mia!

—Pero hablame, querido amigo, añadió Mariquita en tono suplicante.

—Gracias á Dios, le he salvado, dijo Edmundo, mirando á Mariquita.

—Pero quién, por Dios! hablad, replicó la madre, sacadnos de la inquietud?

—Vuestro esposo, señora!

—Mi esposo! Cómo pues?

—Si señora, vuestro esposo está salvado.

—Habla claro, dijo Mariquita.

—En el momento del desbando, tu padre á la cabeza de su regimiento, animando sus soldados á hacer frente al enemigo, ha sido herido de una bala.

Al oír estas palabras, madre é hija prorrumpen en gritos desesperados.

—Tranquilízalas, dice Edmundo, asiéndolas de las manos, el Sr. S* * * se halla en salvo.

—En dónde pues, preguntó la madre?

—Escuchadme, respondió Edmundo, besándoles las manos: Herido de un tiro, el Sr. S* * * cayó de su caballo. Al momento, vuelo á su auxilio, lo levanto del suelo, lo cargo sobre su caballo, monto en ancas y huyo á todo galope. Tomo la dirección opuesta á la que siguen mis camaradas, llego á una quinta en donde depongo al Coronel; un buen anciano que allí había me da toda lo necesario para curar la herida, pongo cinco onzas en su mano recomendándole al herido, y héme aquí. Hace cuarenta y ocho horas que no he comido.

—Pobre Edmundo! dijo Mariquita abrazándole, mientras que la madre besa sus manos. Ven presto al comedor, te serviremos que comer. Voy á mandar por una botella de buen Burdeos, eso te hará recobrar tus fuerzas.

Ambas le tomaron del brazo y llevaronle al comedor.

Edmundo se restauró, refiriéndoles al mismo tiempo los principales episodios de la batalla de Caseros; les citó varias hazañas brillantes del Coronel, lo que les causó mucha alegría. Luego, volviendo en sí, preguntó á Mariquita si no había ocurrido nada de nuevo durante su ausencia.

—Nada de nuevo, amigo mio, contestó ella. Todos tus empleados se han portado como hombres de bien y fieles servidores. Solo tengo que darte alabanzas por ellos. En cuanto á la traición del hijo del federal, no ha tenido consecuencia.

—Tanto mejor por él! y añadió: sabré recompensar los buenos servicios de mis empleados. Recompensaré también

tu celo, alma de mi vida; has desempeñado anticipadamente tu futuro oficio.

—Ya sabes, Edmundo, que tus intereses son los míos.

—Dios te oiga, Mariquita, dijo la madre. Con tan felices disposiciones, preveo que hareis buenos casados. Luego se levantó para tomar los medios de hacer transportar á su esposo.

Quedado solo con Mariquita, Edmundo le dice: He espuesto mi vida para salvar la de tu padre. Era mi deber, lo he cumplido con toda la voluntad de un corazón franco. No espero reconocimiento alguno por ese acto de humanidad, por consiguiente te ruego de guardar el secreto.

—No cuentes con tanta discrecion de mi parte. Has hecho el bien, es preciso que sea conocido, esa recompensa te es debida. Si no confieso el hecho á mi padre, se lo daré á comprender. En ello verá los decretos de la Providencia, y comprenderá que no hay mas que titubear ante el destino, declarando la voluntad del Cielo.

—Qué importa que él lo sepa; quedaria ajado mi corazón si se viese en mí, otra cosa que el amor de la humanidad, otro sentimiento que el de la virtud. Mi conciencia me habria reconvenido de no cumplir con un deber; lo he cumplido, eso es todo lo que anhela mi corazón.

—Astuto! Salvando á mi padre, no pensabas en tu Mariquita? mientes Edmundo!

—Sin duda, amada mia. Te amo tanto que haria todo en el mundo para agradarte.

—Enhorabuena!

—Ya sabes que tu padre! . . . no acabó.

—Fues qué! exclamó Mariquita.

—Tal vez será irritado de deber la vida á su enemigo.

—El enfado de mi padre será muy suave Edmundo. El enemigo volverá á ser amigo.

—Tú supones que he ganado su consentimiento por mi abnegacion?

—A lo menos lo has merecido, y tengo buena esperanza.

—Levantóse Edmundo, besó la mano de Mariquita, apretóla contra su pecho, y le dijo: noble amiga, la Providencia todo lo habia previsto!

—Sí, respondió ella, estrechando á su amante entre sus brazos. Dios quiere que se cumpla su voluntad! Es la recompensa debida á dos corazones movidos por los sentimientos del amor casto y puro, que inspira la virtud bajo los auspicios de la religion.

XVIII.

Cuando Edmundo se despidió de su querida, era ya muy tarde. Al atravesar la calle, pudo enterarse del efecto producido por la caída de Rosas. Pasó junto á dos hombres que se congratulaban del feliz acontecimiento que cambiaba el aspecto del pais. Uno de ellos decia: ha partido para Inglaterra, es lástima que no hayan podido apoderarse de su persona para hacerle pagar caro todos los males que nos hizo sufrir. En fin, gracias á Dios, estamos libres del tirano; es todo lo que podíamos anhelar.

—Ah! decia el otro, se lleva todo el oro del pais. Tal vez el comercio se resienta de tan terrible conmocion!

—El papel tiene curso, no se lo ha llevado, replicó el primero, pasaremos sin el oro que nos ha robado.

Temiendo Edmundo parecer indiscreto, no escuchó mas, siguió su camino y cuando llegó á la puerta de su tienda, estaba cerrada ya. Dió tres golpes con el puño, y una voz del interior gritó: Quién es? Es el patron, respondió Edmundo. Al momento la puerta se abre y el empleado se lanza al cuello de su patron, le abraza, diciendo: Cuanta inquietud nos habeis causado! os creiamos perdido, segun los relatos de la batalla de Caseros, que hemos leído en el *Archivo Americano*. Al oír la voz de Edmundo, los demás empleados llegan en camisa, y cada cual le festeja á porfia. Habriase dicho la

vuelta del soldado al seno de su familia: Sed buenos amos y tendreis buenos servidores!

Ya sabia Edmundo por Mariquita á qué atenerse, se abandonó á los desahogos de su corazon, correspondiendo afectuosamente á las caricias de sus fieles servidores.

—Ahora bien, amigos míos, volveis á ver á vuestro amo con placer. Creed que estoy sensible á vuestras lágrimas; sé de antemano cuan dignos sois de mi aprecio. Correspondere á vuestros buenos servicios, por todas las pruebas del mas vivo reconocimiento. Volved á acostaros, hijos míos, mañana conversaremos.

Preguntáronle si era menester hacer levantar la sirvienta para preparar la cena.

—No amigos, he cenado, solo necesito descanso. Dadme solamente una luz.

Uno de los dependientes cierra la puerta, miéntras que otro entrega una vela á Edmundo, muy contento de ir á dormir en su blanda cama, despues de haber dormido durante varios meses én el suelo.

Era muy tarde cuando se levantó por la mañana siguiente. Almorzó y pasó á la tienda en donde encontró á todos los empleados trabajando. Llamólos junto á su escritorio y les dijo :

—Estoy atrasado por vuestros sueldos.

—No señor, contestó el primer empleado, hemos recibido fielmente nuestros sueldos de la señorita S*** que ha venido aquí regularmente todos los días, durante vuestra ausencia, para arreglar las cuentas y los libros.

—Muy bien, respondió Edmundo, que en ello veia una prueba mas de la sábia prevision de Mariquita. En todo caso, amigos míos, quiero recompensar vuestro celo. Regaló diez onzas de oro a Eduardo y cinco á cada uno de los otros empleados, y tambien á la sirvienta que habia desempeñado sus obligaciones como buena madre de familia.

—Mil gracias patron, exclamaron todos á un tiempo!

—Pasó en seguida á examinar sus libros, y los encontró

en el órden mas perfecto. Luego abriendo su caja, no pudo menos de esclamar: Qué honradez! Qué probidad! Es admirable en un siglo en que la codicia da tanta envidia á los hombres!

Satisfecho como no se puede mejor, pasó á su gabinete, arregló su traje, y salió para hacer una visita al tio de Mariquita.

Llama á su puerta. Un sirviente se acerca y dice: Qué desea Vd?—Vengo á visitar al Sr. D^{***}, aviselo Vd.

—Vd. no puede verle ahora, hay gran reunion en el salon.

—No importa, diga Vd. á su amo que es el Sr. Edmundo Ducange.

El sirviente corrió al salon á anunciarle.

A este nombre sonoro á su oido, el Sr. D^{***} se levanta con celeridad, pide permiso á la compañía y vuela á la puerta.

Ah! es el Sr. Edmundo, os creia ya sepultado en el campo de batalla de Caseros. Venid pronto que os abrace. Caen en brazos uno de otro, estrechándose recíprocamente.

—Cómo os hallais de salud? dijo el Sr. D^{***}

—Felizmente estoy bueno; y vos señor, cómo os hallais?

—Muy bien respondió el Sr. D^{***} Tengo además de la salud física la salud moral, desde la noticia de la caída del tigre. Ahora bien, Sr. Edmundo, mi profecía se ha realizado?

—Bien realizada, respondió este, siguiéndole al salon.

—Vais á encontraros en medio de una reunion de hombres sábios que participan de nuestras opiniones. Son unitarios y federales, todos amigos del progreso y de la civilizacion.

En efecto, entrando al salon, Edmundo fué admirado de verse entre las notabilidades de la ciudad. Estos fueron sorprendidos al ver llegar á un desconocido. Devolviéronle su saludo con frialdad.

—Tranquilizaos, dijo el Sr. D^{***}, que notó la inquietud, os presento un amigo del progreso y de la civilizacion.

—Muy bien! Muy bien! exclamaron la mayor parte, haced tomar asiento al señor.

Apenas se sentó Edmundo, cuando el Sr. D^{...}, cortando la conversacion empezada, le pidió noticias del feliz suceso de Caseros.

—Enhorabuena, replicó uno de los asistentes, hacednos la relacion de este combate memorable.

Edmundo hizo seña con la cabeza para manifestar su respeto al auditorio, y contestó:

—He visto el grueso del combate tan confusamente, que no puedo señalar ningun hecho. He tenido que seguir las evoluciones del cuerpo de que hacia parte, y por eso estaba en la imposibilidad de reparar en lo que pasaba en derredor mio. Para formarse una idea de las peripecias de un combate, es preciso seguir el conjunto de la accion á primera vista, y despues las alternativas circunstanciadas. No puedo por consiguiente decir nada de positivo, sino que ha habido en ambas partes valor y heroismo; que, gracias á la táctica bien combinada del general Urquiza, ha sido vencido Rosas y el poder de la tirania aniquilado.

Despues de eso, el Sr. D^{...} le preguntó por el coronel S^{...}, Edmundo fingió no saber nada, temiendo comprometer al padre de Mariquita.

—Pues ahora, jóven, dijo uno de los asistentes, ya nos vemos libres, ha caido el tirano.

—Quiera Dios, respondió Edmundo, que sea para dicha del país.

—Teneis pues alguna duda, repuso otro?

—No señor, no tengo dudas, pero conozco á los hombres. He leído la historia, y por ella, he visto los pueblos á la obra en toda la superficie del globo. La gran comedia humana jamás ha ofrecido sino escenas deplorables. Las generaciones se suceden y las preocupaciones quedan. Ved á la Francia con todas sus revoluciones, está mas dichosa por eso? Allí, en donde la civilizacion enarbola el estandarte, la corrupcion tiende sus lazos.

—Os parece acaso, replicó otro, que la civilizacion sea funesta?

—Sí señor, respondió osadamente Edmundo, porque siempre está ligada con la corrupcion.

—Os equivocais, respondió el mismo.

—Ah! señor, en testimonio de ello, tomo la historia de los tiempos modernos. La avaricia ha hecho del oro un dios. Es el cetro supremo de la sociedad; es el tirano de las opiniones; es el rey de la tierra!

—Algo hay de verdad en vuestro sentimiento, pero con todo eso, no es preciso desesperar del porvenir.

—Si la fé se resume por la esperanza, replicó Edmundo, veo el porvenir de la humanidad todavía muy lejos de nosotros. Casi estoy dispuesto á creer que la Sociedad es un duelo permanente cuyos dos campeones son el bien y el mal.

—Que consecuencia sacais de ello, preguntó otro?

—Una consecuencia muy justa, es que cambiando el nombre no se cambia la cosa, sino á prorata del progreso.

—Entónces, solo teneis confianza en el progreso, añadió el mismo.

—Sí, en el progreso bien entendido, replicó Edmundo, pues no llamo progreso, la ciencia que ilustra el entendimiento y corrompe al corazon.

—Sois muy difícil de contentar sobre la cuestion del progreso, añadió otro?

—Cuando se tiene conviccion del bien, uno es porfiado sobre los principios que pueden asegurarle.

—Segun vos, replicó otro, no hay buen gobierno posible!

—Quien tiene la culpa, respondió Edmundo.

—Los hombres que piensan lo que vos, replicó el mismo.

—Los hombres que piensan bien, piensan lo mismo que yo, aunque por desgracia de la humanidad, no tengan la esperanza de llegar al poder.

—Se vé que no teneis mas confianza en los hombres que en los principios, replicó otro?

—En desquite, respondió Edmundo, tengo confianza en Dios.

—Muy bien, contestó el mismo, pero Dios no se mete en cosas de política.

—Sin duda que el todo no puede confundirse con la parte. Dios es el todo y el hombre la parte. Por su orgullo, este puede envilecer su pensamiento, pero poner el pensamiento limitado en paralelo con el pensamiento universal, sería locura. Limitemonos pues á los sentimientos humanos. La copia no es el original.

—Veamos, repuso otro, cual sería vuestro sentimiento respecto de la reorganizacion de los poderes.

—En verdad, respondió Edmundo, quereis llevarme lejos. Haceos cargo de que no soy mas que un jóven. La escasa experiencia que he adquirido, la debo á la lectura y á las pláticas que he tenido con el capitán del buque que me ha conducido aquí. Aquel hombre profundo y erudito, que ha viajado sobre todos los puntos del Globo, decíame á este respecto :

El arte de gobernar los hombres es el mas difícil de todos los artes, porque descansa sobre una ciencia sin reglas fijas. Es un arte de circunstancia que el hombre crea segun su ingenio político. Decir que un hombre es un gran político, es decir al mismo tiempo que tiene el ingenio, el arte y el buen sentido de la astucia y de la disimulación ; es probar que es un trapacero ingenioso para el bien, como para el mal. Observad que el ignorante, lo mismo que el docto, puede poseer ese arte: Tendreis una prueba de ello en el país á donde vais, decíame. Rosas ni siquiera tiene una instrucción conveniente, y sin embargo, este hombre conoce el arte difícil de gobernar ; habeis de notar que gobernar en sentido político, no quiere decir regir con conciencia los intereses generales de una nación, sino arreglar el destino de un pueblo, en un interés convencional, casi siempre al punto de mira del jefe y no de los súbditos. Estableced una forma de gobierno, sea cual fuere, republicana ó monárquica, de todos modos sólo tendreis un nombre. Segun mi parecer todas las formas son mas ó menos buenas, ó mas ó menos ma-

las, todo depende del valor y del talento del que gobierna. Si es un ser sábio, en nombre particular ó en nombre colectivo, el estado será bien gobernado, sea cual fuere la forma de su institucion. En caso contrario, lo será mal. Ya veis pues que la institucion política, sin un hombre ú hombres á la altura del siglo por las luces puras del progreso, es un cuerpo sin alma, y segun eso, tengo razon de decir que todos los gobiernos son buenos de un modo y malos de otro.

En atencion á la corrupcion de las costumbres, me atrevo aun á sostener que el gobierno de uno solo es el mas activo y el mas seguro, si no es el mejor. Figuraos, Señor, á un hombre que hubiera vivido alejado del mundo, que solo hubiese recibido los principios del Evangelio, ya no sería un erudito, y sin embargo, á pesar de la sencillez de su talento, sería un soberano por excelencia, porque en todas sus acciones daria el ejemplo de la virtud. Podria tomar sus ministros, sin distincion alguna, aunque fuesen las antorchas del siglo por las luces científicas y filosóficas, los obligaria á plegar bajo el yugo de la sabiduria. No conociendo sino el bien, en el órden de las ideas, solo daria su aprobacion segun la elevacion de su buen sentido, á aquello que le pareciera justo y razonable.

Q uise obyectarle que no existian semejantes hombres. Respondióme :

—Es una desgracia, y por eso mismo, declaro que jamás habrá buenos gobiernos, si por lo tanto se ha de considerar como tal todo gobierno que asegura y garante la felicidad y el bienestar de un pueblo. Ah! añadió echando un fuerte suspiro. he visitado muchos pueblos, he visto gobiernos de todas formas, y he reconocido en todas partes que los gobernantes se empeñan en corromper á los pueblos, para mejor sujetarlos al yugo!!

Entónces, Señor, le contesté yo, hay que desesperar de la causa de la humanidad, por la cual, tantos justos han sido mártires?

Ah! Sin duda, contestóme, cuando veo á la Francia, noble

patria, revolucionarse y los hombres pervertirse, no tengo mas esperanza. Si el modelo de las naciones camina hacia atrás, con mayor motivo, que se ha de esperar de las otras ! Las opiniones estan desunidas por la educacion politica y social, sólo en lo sucesivo habrá gobiernos de partidos, y bien puede decirse : Lá gran patria humana no tiene padre ! Nuestros gobiernos actuales estan calificados ya : *Son gobiernos de circunstancias ! !*

—Ved ahí, Señores, lo que decia un hombre que ha envejecido en la esperiencia del mundo. Si se halla en la senda de la verdad ó del error, á vosotros os toca juzgarlo. Por mi parte, estoy muy dispuesto á creer que tiene razon, y si jamás estuviese llamado á ejercer la suprema autoridad, observaría rigurosamente sus máximas, porque concuerdan con el espíritu filosófico y religioso del mayor número de los humanos.

Como puede juzgarlo, el lector, el auditorio fué vencido completamente. Uno de los asistentes se limitó á decirle :

—Sin embargo, los hombres, sean cuales fuésen, preciso es gobernarlos?

—Oh ! sin duda, contestó Edmundo, con penoso esfuerzo : Por desgracia de la humanidad, ay ! eso es preciso ! !

—Pues entónces, repuso otro, vuestra teoria queda sin consecuencia.

—Por desgracia de la humanidad, respondió otra vez Edmundo.

—Bah ! dijo otro, el Sr. Edmundo mudaria de máximas, si se hallase á la cabeza del poder !

—Quien sabe ! contestó este, con calor, no estoy imbuido de las preocupaciones de mi siglo !

—Uno de los mas distinguidos de la reunion, queriendo chancear se aventuró á decirle : En todo caso os daremos nuestros votos para juzgaros á la obra.

—Edmundo se levantó con altavaria, y contestó : Podriais tener que arrepentiros !

—Y porque ? añadió el mismo.

—Porque tan terrible sería para imponeros el yugo de la virtud, como Rosas lo ha sido para imponeros el yugo del vicio!!

Después de pronunciadas estas palabras con energía, Edmundo se acercó del Sr. D***, le apretó la mano, así que á los demas asistentes, y salió saludando cortesmente.

Al paso, creyó que era deber suyo de pasar por casa de Robino, que debía estar en la mayor inquietud respecto de él. Tomó la direccion mas corta, y muy luego, llamó á su puerta. Robino vino á abrir.

—V. por aqui, exclamó! alabado sea Dios, os creia muerto! Las noticias de los diarios no estaban como para destruir mi creencia. Por fin, vuelvo á ver á V., añadió enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos, estoy al colmo de la alegría.

—Dichoso amigo, dijo Edmundo abrazándole, sus lágrimas me son caras! Estrecharonse hasta perder la respiracion.

—Sientese V., mi querido Edmundo, y cuenteme sus aventuras. Dejo el trabajo, que importa; es preciso que V. me cuente todo hasta las menores circunstancias. Edmundo tomó asiento y le refirió todo cuanto le habia sucedido.

Robino que habia escuchado con grande atencion. le dijo: En adelante puede V. contar con la mano de Mariquita, V. ha salvado la vida al padre, su consentimiento está seguro.

—No es por motivo de interes que he obrado, he consultado mi conciencia. Si consigo la mano de mi amada, deseo que no sea por ese motivo.

—Harto arraigado está su corazon al de su filomena para que V. pueda manifestar otros sentimientos. Digamos que puedo esperar de ir á sus bodas muy en breve.

—Convenido, dijo Edmundo. V. será mi padrino con Leonor.

—Con ella, no acepto, tendria recelo que me vendiera como vendió á V.

—La he perdonado ya, querido Robino, pues sé que los

celos hacen perder el juicio. Levantóse y añadió : mañana pero á V. á las cinco de la tarde para comer conmigo, festejemos mis laureles de Caseros.

—Los amigos no saben rehusar, así puede V. contar que iré á tomar asiento á su mesa.

—Hasta mañana dijo Edmundo.

—Hasta mañana, contestó Robino.

Durante los dias siguientes, Edmundo visitó á sus demas conocidos.

XIX.

Veamos ahora lo que pasa en casa de Mariquita. El Señor S^{***} estaba ya en su domicilio. El movimiento del coche habiale causado mucho ; pero su herida no daba ya ningun recelo. Habianle prodigado los mayores cuidados en la casa donde Edmundo lo habia dejado, lo que mucho habia cooperado á su restablecimiento. Y por eso, la familia S^{***} no quedaba atras para recompensar los buenos servicios de los bienhechores. Acababa de mandarles treinta onzas de oro.

El Señor S^{***} está con buen apetito, desde que los sintomas de la fiebre han desaparecido ; pero todavía tiene que hacer cama. Su hija le prodiga tantas caricias como finas atenciones ; no sale de su lado y se complace en hacerle referir, y aun aumentar, el relato de los sucesos de Caseros, para distraer á su padre y evitarle el fastidio. Pero digamos tambien que la maliciosa Mariquita tiene sus miras por su oficiosidad. Conoce muy bien su retórica, como puede juzgarlo el lector por los hechos ya referidos. Nada quiere acelerar y prepara de antemano el terreno para sembrar en tiempo favorable.

Un dia que servia á su padre una tasa de caldo caliente, este le dice : Dejalo enfriar, me quemaria. Mariquita, hallando ahí la ocision de traer oportunamente una agudeza, con-

testa : El que os ha salvado la vida no queria dejaros enfriar.

Que se diga segun eso, que el amor no tiene ingenio !

—Por ciertó que no, hija mia, pues á penas caí del caballo, cuando sentí que me llevaban. Ah ! añadió, echando un suspiro, sea quien fuere, merece una gran recompensa. Mucho creo que debe ser aquel que te destino para esposo ! Tiene tanta modestia que se guardará de confesar tan noble accion.

—Mucho dudo que os engañeis, padre mio, á pesar de vuestra benévola prevencion acerca de ese jóven. Además no hacia parte del cuerpo que mandabais.

—Eso poco importa, me habrá visto caer de lejos.

—Y ciertamente, dijo la maliciosa Mariquita, que os habrá salvado de lejos.

—Por favor, hija mia, dejate de bromas, acerca de tu futuro.

—Ah ! padre mio, sostengo que si debia ser mi esposo aquel que os ha salvado, no seria por cierto el que pensais !

—Calla, hija, hablas como una niña que no vé el mundo mas que por un agujero !

—Quizas os engañais en vuestro juicio, tengo mi presentimiento.

—Como pues, hija, pero entónces eres bruja ?

—Bien se puede augurar en favor de la verdad.

—Callate loquilla, hablas sin consecuencia.

—En este momento, entra un compañero de armas del Sr. S^{***}, el teniente coronel B^{***} que se informa del estado de salud del enfermo.

—Muy buenos dias Señores, dijo, como lo pasa V. Señor S^{***} ?

—Gracias, Señor B^{***} ! estoy bastante bueno, en breve podré levantarme.

—Tanto mejor, dijo el visitador, podremos tener esperanza todavia de ver lucir vuestro talento militar, en alguna otra accion. En todo caso, no diremos como Francisco 1^o: To-

do está perdido menos el honor, pero si, todo está perdido excepto la salud:

—Al diablo el honor! he peléado como un leon.

—Puedo decir á V. otro tanto, Señor S***, pero que hacer á eso; es la fatalidad, como decia Napoleon 4º que se hacia un dios de ella. A propósito, Rosas no ha olvidado á V.

—Cómo es eso, Señor B***?

—Me dijo al embarcarse: Ha habido cobardes, pero el intrépido coronel S*** es un valiente. Si solo hubiese tenido soldados como él, aun quedaria en pié. Ah! es muy cierto lo que se dice: *Cuando se engorda demasiado á los cerdos, no pueden caminar mas.*

—El dictador se engaña señor B***, la defensa ha sido obstinada.

—Ese es mi parecer, pero concibo que obligado, Rosas de alzar el real y de fugarse, esté de mal humor y pegue con todo el mundo de su ruina.

—En fin, estoy feliz que quede contento de mí, añadió el señor S***, le debo importantes servicios.

—En su interes como en el mio, aconsejo á V. de ostentar sentimientos hostiles. El hombre ha caido, no hablemos mas de él, volvamos nuestra esperanza á otra parte. La política es el gran teatro de los taimados, para salir bien, es preciso hacerse camaleon. Los principios como las ideas se aderezan á toda salsa; que sea Pedro ó Juan, es menester saber adular!

—Ah! V. dice verdad señor B***, todo bien pensado, veo que es locura de tener convicciones; mas vale el sistema de los Jesuitas. Los favores de los grandes desaparecen como el humo.

—Bah! replicó el señor B***, es preciso remedar *rodinar* y servir la causa del mas generoso, hasta el vencimiento del plazo. Agradeced á Rosas, ya que se muestra generoso y tome V. su partido.

—Se muestra generoso, dice V.?

—Señor S^{***}, y muy generoso! Me ha encargado de entregar á V. fielmente este pliego con esta carta.

—El señor S^{***} abre el pliego y cuenta cien papeles de á mil. Que fortuna! exclama; cien mil pesos! Gracias Rosas! Dios te lo pague y te ampare en el destierro! Rompe el sello de la carta y lee lo siguiente:

Caro Amigo:

Huyo al destierro! Merced á los traidores y á los cobardes, mi poder ha recibido el golpe mortal en Caseros.

Cumplo con un noble deber al recompensar á los valientes y fieles servidores. Generosamente, has vertido tu sangre por mi causa! por la causa de la Federacion! El nombre de los S^{***} se glorificará con tu memoria de generacion en generacion.

Adios, amigo, acuérdate de mí alguna vez.

R^{***}

P. D.—De los cien papeles que te manjo, destino la mitad para tu salvador.

—A maravilla! dijo el señor S^{***}, pero me costaria trabajo corresponder á la voluntad del Ex-Dictador, tanto mas que no conozco á mi Salvador. Ah! si pudiese dar con él, añadió; echando un fuerte suspiro, haria mejor que eso!

—Le dariais vuestra hija en matrimonio, respondió la ingeniosa Mariquita?

—Y ciertamente, para no desagradar á tu padre te casarías con él.

—De buena gana! El salvador de mi padre! quien podria tener mas mérito á mis ojos?

—No amas pues mas al Gringo?

—No hablemos mas de Gringos, padre mío, ya quedais conforme en dar vuestra Mariquita al que os ha salvado?

—Si tú consientes á ello, juro á la faz del cielo que lo tendrás por esposo!!

—Mariquita habíalo preparado todo en prevision de una feliz salida, Edmundo estaba en una pieza contigua con la madre, encargada de dirigir la trama.

—Y le abrazaríais, añadió?

—Ah! si le abrazaría! contestó el padre, de buena gana!
Con toda mi alma!

—Muy cierto, padre mio, tomo por testigo al Señor B^{...}.

—Hija, toma por testigo al cielo y procura descubrirlo?

—Ahora mismo, respondiô Mariquita, voy á buscarle, preparaos á recibirle, y salió.

El padre, que hasta entónces no se habia levantado, recobró su energia al oír estas palabras, saltó de un brinco en el suelo, se cruzó de brazos y exclamó: Ven mi salvador! Ven!!

Mariquita llega, teniendo á Edmundo por la mano y exclama, presentándose á su padre: Aquí está!! habeis jurado á la faz del cielo que seria mi esposo y que le abrazaríais, cumplid con vuestro juramento!

—El padre, herido en el corazon, cayó de espaldas contra su cama, exclamando: Dios mio, es posible!

La Señora S^{...}, que entraba en este momento, se acercó á su esposo y le dijo: Amigo mio: Te lo juro, con la mano en mi pecho, es el Señor Edmundo que te ha salvado.

El padre se endereza al instante, lanza una mirada furiosa á Edmundo; y le dirige estas palabras con amargura: Es V. quien me ha salvado?

Edmundo, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, nada responde.

—Tendría V. la audacia de engañarme?

Edmundo permanece mudo.

—Ve V., prosiguió el padre, volviéndose hácia el Señor B^{...}; la perfidia de la madre y de la hija, asi que la maldad de ese jóven!

—A fé mia, respondiô este, nada puedo juzgar. Todo lo que sé, es que su salvador de V. se llama Edmundo Ducange, pero ignoro si es este Señor.

—Estas palabras tuvieron el efecto del rayo, el relámpago de la verdad habia hecho desaparecer la duda del Señor S^{...}. Ah! padre desgraciado! exclamó, he blasfemado! es él! no hay mas duda. Se cruzó de brazos diciendo: Dios del Cielo! he violado la fé de mi corazon! Se dejó caer sobre su cama sollozando.

El Señor B^{...}, dirigiéndose al jóven, le dijo: V. es el Señor Edmundo Ducange?

—Si Señor, contestó Edmundo, en voz baja.

—Entónces, sea V. quien fuere, V. merece la mano de Mariquita.

Edmundo, pálido como la muerte, doblóse bajo el esfuerzo del pensamiento que trastornaba su alma. Cayó rendido.

Al momento, el Señor B^{...} le ase y le sienta en el canapé que habia detrás.

—Mariquita asustada daba grandes voces.

La madre amedrentada exclama: Dios mio! Dios mio! pronto socorro?

—No es nada, dijo el Señor B^{...}, traedme un poco de vinagre. La sirvienta llega con un frasquito, se lo hace aspirar.

—Gran Dios! exclamó el padre, que escena! Porque no he quedado en el campo de batalla!

Levántase, las lágrimas inundaban su cara, el odio hacia lugar á la compasion!

En este momento, Edmundo abre los ojos! Las miradas de uno y otro se confunden.

Muy luego, el Señor S^{...} exclama: Es la voluntad del Cielo! Venga V. jóven para que le abrace!

Estas palabras tienen el efecto del encanto. Edmundo de un brinco se arroja en sus brazos. El Señor S^{...} le dice, bañándole con sus lágrimas; *Doy á V. mi hija. Perdone V. la ofensa, V. es digno de ser mi yerno.*

—Alabado sea Dios! exclamó Edmundo estrechando á su futuro suegro contra su pecho.

Mariquita y su madre se arrojan en los brazos del uno y

del otro, les abrazan y les inundan con su llanto! O Rafael! trae tu pincel para representar tan noble y tierno cuadro!!

El Señor B... aplaude y exclama: O predestinacion humana! Cuantas dulces lágrimas haces derramar!

Temiendo por la herida del Señor S..., se acerca del encantador campo de batalla de las emociones y separa á los combatientes, gritando: Victoria! Victoria! á los vencedores y vencidos!

Obliga al Señor S... á que vuelva á acostarse. Mariquita atrae hácia sí á Edmundo sobre el canapé, donde se sienta tambien la madre, y la escena concluye con suspiros y fuertes latidos de corazon.

—Qué os parece de mi valor, añadió el Sr. B...? Uno contra cuatro, sin embargo, os he obligado á la retirada!

—Gracias! replicó el padre, nunca habriamos acabado.

—Y bien, Señor Edmundo, dijo el Señor B... V. ha ganado una gran victoria!

—Oh si! muy grande! contestó Edmundo, pues que pone en mis manos un tesoro, mi muy querida y amable Mariquita!

Levántase esta, corre á la cama de su padre, le abraza, vuelve abrazar á su madre; despues á Edmundo y en seguida al Sr. B... exclamando: Estoy dichosa! estoy dichosa! estoy loca de felicidad!!!

La madre aplaude con entusiasmo. El Señor S... en delirio, exclama: O vil preocupacion! me habrias privado del mas hermoso dia de mi vida!!

Levantóse el Señor B..., dió un apretón de manos á todos y salió, diciendo á Edmundo: Dichoso jóven, V. merece gozar los deleites puros de la felicidad! Vencero á su grande y noble corazon! Quiera el Cielo bendecir su futuro enlace!!

—Gracias Señor B..., contestó Edmundo, me acordaré de V., el dia de mis bodas!

XX.

Después de la efusión de las emociones de los corazones, volvieron á calmarse los ánimos.

Vuelto en sí, el Señor S..., habló en estos términos :

«Hijos míos, el destino acaba de declararse acerca de vuestra suerte. Reflexionad ahora en el porvenir; de ello depende vuestra felicidad. No creo que la pasión sea el móvil de vuestros corazones. Formado á la escuela de la virtud, el corazón ama por lo ideal, mas bien que por los sentidos físicos que deben ser moderados por la ley de necesidad. En el físico, la belleza solo tiene un rostro, en el moral, tiene cien mil; y luego como sabéis: la belleza desaparece y la virtud queda. La razón se extravía cuando el amor solo la guía, mientras que está siempre en buen camino, cuando la amistad la tiene de la mano.

El amante y el amigo son dos: el primero es la apariencia, el segundo la realidad. La luna de miel para los amantes tiene un fin, para los amigos, siempre es duradera. Cuando vienen las pruebas de la vida, echamos de menos el no haber sido mas que amantes; pero nos regocijamos de haber sido siempre amigos.

Las circunstancias que han dado margen al enlace de vuestros corazones, son de buen auguro para vuestra felicidad presente y futura. Quiera el cielo oír favorablemente los votos que hago para que la concordia y la buena armonia sirvan de vínculo á vuestro amor!

La muger observa y el hombre obra, ha dicho un grande hombre. Entre mi hija y Vd. hay dos elementos muy distintos: Vd. es la fuerza; ella, la debilidad; al resorte de la amistad toca mantener el equilibrio de los corazones. El poder activo pertenece á Vd. por influencia de carácter. El poder pasivo de mi hija, está en el poder de sus atractivos y de su corazón. Si las órdenes, emanando de esos dos poderes, son bien comprendidas, siempre tendrán el efecto del prestigio.

Cuando el corazon sabe mandar, el corazon sabe obedecer. Eso es todo el misterio de la felicidad en los matrimonios. Sabed comprenderlo y sereis felices. Por otra parte, no tenéis que recelar tocante á la fortuna. Su posicion, Sr. Edmundo, tiene principio. Tengo aquí cincuenta papeles de á mil para entregar á Vd.; es la recompensa del servicio que Vd. me hizo, y es en nombre del ex-Dictador que se los ofrezco. Añadiré á eso quinientas onzas de oro. Con semejantes recursos, Vd. puede tener buenas esperanzas y saber de antemano á qué atenerse acerca de vuestro contrato, del cual ajustaremos las condiciones lo mas pronto posible; no quiero que ese negocio se dilate. Antes de un mes, es preciso que esteis unidos. Tome Vd., Sr. Edmundo, sus disposiciones acerca de su familia.

—Estoy pronto, contestó Edmundo, tendré el consentimiento de mi familia por el próximo paquete; y tengo ya asegurado mi bienestar.

—Su bienestar está asegurado? replicó el padre, no cuento Vd. demasiado con su dote!

—No cuento con mi dote, podria pasar sin él.

—Cómo pues? preguntó el Sr. S...

—Ah! respondió Mariquita, ignorais, padre mio, que el Sr. Edmundo es un rico negociante de Buenos Aires!

—Tan bien establecido ya! añadió el padre con sorpresa. Hace apenas cuatro años que Vd. está aquí.

—Sí Sr. S..., he tomado la sucesion del comercio del Sr. G...

—La hermosa tienda del Sr. G...? replicó el padre, cada vez mas sorprendido.

—Sí señor, respondió Edmundo. Lo que poseo es cosa de seiscientos mil pesos.

—Entónces, Vd. podria pasar sin dote, como decia Vd. hace un momento.

—Ciertamente, contestó Edmundo.

—De modo que, padre mio, añadió Mariquita, apretando la mano de Edmundo, ya veis que no tenia mal gusto.

—Es verdad, hija mia, Dios os ha protegido; os protegerá todavía para mi gloria y para vuestra felicidad.

Acabadas de pronunciar estas palabras, Edmundo, se levantó, hizo sus cortésias á todos y se despidió de la familia S... Su muy amada le tomó del brazo y le acompañó hasta la puerta, diciéndole: Hasta otra vista, mi amo!

—Hasta otra vista, mi esclava, respondió Edmundo sonriendo á su amada.

XXI.

Volvamos atrás. El lector ha podido juzgar de la perfidia de Leonor para con su amiga. A no ser por los hechos que van á seguir, su conducta infame habria podido atribuirse á un espíritu de celos; hubiera sido la deducción mas razonable. La prevencion de amor no era sino fingimiento, Leonor no amaba á Edmundo. En sus sentimientos recíprocos, tanto se aborrecian uno como otro. El móvil secreto de la conducta de Leonor era la instigacion del hijo del federal, cuya infame intriga hemos sabido por aquel mismo que nos ha tendido el hilo de esa maquinacion odiosa. Leonor estaba apasionada ó mas bien frenética por ese jóven, el cual para vengarse de la indiferencia de Mariquita, procuraba por medio de Leonor, envilecerla en el aprecio de su amante; y por eso mismo, se esforzaba en desbaratar un amor cimentado por los nobles esfuerzos de la virtud. Hé aquí la carta aconsejadora de ese infame enredo.

Debemos copia de ella á una amiga de Leonor.

Mi querida Leonor:

Tengo que vengarme de una injuria que Mariquita me hizo. Nadie mejor que tú, amada mia, puede servirme en esta circunstancia. Hé aquí el hecho:

Habia ido un dia á hacer una visita á su padre. Ella estaba

tomando su lección con el gringo. Tuve ocasión de trabar conversación con este último. Hablamos de música. Ya sabes con qué habilidad toco el piano; pues bien, creerás que Mariquita se ha tomado la libertad de decirme que hacia muy mal en contradecir á un artista, principalmente á un francés. He disimulado mi resentimiento para con ella. Sé que está locamente enamorada del gringo. Es tan bonito, tan noble amar á un loco! Sea lo que fuere de su necia y odiosa pretension, no se casará con él, si tú obras como voy á aconsejarte.

Cada vez que irás á casa del Sr. S..., afecta apariencias de galanteo para con el gringo, lleva la astucia hasta hacerle creer que le amas apasionadamente. Una vez que hayas alentado su corazon, que te halles casi segura de haberle convencido de tu amor, aprovecharás la ocasion de la conversacion á solas para decirle que Mariquita no está pura, que ha tenido ya varios amantes. En fin; no tengo necesidad de decirte mas. Tienes demasiada sutileza, para que yo suponga tengas dificultad en vestir cuentecitos ingeniosos.

Si despues de eso, no consigues alejarle de Mariquita, sugiriéndole el mas odioso desprecio, da aviso al Sr. S... de sus pasiones ocultas.

Cuento con ese buen oficio de tu corazon, pues si me amas tan sinceramente como siempre me lo has dado á entender, todo puedo esperar de ti.

Tu fiel amante

D. R.

El lector conoce ya el resultado desgraciado de aquellas instigaciones odiosas. Todo no debia parar en eso, en los términos del odio de D. R... Desde la bofetada del cuartel del Retiro, su odio no era nada menos que la rabia de un frenético. A su vuelta de Caseros, combinó un nuevo plan. No estaba ya detenido por el temor que le inspiraba su gefe. Caido Rosas, las amenazas no podían tener ninguna consecuencia desagradable para él. Como nada se oponia á sus

miras, puso su proyecto á ejecucion. Sabia que su poder era tan absoluto sobre el espíritu como sobre el corazón de Leonor. Podia tener entera confianza en ella, respecto á su tentativa criminal. Despues de serias reflexiones, se resolvió á emplear el medio que le pareciera mas seguro sin comprometer á su novia. Formó el odioso proyecto de hacer envenenar á Edmundo. Disigióse á casa de Leonor; hizole seña que tenia intencion de confiarle un secreto importante. Al momento Leonor toma la delantera, y el amante la sigue al jardín. Tomaron á mano izquierda por una calle angosta, para resguardarse de la indiscrecion, y allí, D. R... dió principio á la conversacion en estos términos:

—Leonor mia, sabes cuanto te amo, no quiero engañarte por mas tiempo.

—Cómo! respondió Leonor, quieres abandonarme?

—Muy al contrario, quiero casarme contigo.

—De veras?

—Sí, de veras, querida Leonor, pero es preciso que acabes la venganza!

—Qué venganza, amigo mio?

—Con respecto de Mariquita.

—Pero está acabada ya, el Sr. S... ha despedido al gringo.

—Oh! desde entónces, las amistades se han reconciliado.

—Cómo pues, amigo mio?

—El gringo ha salvado la vida al Sr. S... en Caseros, y para recompensarle, quiere darle su hija por esposa.

—Es curioso de saber; lo ignoraba, porque no voy mas á casa de Mariquita, desde el chasco que ya sabes.

—Es un hecho positivo, amada mia.

—Casarse con un gringo! Ay Dios! está loca!

—En fin, es así; vida mia, pero es preciso impedirlo.

—Y por qué, amigo mio?

—Porque quiero vengarme de un ultraje que me hizo el gringo en el cuartel del Retiro!

—Qué te ha hecho ese gringo?

—Me ha insultado en mi honor!

—Es preciso proponerle un duelo, replicó Leonor.

—Ese medio no me bastaría.

—Entonces, qué piensas hacer amigo ¡mio?

—Pienso valerme de tí para envenenarle!

—Oh! oh! eso es grave, amigo, no me encargo de ello!

—Sin embargo, me amas Leonor?

—Ah! si te amo! Haria todo para agradarte, añadió, abrazándole.

—Entonces, por qué te negarías á lo que quiero proponerte, supuesto que puedes obrar sin comprometerte.

—No es posible, amigo mio, envenenarle, sin esponer mi vida.

—Déjame explicarte mi plan, y cuando lo habrás comprendido, verás que puedes obrar sin comprometerte.

—Veamos, habla querido!

—Trata de ver á solas á la sirvienta del Sr. S..., por la mañana cuando vá al mercado. Te proveerás de un lindo ramillete de flores, en el cual echarás estos polvos; pero guárdate de tocarlos, y principalmente lavate los dedos, cuando hayas polvoreado el ramillete.

—Y despues? dijo Leonor.

—Y bien! dirás á la sirvienta de llevarlo al gringo y de decirle que Mariquita se lo manda.

—Y qué resultará de eso?

—Resultará de eso, mi amada Leonor, que el gringo olerá el ramillete y se envenenará.

—A maravilla! dijo Leonor, me encargo de ello.

—Entonces, dijole D. R..., abrazándola en la frente, te prometo el casamiento.

Hicieron todavia algunos pasos por los invernaderos, y despues D. R... se marchó.

El dia siguiente, muy temprano, Leonor iba al mercado viejo, en donde compraba un magnifico ramillete. Aguardó la llegada de la sirvienta, y luego que la divisó de lejos, echó los polvos en el ramillete; despues saliendo al encuentro de la sirvienta del Sr. S..., le dijo: Claudina, estoy muy

contenta de ver á Vd. para suplicarla de llevar este ramillete al Sr. Edmundo. Le dirá Vd. que es de parte de Mariquita.

La sirvienta, sin desconfianza, hizo su mercado, y fué directamente á casa del Sr. Ducange para entregarle el ramillete; pero, al llegar, viendo la tienda cerrada aun, fué á casa de su patron para dejar su canasta y volver en seguida, cuando estuviera abierta la tienda.

Llegando á la puerta, encontró allí al Sr. S... que iba á salir. Oh! dijo, quien le ha dado ese lindo ramillete?

—Es Leonor, respondió la sirvienta, que me ha rogado de entregarlo al Sr. Edmundo de parte de la señorita Mariquita.

El Sr. S..., que sabia todo cuanto habia tenido lugar, por medio de su futuro yerno, se figuró que podia haber allí alguna fementida acechanza. Tomó el ramillete de manos de la sirvienta, lo examinó, y notó, no sin espanto, unos polvos amarillos por encima de las flores coloradas. Entre Vd. á casa, dijo á la sirvienta, yo mismo voy á llevar el ramillete. Cruzó la calle, entró en una botica, y dijo al boticario: Señor, podria Vd. decirme qué polvos son estos?

Este los examinó con su lente y exclamó: es veneno!

—Oh! infame! exclamó á su vez el Sr. S... Dió gracias al boticario, regresó á su casa, y fué á echar el ramillete fúnesto en un rincón del jardín. Dió media vuelta, entró á la cocina y dijo á la sirvienta: Infeliz! por poco Vd. iba á ser criminal sin saberlo, le habian entregado un ramillete envenenado. Lávese pronto las manos; y si Vd. ha tocado alguna cosa, tirelo. Asustada la sirvienta, se lavó las manos y echó todas las provisiones, y aun la carne que habia tocado.

El Sr. S... hizo levantar toda la gente y les refirió el hecho.

Fué un ruido confuso de maldiciones contra Leonor. El padre salió exclamando: Es preciso que justicia se haga. Pasó por casa de Edmundo para enterarle de lo ocurrido. Este al oír ese relato no podia creer en tanta perfidia.

—Ahora mismo, exclamó el Sr. S..., voy á hacerla prender!

—No, contestó Edmundo, perdonemos al odio que inspira los celos!

—Jamás! replicó el Sr. S..., perdonar al crimenes alentarle, y salió al momento.

Una hora despues, dos vijilantes y el Comisario se presentaban al domicilio de Leonor para prenderla.

Su padre que ignoraba el motivo, quiso oponerse á ello.

—Su hija de Vd. está acusada como envenenadora, dijo el Comisario.

—El padre hizo venir á su hija y le dijo: Cómo! hija mia, te acusan como envenenadora!

—Ah! padre mio! respondió Leonor, he sido mal aconsejada!

—Quién pues te ha aconsejado el crimen?

Leonor, temiendo la ira de su padre, lo confesó todo.

—Entónces, esclamó el padre con furor; no eres tú quien debe prenderse! Señor! añadió, dirigiéndose al Comisario: Ya veis quien es el culpable!! Marchemos, voy á conducirlos á su domicilio.

Llegan á casa de D. R..., pero el hijo no estaba ya. Ved aquí porqué: Cuando salia para ir á la tienda de su padre, vió pasar al Sr. S... acompañado del comisario y de sus agentes, comprendió pues el asunto y tomó las de Villadiegó.

Buscáronle, pero en vano. No fué sino mucho tiempo despues, que la desaparicion de Leonor, descubrió el parage de su refugio. Primero pasó á Montevideo, de donde escribió á Leonor de ir á juntarse con él; y de allí se embarcó para Boston con su querida, llevándose mil onzas de oro que habia robado de la caja de su padre.

XXII

Volvamos á Edmundo. Ya sabe el lector que estaba aguardando sus documentos por el regrés del paquete.

El dia en que se señaló el arribo de este, fué corriendo al

muelle para preguntar al capitán si le habían entregado algunos papeles para él.

A penas llegaba al muelle, cuando advirtió una ballenera cargada de pasajeros que atracaba al desembarcadero. Acercóse, y, á su gran sorpresa, reconoció á su hermana. Mi hermana Julia! exclamó. Oh! cuan dichoso estoy de verte!

Esta, no menos encantada que él, saltó de la ballenera y se echó al cuello de su hermano, llorando de alegría, sin poder pronunciar una sola palabra.

Edmundo vivamente enternecido, horaba también, estrechándola contra su pecho.

El barquero que pidió el precio, puso fin á esta tierna escena de la amistad fraternal.

Después de la visita al resguardo, hizo llevar á su casa los equipajes de su hermana, y siguió á los changadores dándole el brazo. Al llegar, le dijo: Mi querida Julia, puedes entrar aquí como en casa de nuestro padre, es mi casa propia.

—Te has establecido entónces, preguntó Julia.

—Si, hermana mia, establecido! y muy bien, solo me hace falta una esposa.

—Tu deseo vá á realizarse muy en breve, pues que nos dices por la carta que nos escribiste, estás á punto de casarte. Yo vengo para asistir á tus bodas,

—Muy bien, Julia, ahora mismo voy á presentarte á mi futura esposa y á su familia.

Pagó á los peones que acababan de descargar los baules, y salió con su hermana.

A su llegada á casa del Señor S..., Mariquita es la primera que se ofrece á sus miradas. Puede juzgar el lector cuál fué su sorpresa, al ver á Edmundo con una hermosa mujer á quien daba el brazo, pues digamoslo de paso: Si Edmundo reunía en todo punto los atractivos y las calidades que hacen un hermoso jóven, su hermana tenía aun la primacía sobre él en su calidad de mujer. Sobrepujaba á Mariquita en la elegancia del cuerpo y los hechizos del semblante; solo la edad podía establecer una diferencia.

Mariquita con su talle delgado y esbelto, sus hermosos cabellos color de azabache, su rostro angélico, formaba un tipo, y Julia con su talle un poco macizo, aunque despejado, sus hermosos cabellos rubios, su rostro rollizo y sus mejillas de carmin, formaba otro.

El presumido Edmundo se sonreía interiormente del despecho-manifiesto de su muy amada.

—Y bien, Mariquita, dijola al entrar, hice una nueva conquista?

—Sí, añadió, Julia, inclinándose, se puede juzgar de ello por la cara.

—Mariquita, examinándola con mas atención, exclamó: Ah! embustero! es tu hermana!

—En cuerpo y en alma, como lo ves, la presento á la familia, gruesa y rolliza.

—Pasen adelante, dijo Mariquita, con la sonrisa en los labios, mamá está en el salon.

Edmundo hizo pasar adelante á su hermana, Mariquita la tomó del brazo, y la presentó á su madre diciendo: Buena mamá, os presento mi futura cuñada recién venida de Francia.

La Señora S..., le tendió la mano y la abrazó, así que Mariquita. Cada uno tomó asiento y empezó la conversacion.

Mariquita deseosa de conocer las buenas costumbres, hizo mil preguntas desde el principio al fin de la conversacion.

Entretanto, llega el Señor S... Edmundo se levanta, sale á su encuentro, tomale del brazo y le dice: Aquí está mi hermana que os presento. El Señor S... se adelanta con cara risueña, tomala en sus brazos y pega sus labios contra las mejillas rosadas de Julia.

La conversacion dura aun algunos instantes, despues de los cuales, el Señor S... manda servir el almuerzo, en que Edmundo y su hermana toman parte. Los convidados alegres se restauran, conversando al mismo tiempo de los sucesos que se preparan.

Después de almorzar, Edmundo y Julia se despidieron de la familia S..., prometiendo volver á visitarles á menudo hasta el gran día de la solemnidad de las bodas.

Mariquita y la madre los acompañaron hasta la puerta, en donde unos y otros se separaron después de los cumplimientos y abrazos de costumbre.

El hermano y la hermana, caminando por la vereda, se contaban los recuerdos de su infancia.

Al tiempo que pasaban por la calle en que vivía Robino, Edmundo, dijo á Julia : Tengo un amigo que vive aquí cerquita, vamos á visitarle.

Muy luego llegaron á su puerta, Julia entró la primera, pues su hermano acababa de abrir la puerta de Robino sin ceremonia. Este no sabía que pensar al ver á su amigo tan bien acompañado, pero Edmundo, tomando la palabra le dijo:

— Parece Vd. admirado, acaso no reconoce V. á mi hermana Julia ?

— Estaba muy pequeñita aun, cuando salí de Burdeos, como quiere V. que la reconozca. Empero, eso no me impide abrazarla.

Robino pegó sus labios á las mejillas de Julia, apretando al mismo tiempo la mano del hermano, y dijo: Y bien, Señorita Ducange, V. viene á ver si su hermano está por terminar su viaje al rededor del mundo? Yo creo que muy pronto verá el fin. •

— Probablemente, Señor, contestó Julia, una vez casado, ya no se hablará mas de viajes.

— Quien sabe, añadió Edmundo?

— Es preciso dejarse de puerilidades, replicó ella.

— Bromas á un lado, hermana mia, una vez enlazado con mi Mariquita; adios la vuelta por el mundo !

— Qué nombre tan extraño tiene tu futura. Que quiere decir eso : *Mariquita*?

— A fé mia, Señorita, respondió Robino, cada país tiene su idioma, eso es español, ó *castilla* como dicen aquí equivocadamente muchos Franceses.

—Esa palabra, añadió Edmundo, significa *Marie*, en francés.

—En verdad, contestó Robino, el nombre de la Virgen, V. tiene buen gusto.

—Sí, dijo la hermana, es un lindo nombre, te traerá dicha.

Hablaron todavía de muchas cosas, pero muy indiferentes para el lector.

Edmundo y su hermana saludaron al amigo Robino, y salieron, satisfechos de sus visitas llenas de encantos.

XXIII

Desde aquella visita, Robino fué á ver á su amigo muy á menudo. El y Julia se trataron con mucha confianza. Las cosas indiferentes vinieron á ser cosas serias. Las amistades de un día son á veces las amistades para siempre. Es lo que sucedió.

El buen corazon tanto como los buenos modales de Robino, agradaron á Julia, y vice versa. El amor hizo de intérprete, los corazones se descubrieron á sus consejos, y Edmundo no tardó en notar que en lugar de una boda, habria dos.

Cuando Robino le pidió la mano de su hermana, este sabia ya á que atenerse, y le dijo chanceando: Era menester una Julia para volver á V. enamorado!

—Ah! el demonio del amor! contestó Robino, me tiene en sus garras. Estoy pillado, experimento ya sus suaves ataques!

Julia, que acababa de llegar, añadió: Muy poco pensaba yo al llegar aquí, que el destino me reservara semejante suerte!

—En todo caso, le dijo Robino, tomándole la mano, debe

agradarle á V.; es la suerte de la vida y el pacto de la felicidad.

—Sí, con tal que no prosiguió.

—Que quieres decir, añadió Edmundo, que necesitas mi consentimiento?

—En verdad, nada haria sin tu voluntad.

—Oh! entónces quedarás servida á pedir de boca, pues el señor es mi mejor amigo.

—Es decir que estamos todos conformes, añadió Robino, y que celebraremos dos bodas el mismo dia; no nos falta otra cosa que los papeles de Julia.

—Pero aquí los tengo mis papeles, contestó esta. Mi padre me los ha entregado diciendo: toma estos papeles, cuando se emprende un viaje tan largo, no se sabe lo que puede suceder.

—A maravilla! A maravilla! exclamó Robino, en breve quedarán arreglados nuestros negocios, tengo un ajuar todo provisto; solo me falta completar mi guarda-ropa, y todo quedará concluido por mi felicidad y la de la señorita Julia.

El dia siguiente, Robino regaló, á su futura esposa, un canastillo de adornos y alhajas, y recibió al otro dia de parte de Edmundo, un servicio completo de p'ata para él y su novia.

Algun tiempo despues, la familia S... y Robino se hallaron juntos en casa de Edmundo, que les habia convidado á comer. Fué en ese alegre festin que la familia S..., supo con júbilo que se celebrarían dos casamientos el mismo dia.

El Señor S... manifestó el deseo que se hiciesen en su casa. Las partes interesadas accedieron gustosas á su dictámen.

Los preparativos debían hacerse con prontitud, porque el dia señalado para la celebracion de los dos himencos, se aproximaba, y descaban los amantes acabar de una vez con la esperanza, y probar la felicidad bajo los atractivos engañosos de la realidad.

XXIV.

El 25 de Octubre de 1855 fué un día memorable en el recuerdo de los anales de la felicidad. Los amantes se levantaron muy de mañana, llenos de aprehensiones venturosas. Dios mio! Cuan embriagadora es la noche de un gran día! Cuantos sueños deliciosos! O mansion de Venus! Cuantas dulces ilusiones inspiras por tus atractivos encantadores! Cuanta dicha, si tus inspiraciones no fuesen engañosas! Ay! la felicidad humana no es sino un sueño! pero tambien cuantos deleites nos hace gozar!

Edmundo ni aun habia pensado en su traje de bodas, tan absorto estaba por el pensamiento de la felicidad, cuando Robino, vestido como un príncipe, entraba para darle los buenos dias y desahogar su pecho, lleno de dulces espansiones.

—Hola! perezoso, dijo á su amigo, dándole la mano, V. no se acuerda mas que hoy es el mas hermoso dia de nuestra vida.

—Ah! querido amigo, contestó Edmundo, con voz trémula, por el efecto de las impresiones diversas de su corazon: Estoy entorpecido por el pensamiento de mi dicha. Tengo tan fuertes opresiones que apenas puedo respirar.

—Puedo decirle yo tambien, querido Edmundo, que me siento con embriaguez, pero estoy satisfecho, ya no estoy en la edad en que vuelve loco el amor.

—Yo creo que cuando se tiene su edad, mi querido Robino, los sentidos son menos vehementes.

—Esto es cierto, contestó este, el amor ha perdido en mi el prestigio de las ilusiones!

—Ah! amigo mio, no diga V. eso delante de mi hermana! V. la desesperaria!

—Bah! creo que Julia es como yo. Cuando se llega á los treinta, el vigor está mas bien en el corazon que en los sentidos? Nos casamos de amigos!

—En todo caso, replicó Edmundo, Vds. no han tenido tiempo de sondearse en amantes. Mi hermana, que se destinaba al claustro, ha conservado la influencia de la felicidad espiritual.

—De todos modos, nuestra dicha no tendrá por eso menos encantos.

—Es verdad, añadió Edmundo, echando un suspiro. Tengo gratos recuerdos del seminario. La vida espiritual tiene atractivos que cautivan el alma, y que hacen probar al corazón las mas puras delicias de la vida contemplativa.

—A fé mia, querido Edmundo, no puedo juzgarlo, nunca he experimentado otras sensaciones que las de la vida ansiosa, y aseguro á V. que tanto he saboreado la desgracia como la felicidad. Como V. vé, empiezo á encanecer y apenas tengo treinta y cinco años. Ah! amigo mio, es á los conocimientos que están pegados mis mayores goces! Antes ignoraba que se pudiese creer en las amistades, sobre todo aqui en donde reina la avidez! En la prosperidad, he tenido amigos, pero en la adversidad, los he visto apartarse; y creo que esa inconsecuencia del espíritu egoista es un poco de todos los países. O civilizacion! tu trabajo, no es una obra maestra! Hermoseas la imaginacion, ilustras la razon! lo confieso, mas ay! me veo obligado á reconocer que corrompes los corazones por las inspiraciones odiosas del egoismo, *del cada uno por sí!*

—Dejemos esas reflexiones amargas, amigo Robino, el dia no está propicio, y los corazones no están dispuestos. No quiero que se hable de cosas tristes hoy!

—V. tiene razon, replicó Robino, sería ofender á nuestra felicidad!

En aquel momento, entró Julia, bajo todos los atractivos del enagenamiento. Su tocado era deslumbrador.

—Oh! exclamó, echándose al cuello de Robino, has tenido buen gusto! has hecho una reina de tu futura esposa! Estoy sumamente complacida con mi adorno!

Robino lloraba de gozo, devolviendo á su Julia sus dulces

besos. Estás contenta y yo también! le dijo. Tengo la esperanza de que siempre serás de tu Robino.

—Bravo! gritó Julia, corriendo hacia su hermano que estrechó entre sus brazos. La América es el mas hermoso país del mundo, jamás habia sentido tanto placer!

Edmundo concluyó su *toilette*, y todos juntos se dirigieron á casa de su futuro suegro, en donde les esperaban nuevos regocijos:

Un espléndido almuerzo estaba servido ya en el gran salon cuando llegaron.

Mariquita, resplandeciente de hermosura y elegancia, acechaba la llegada de su novio.

Apénas Edmundo, pisaba el dintel de la puerta, seguido de Robino y de Julia, cuando la graciosa Mariquita se hecha al cuello de su futuro para abrazarle: Que buen mozo! eres encantador amigo, exclamó!

—Si, vida de mis ojos, soy buen mozo y afortunado—Tú eres el espejo en que me miro: Oh! Mariquita! exclamó estrechándola contra su pecho, tú eres mi divinidad.

—Vamos, dijo Robino, no sea V. egoista. Un poco para el prójimo.

Mariquita se desprende de los brazos de Edmundo, y corre hacia Julia que cubre de besos y despues á Robino.

El Sr. S*** llega con su esposa y su hijo, recién venido del campo para asistir á las bodas de su hermana: Qué cuadro tan encantador entónces! los abrazos, los parabienes, sinceros y vehementes, se prodigan á porfia? O felicidad! cuántos deleites tienen tus arrojios! Cuántas lágrimas de oro haces derramar!!

—Entremos, dijo el Sr. S***, con el acento de un corazón rebozando en alegría.

Entran al salon, cada cual toma asiento al rededor de una mesa, puesta con elegancia y lujo.

El Sr. S*** hizo su entrada con estas palabras: Es un liviano desayuno, vuestros corazones necesitan miramientos, y

como se suele decir: Cuando está hambriento el corazón, el estómago no tiene apetito.

Los convidados hicieron poco honor á la mesa. El chocolate con leche, y los dulces, que en otra circunstancia sientan perfectamente bien, se hacian indigestos. Cada uno supo cuidarse. Fué una confusion de sentimientos diversos acerca de la felicidad de los futuros esposos. Los dichos agudos hicieron un gran papel en aquella conversacion, llena de encantos, que hizo durar el almuerzo mucho tiempo. Las sonrisas, las felicitaciones sobre el buen tono, el buen porte, se mezclaban continuamente.

Mirando su reloj, el Sr. S... exclamó: Vamos, hijos míos, se acerca el momento solemne, son las diez y media, la ceremonia está señalada para las once y los coches nos están aguardando.

Efectivamente, desde más de una hora, una larga hilera de carruages obstruia la calle de la Merced.

Los novios pudieron convencerse, al salir, de la solicitud de que eran el objeto. Una muchedumbre compacta llenaba las veredas. Un grito de júbilo partió de la multitud al momento que aparecieron: Viva! Viva! gritábase por todas partes.

A pesar de las voces: cuidado! cuidado! los cocheros no podian hacerse paso por en medio de los admiradores que estorbaban el paso.

—Lindos! Lindos! gritaban los mas solícitos.

Cuando todos hubieron tomado asiento en los carruages, los cocheros animaron sus caballos, que partieron al trote largo. Llegan á la Iglesia donde se celebra el acto solemne, ya sancionado por el Provisor y en el Consulado francés. Despues de la ceremonia, que llena todos los corazones de religiosas y santas emociones, cada uno volvió á tomar su puesto en los carruages, que partieron con estrépito en dirección a Palermo, conduciendo la felicidad á los desahogos que inspira la naturaleza en su idealidad primitiva.

Cuando llegaron á la quinta de Rosas, los cocheros dieron

vuelta, y penetraron en aquellos vastos y suntuosos paseos, recuerdos del orgullo de un tirano y del infortunio de los desgraciados argentinos.

Apeáronse los convidados y se pasearon por todas direcciones. Muy luego empezaron los holgorios de todas las expansiones de la felicidad. Fué una batahola de locuras y de enagenamiento. Los arrumacos de los esposos, las burlas que les hacian los convidados, las agudezas que hacian sonreír á unos y palpar á otros, todo presentaba un aspecto maravilloso.

O felicidad! Si tú fueses el soberano de la tierra, cuán venturosa sería la humanidad!—Cansados de los regocijos de ese entusiasmo de las delicias de la vida, aquella muchedumbre de dichosos mortales, volvieron á sus carruajes. Los cocheros dieron media vuelta y llevaron de nuevo, al domicilio del Sr. S..., á la felicidad jadeante. La calle de la Merced fué obstruida otra vez. Los saludos, llenos de ternura, queles dirigian de todos lados, manifestaron á los esposos que la bendicion del Cielo recibia en testimonio el buen discernimiento del pueblo. Los recién casados sentian latir sus corazones por las nobles y sábias prevenciones de la opinion pública.

Unos cuantos músicos saludaron su venida con una noble tocata.

Cuando entraron los novios, uno de los músicos, con acompañamiento de los instrumentos, cantó las coplas siguientes:

POUR FAIRE UN NID.

1^{er}. COUPLET.

Vous me demandez Madeleine,
Comment les oiseaux font leurs nids;
Comment dans le duvet, la laine,
Ils abritent tous leurs petits?
Pour cette couche si fragile.
Surpassant ton travail humain,
Ils ont le chanvre, ils ont l'argile,
Ils ont le fétu du chemin.

REFRAIN.

*Pour faire ce beau nid de mousse,
Il faut butiner tout le jour ;
Il faut de la plume bien douce.
Beaucoup de soins, beaucoup d'amour. (1)*

(1) Me preguntais Magdalena, cómo las aves hacen sus nidos; cómo en el plumon, en la lana, abrigan sus polluelos? Para esa cama tan frágil, excediendo un trabajo humano, tienen el cáñamo, tienen la arcilla, tienen las pajillas del camino.

CORO—Para hacer ese hermoso nido de musgo, es menester espigar todo el día, es menester pluma muy suave, muchos cuidados, mucho amor.

2^e COUPLET.

Le Rossignol a sa retraite,
Dans l'ombre des bois verdoyants,
Plus confiante l'alouette,
A son nid dans l'herbe des champs;
Et l'hirondelle familière,
Sous le chaume du laboureur,
Bâtit son petit nid de terre.
Son nid qui vous porte bonheur.

R. *Pour faire ce beau nid de mousse etc. (2)*

(2) El ruiseñor tiene su morada en la sombra de los verdes bosques; mas confiada, la alondra, tiene su nido en la yerba de los campos, y la golondrina familiar, bajo el techo del labrador, edifica su nidito de tierra, su nido que nos trae felicidad. C.—*Para hacer, etc.*

3^e ET DERNIER COUPLET.

La Providence en sa justice,
Confond les faibles, les puissants;
Elle étend sa main protectrice
Sur ces nids, espoir du printemps;
Du Ciel, elle veille sans cesse,
Sur tous les petits des oiseaux;
Comme elle veille, en sa tendresse,
Sur les enfants dans leurs berceaux.

R. *Pour faire ce beau nid de mousse (3)*

(3) La Providencia en su justicia confunde los débiles con los poderosos, estiende su mano protectora sobre esos nidos, esperanza de la primavera; desde el Cielo, cuida sin cesar de todos los hijuelos de las aves, como cuida en su ternura, de los niños en sus cunas. C.—*Para hacer ese hermoso nido de musgó, etc.*

La pluma es impotente para reproducir los efectos producidos por esa armoniosa canción. Nos limitamos á decir que causó un delirio embriagador.

Edmundo y Robino, que comprendian toda la importancia de ello, en las circunstancias presentes, no se poseian de gozo, y gritaron: *otra! otra!* Fué preciso empezar de nuevo y seguir hasta el momento en que se anunció la apertura del festin, que fué espléndido bajo todos conceptos. Cada cual se dejó llevar de todas las expansiones de la vida voluptuosa.

Todo lo que puede haber de esquisito, de succulento, figuraba sobre la mesa: manjares regalados, vinos, licores, dulces, es decir, en una palabra, un servicio completo, y magnifico por su arreglo.

Despues de la comida empezó el baile en un estrado erigido en el jardin, en donde todo estaba dispuesto con orden y delicadeza; todos los gustos estabau reunidos en la simplicidad de la naturaleza.

Cada uno de los convidados buscaba, acechaba la ocasion de hacer un vals, ó una contradanza con los esposos, y retozaba de gozo cuando podia estrechar la cintura de los felices novios.

El baile y los juegos duraron hasta la mañana siguiente, y todo concluyó con la desaparicion de los esposos que dejaron á los convidados en el deslumbramiento.

Pocos momentos despues, el mas profundo silencio reinaba en donde la felicidad se habia divertido, habia jugado y chancado en toda su esplendidez.

XXV.

CONCLUSION.

Hémos aquí llegado al término de nuestro relato. Si traemos á la memoria los diversos acontecimientos que han herido nuestra imaginacion, con facilidad podremos deducir sus consecuencias, y reconocer que todos cuantos somos, llevamos el yugo de la predestinacion; que todas nuestras acciones se refieren á ella, y que ningun mortal puede sustraerse á su voluntad incommutable.

El hombre depende de esa voluntad, y obra á pesar suyo al grado de aquel móvil poderoso de la Providencia; la cual en la aceptacion de las vistas de la razon, por los presentimientos de la conciencia, se llama Dios!

Para no entrar en consideraciones, que el buen sentido y la lógica pueden suscitar al lector, nos limitaremos á reproducir sumariamente la conclusion de la predestinacion.

Diremos al lector que al casarse el mismo dia, los dos amigos habian casado sus sentimientos reciprocos. Eran, en toda la fuerza lógica de la palabra, los predestinados de la amistad.

Al dia siguiente de sus bodas, Edmundo dijo, á su amigo que se preparaba á volver á su domicilio con su querida esposa: Quede V. aquí, amigo, ya no debemos separarnos mas!

—V. se burla, contestó Robino.

—De ningun modo, replicó Edmundo, aquí es donde V. ha enlazado los vinculos sagrados del amor, tambien aquí es preciso enlazar los vinculos no menos sagrados de la amistad. Debemos quedar juntos.

—Pero, amigo, V. ignora sin duda que hace dos dias, mi casa está sola : Qué díran mis obreros?

—Vaya, vaya, V. se chancea, querido Robino, sus obreros harán su tarea y V. la suya. Desde hoy, quedamos á medias en mi negocio. Está V. conforme?

—No ves, añadió Julia, que mi hermano quiere que pasemos juntos la luna de miel.

Mariquita, adormecida aun por las emociones de la felicidad, vino en este momento, y fué un poderoso auxilio para la asociacion premeditada, que acabó por firmarse con abrazos-recíprocos.

—Enhorabuena, exclamó Robino, acabamos de poner las firmas sobre la contrata de la amistad y del amor!

—Qué contrata? replicó Mariquita.

—A fé mia, señora, respondió Robino, parece que su esposo de V. quiere la comunidad.

—Tiene razon, mi marido, quiere dar mayor lustre á la luna de miel. Cuando estemos de hocico, iré á consolarme con Julia, y vice-versa, Vdes. dos podrán hacer otro tanto. De este modo, la luna de miel jamás aparecerá detrás de las nubes.

—Bravo! exclamó Robino, hé ahí un razonamiento lleno de talento. Doy mi adhesion, y ahora mismo voy á avisar á mi sustituto que le cedo mi taller de escultor; vamos, Julia mia, acompáñame.

Quedado solo Edmundo con su esposa, la dijo : Mi buena amiga, tu papel no es el mismo, ya no eres soltera ahora, eres casada; obra de acuerdo con Julia para todo lo concerniente al gobierno en que se resume vuestra administracion. Robino y yo nos encargamos del comercio y de los asuntos exteriores. Ademas de una cocinera tendreis una mucama para servir las en todo lo que se refiere á vuestro ministerio. De ese modo, cada cual tendrá su tarea, y todo irá á maravilla.

—Si amado mio, añadió Mariquita, está convenido, tú mandarás en amo y yo obedeceré en esclava.

—No hablemos de esclavos, querida mia, replicó Edmundo. La mujer es la compañera del hombre, Dios hizo el uno para el otro, y de los dos no hizo mas que uno, lo que prueba que el matrimonio es el vínculo de los sentimientos, de las voluntades y de los intereses, bajo los auspicios del amor y

de la amistad; y que se resumen en la intimidad de las relaciones reciprocas, cuyos móviles son : el afecto, la razon, y el buen sentido..

—Es justo, respondió Mariquita, la mujer debe obedecer al corazon y no al capricho ó á la brutalidad.

—Ingeniosa respuesta, amada mia, mandaré en nombre de la amistad, y tú obedecerás en nombre del amor. Las voluntades de ambas partes emitirán una misma opinion.

—En este momento, entró el señor S... con su señora y su hijo. Despues de las manifestaciones de estimacion y de afecion, entregó á Edmundo el dote de su hija.

Mariquita hizo nuevos regalos á su madre y á su hermano.

La señora S..., agradeciendo á su hija, dijo : Os aseguro, señor Edmundo, que habeis tenido buen gusto para los adornos que me habeis regalado.

El padre añadió : Puedo decir lo mismo. Sin embargo encuentro que hay exceso de bondad.

Entre tanto, llega Robino, con su esposa, y los abrazos y las felicitaciones empiezan de nuevo.

La sirvienta que vino á avisar que estaba preparado el almuerzo, concluyó con esa tan tierna escena.

Cada uno fué á sentarse á la mesa; comieron y conversaron alegremente hasta el fin.

Unos coches llegaron á la puerta; y toda esa nueva parentela, tomó asiento en ellos; fueron á devolver las visitas y la jornada acabó en el teatro.

Desde aquel dia, unos y otros se visitaron recíprocamente. El negocio seguia de mejor en mejor, merced á la asociacion de Robino, que tanto entendia de tráficos como Edmundo entendia de contabilidad.

Despues de tres años, los dos amigos no tenian nada mas que desear, acerca de la fortuna y de la felicidad.

Desgraciadamente, en 1856, dos grandes pérdidas vinieron á oscurecer la luna de miel que hasta entónces habia sido radiante.

El señor S... y su esposa fallecieron á dos meses de distancia, en ese mismo año.

Para librar á Mariquita del pesar que la consumia, resolvió Edmundo vivir apartado de los negocios. Comunicó su intencion á Robino, y de conformidad, cedieron el fondo al primer empleado de la tienda; arreglaron todos sus negocios y partieron para Francia, llevando con ellos al hermano de Mariquita que se aburría en el país; desde la muerte de sus padres.

Mas tarde, este se casó con la hermana menor de Edmundo, y volvió con ella á vivir bajo los auspicios de su madre patria.

Segun la voz, habiendo Edmundo perdido á su padre, se ha retirado en una hermosa quinta, que ha comprado cerca de Burdeos, con su madre, su esposa y tres hijos, dos niñas y un varon, fruto de un noble y virtuoso enlace.

En cuanto á Robino, no tiene hijos, y vive de sus rentas, en Pauillac, su país nativo.

FIN DE LOS PREDESTINADOS.

OBRAS Y NOVELAS

RECIENTEMENTE PUBLICADAS

Por la imprenta de Buffet y Ca.

CALLE DE LA PIEDAD, 82.

LOS MISERABLES, per Victor Hugo, 10 vol. en 2 t. rustica	120 \$
LOS VENGADORES DE LA ITALIA, de Deslys	20
LA GUERRA DE PARIS per Sansay	25
EL SALTEADOR, per A. Dumas, 1 t.	15
PRIMERAS NOCHES SOBRE TODAS LAS COSAS, el placer de los Niños. Obra indispensable á la juventud. 1 folleto	5
CONFESIONES de un poamor.	5
ACERCA	5

Obras en prensa :

LA MENTIRA PONTIFICIA, <i>Hechos criminales de los</i> <i>Papas</i> B. Victory y Suarez	
EL TITULO DE LOS MISERABLES, par Charles Hugo, traducido á la rustique.	20

